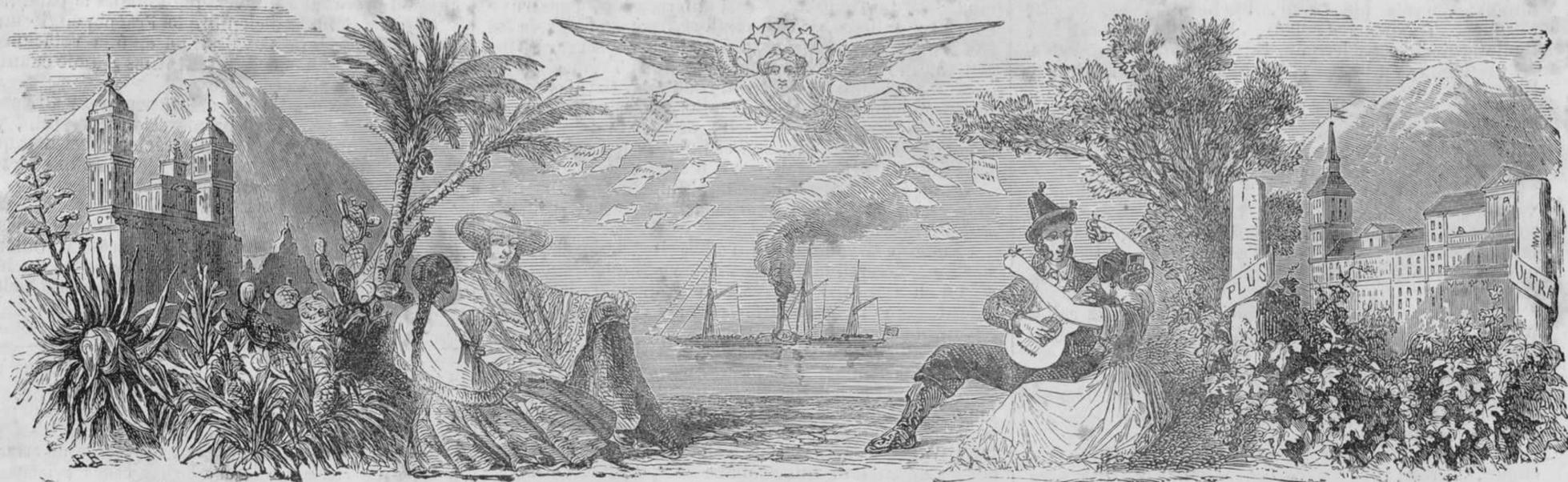


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — Tomo X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 16. — N° 256.

SUMARIO.

El general Cavaignac grabado. — **Revista de Paris.** — **A la orilla del arroyo.** — **Viaje de la Rachel á Egipto y su regreso á Francia;** grabados. — **Paleontología;** grabados. — **El baile.** — **La India. Los Thugs;** grabados. — **En Italia.** — **Las fiestas de San Huberto;** grabados. — **El poeta y el mundo.** — **Industrias de Paris en 1856.** — **Noviembre;** grabado.

ladar el cuerpo de su marido por el camino de hierro, por donde llegó en un tren expreso á Paris.

El 31 de octubre se celebraron en Paris los funerales del general.

Desde las once, los diversos batallones de la guarnicion de Paris, destinados para tributar los honores mi-

litares al ilustre difunto, conforme al decreto de mesidor año XII, fueron á tomar posicion en las cercanías de la iglesia, mandados por el coronel, y llevando el estado mayor y la música de cada uno de los regimientos á que pertenecen, que son el 45 y 85, y un batallon de cazadores.

EL GENERAL CAVAIGNAC.

SU MUERTE. — SUS FUNERALES. — APUNTES BIOGRÁFICOS.

La Francia acaba de perder uno de sus ciudadanos mas ilustres y en un momento en que nada podia hacer sospechar semejante pérdida. Hé aquí algunas circunstancias que acompañaron á la muerte del general Cavaignac :

El 28 de octubre á las cuatro de tarde, el general que se encontraba en su casa de campo de Urne (departamento de Indre y Loira), salió de su casa para examinar los trabajos de sus obreros, y hacer despues una visita á M. Gustavo de Beaumont, su vecino en el campo. Llevaba su escopeta en la mano. Cuando bajó la escalera, se paró de repente, alargó la escopeta al criado que le seguia, exclamando : « Es singular; me parece que estoy malo. »

En el mismo instante el general cayó en brazos de su criado, habiendo perdido el conocimiento; algunos momentos despues habia dejado de existir el general. La señora Cavaignac, acompañada de M. Piscatory, pidió al alcalde de Maus autorizacion para tras-



El general Eugenio Cavaignac.

La puerta y el interior de la iglesia de San Luis de Antin, estaban completamente cubiertos de colgaduras negras, en las cuales se echaban de ver las iniciales del difunto en escudos plateados. El túmulo que se levantaba en el centro de la iglesia, estaba iluminado por cirios colocados en tres órdenes ó filas, y por cuatro lámparas funerarias. En los ángulos habia trofeos militares con las banderas tricolores formando grupos, y una guardia de granaderos mandada por un capitán, estaba desplegada en dos filas y con el fusil al brazo á uno y otro lado del túmulo. En la parte exterior, una multitud considerable se apiñaba á las puertas de la iglesia.

A medio dia el fúnebre clamoreo de las campanas y el sonido de los tambores anunció que se acercaba el cortejo funeral. El coche fúnebre tirado por dos caballos enlutados, estaba adornado con banderas. Sostenian las cintas los señores Goudchaux, Bastide, Guinard y Bayard, presidia el duelo M. de Foissy, primo del difunto.

El abate Martin de Noirlieu, cura párroco de San Luis de Antin y el clero de la parroquia se adelantaron procesionalmente y fueron á recibir los restos mortales del general, al propio tiempo que una música militar ejecutaba una sinfonía fúnebre; despues de las oraciones prescritas por la Iglesia para semejantes actos, el féretro fué colocado en el túmulo, y las insignias, á saber, el sombrero de ge-

Marx

neral, la espada y las cruces ó condecoraciones fueron depositadas sobre un almohadón de terciopelo. Entre los concurrentes había M. Odier, padre político del difunto, M. Odilon Barrot, Dufaure, Piscatory, el general Rulhieres, el general Trezel, Duvergier de Hauranne, Lagrenée, de Vetry, Lanjuinais, Senard, Bixio, Julio Simon, Gervais (de Caen), Buchez, Trelat, Duras, Fougues, Thomas, Corbon, Degouve-Denuncques, Boulagnier, consejero de Estado, Bonjean senador, M. Cremieux, y muchas otras notabilidades políticas y literarias.

La misa fué ejecutada por la capilla de la parroquia. Los cánticos sagrados alternaban con las armonías de la música militar. La ceremonia ha tenido efecto con el mayor recogimiento.

Terminados los responsos el féretro fué colocado otra vez en el coche fúnebre, y el cortejo precedido de una sección de húsares y acompañado de la guardia de infantería de que hemos hablado, se dirigió hácia el cementerio Montmartre, donde está el panteón de la familia Cavaignac.

Una concurrencia extraordinaria ocupaba las calles por las cuales debía pasar la comitiva, y se descubría respetuosamente ante el coche fúnebre.

Al llegar al cementerio, solo una parte de la comitiva pudo penetrar en su recinto, para evitar los accidentes que hubiera podido producir la aglomeración de gente en tan reducido espacio.

Luego que el clero hubo pronunciado las últimas oraciones, la tropa hizo los correspondientes disparos para tributar al difunto los honores militares.

Entonces se separaron con el mayor orden los numerosos concurrentes, retirándose la tropa á los cuarteles.

No se pronunció discurso alguno; este silencio de que se rodeó la tumba del general Cavaignac, era respetuoso y grave; así lo interpretaron sus amigos. A más de que ¿no corre por ventura á cargo de la historia el hacer la debida justicia al ilustre difunto?

Entre los diferentes artículos neerológicos publicados en los diarios elegimos esta reseña del *Correo* de París:

Luis Eugenio Cavaignac nació en París el 15 de octubre de 1802, de una familia del Quercy. Era el hijo segundo de Juan Bautista Cavaignac, antiguo abogado de Tolosa, antiguo miembro de la Convención y del Consejo de los Quinientos, director del real patrimonio en Nápoles en tiempo del Imperio, prefecto del departamento del Somme durante los Cien Días, desterrado por la Restauración y muerto en su destierro en Bruselas.

El hermano mayor de Eugenio Cavaignac era Godofredo Cavaignac, redactor de la *Reforma*, muerto en 1845, republicano sincero, ardiente, demócrata apasionado, á la par que distinguido por sus maneras esencialmente aristocráticas. Godofredo murió en su tarea, y la bella estatua de Rude colocada sobre su tumba, dice bien la vida de luchas que ha debido soportar ese hombre para quien la pluma era una espada.

Eugenio Cavaignac fué educado por su padre el antiguo convencional, y por su madre (Julia de Corancez) patricia apasionada por la libertad, carácter antiguo, verdadera madre de los Gracos. De consiguiente mamó desde su infancia el tétano de león.

A la edad de diez y ocho años, en 1820, entró en la Escuela politécnica, de donde salió al cabo de dos años para entrar en la Escuela de aplicación de Metz de subteniente de ingenieros. En 1824 pasó con este grado al 2º regimiento de ingenieros. El 1º de octubre de 1826 ascendió á segundo teniente, y el 12 de enero de 1827 á primer teniente.

Desde entonces, por su conducta, por su capacidad, por su adhesión al deber, y por su respeto á la disciplina, supo hacer respetar sus opiniones en una época en que podía ser peligroso manifestarlas.

El 1º de octubre de 1827 fué promovido á capitán y solicitó hacer parte de la expedición de la Grecia. La toma del castillo de Morea fué el primer combate en que figuró, y se hizo notar por su valor frío y sereno, por la precisión de su golpe de vista y por su enérgica penetración. Su coronel dijo de él ese día: ¡Hé ahí un joven que tiene ya la tela de un general!

Vuelto á Francia despues de la campaña de Morea, estaba de guarnición en Arras cuando estalló la revolución de Julio. Su influencia era tan grande, que los oficiales y soldados de su regimiento, queriendo marchar sobre París, le ofrecieron el ponerse á su cabeza.

Afligido de ver la revolución ahogada en su cuna, se apresuró á adherirse al proyecto de asociación nacional de 1831. Ese acto de independencia le valió el quedar ilimitado durante muchos meses.

En 1832 acababa de ser llamado al servicio y se hallaba de guarnición en Metz cuando estalló en la ciudad un motín muy violento contra unos negociantes acusados por el gentío de acaparar granos: sucedía eso pocos días antes de las jornadas de junio. El capitán Cavaignac inspiró desconfianza y fué consignado. La tropa reprimió el motín.

Eugenio Cavaignac, en una explicación que tuvo con su coronel, declaró que no confundiría jamás los actos culpables ante las leyes de todos los países con las manifestaciones políticas, y jamás transigiría con los que atacaban la sociedad.

Sin embargo, como declaró también que jamás combatiría contra la República, le enviaron á Africa.

El 4 de junio de 1833 se distinguió de la manera más brillante en un combate á las puertas de Oran, contra Mahi-Eddin y su hijo Abd-el-Kader. Su conducta fué señalada en la orden del día del ejército.

Un mes despues recibió la condecoración de la Legión de Honor.

Contribuyó á los trabajos de defensa de Oran, tomó parte en la expedición de Mascara, bajo las órdenes del mariscal Clausel, y en la toma de Tlemcen el 13 de enero. A él fué confiada la difícil misión de conservar aquella plaza alejada de nuestros centros de acción. Cavaignac, con 500 voluntarios solamente, se establece en la ciudadela de Tlemcen, y casi sin recursos, construye cuarteles, talleres, un hospital, se hace respetar de los indígenas por su firmeza, y en fin logra conservar Tlemcen atacado sin cesar hasta la paz de la Tafna.

En recompensa de esa bella conducta, Cavaignac fué nombrado comandante de batallón de los zuavos; pero como solo él era recompensado, declaró que no aceptaría el grado que le ofrecían si no recompensaban también á los más bravos de sus camaradas.

Entonces fué cuando el general Bugeaud escribió esta nota que ha servido de epígrafe á M. Hipólito Castille en su biografía del general:

«Eugenio Cavaignac es un oficial instruido, ardiente, celoso, susceptible de una grande adhesión, que uni-» da á su alta capacidad, le hace propio para las gran-» des cosas y le asegura el porvenir si su salud no le » pone obstáculo.»

En 1836 publicó un libro sobre el Africa que hizo sensación, y se titulaba: *De la Regencia de Argel*.

Al saber la repetición de las hostilidades, Cavaignac pidió servir de nuevo en Africa, y se le cometió el mando del 2º batallón de infantería ligera de Africa. El mariscal Valée le dejó á la cabeza de ese cuerpo para guardar á Cherchell de que acababa de apoderarse. Esa débil guarnición fué atacada con furor. Despues de doce días de asaltos continuos, los árabes llegan por último á una de las puertas mal fortificadas; pero Cavaignac empuña la espada, se arroja sobre ellos y los derrota, aunque gravemente herido de un balazo en un muslo.

El 21 de junio de 1840 es nombrado teniente coronel del regimiento de los zuavos, sucediendo á Lamoricière promovido á general.

El 3 de mayo de 1841, cuando el abastecimiento de Milianah por el general Changarnier, Cavaignac sostiene la retirada con heroísmo y recibe un balazo.

En agosto de 1841 es nombrado coronel de los zuavos. Toma una parte activa y gloriosa en las campañas de 1841 y 1842 en las montañas de Milianah y del Ouaren-senis.

En 1843 recibe el mando del establecimiento de Es-Snam que tomó el nombre de Orleansville. Somete todas las tribus de la comarca y restablece la paz desde el fin de 1843.

Nombrado entonces mariscal de campo recibe el mando de la subdivisión de Tlemcen que pacifica completamente.

A fines de 1846 Abd-el-Kader atraviesa las fronteras de Marruecos, y hace estallar una insurrección general en la subdivisión de Tlemcen. El general Cavaignac resiste con un vigor heroico. Sin embargo, en Sidi-Brahim el batallón del comandante Montagnac arrastrado por su valor perece. Al saber la noticia, toda la provincia de Oran corre á las armas. Cavaignac con 2,000 hombres apenas hace frente á la tempestad, y da tiempo á Lamoricière para que acuda á su socorro.

En 1846 el ejemplo de Abd-el-Kader es seguido por otros. Un nuevo emir se presenta en el desierto de Angad. Cavaignac le derrota á la cabeza de los spahis y de los húsares.

El gobierno pensó entonces en extender la dominación francesa. Dos expediciones salen de Mascara y de Tlemcen. El general Cavaignac que mandaba una de las dos expediciones, atravesó 90 léguas por medio de un desierto horrible, somete las tribus que debía perseguir, y dos meses despues vuelve vencedor á Tlemcen.

En diciembre de 1847 Abd-el-Kader quedó prisionero, y en esto tuvo parte el general Cavaignac. Algunos días despues toma el mando de la provincia de Oran.

El 2 de marzo de 1848 un buque extranjero que llegó á Oran llevó la noticia de la proclamación de la república en París. Cavaignac se apresura á anunciar esta gran nueva al pueblo y al ejército. Poco despues sabe que ha sido nombrado general de división y gobernador de la Argelia.

A fines de agosto de 1848 Cavaignac fué nombrado comandante de la Legión de Honor.

El gobierno provisional había pensado en él para el ministerio de la Guerra; pero creyó que haría más servicios como gobernador de la Argelia, que dejaba el duque de Aumale. Cuando se supo con cuantas aclamaciones se había proclamado la república en Argel, llamaron al general Cavaignac al ministerio de la Guerra.

Nombrado representante del pueblo en la Constituyente por el departamento del Lot y por el del Sena, el general Cavaignac se decidió á dejar la Argelia; llegó á París el 17 de mayo y tomó la cartera de la guerra. Apenas hacia un mes que era ministro, cuando estalló la funesta revolución de junio. Las tropas llegaban lentamente, el general Cavaignac toma una parte activa en el combate, y la asamblea nacional declaró París en estado de sitio y confirió á Cavaignac la dictadura.

No recordemos aquella época fatal cuyos detalles son bien conocidos. Sabido es con cuánta energía reprimió Cavaignac la insurrección, deplorando él como nadie una victoria comprada á costa de tanta sangre francesa.

Le ofrecen el bastón de mariscal, pero Cavaignac no lo acepta. No quería conquistar ese honor en las calles de París.

Alma honrada y de gran temple, carácter enérgico y tenaz, fueron sus pasiones más ardientes el amor á la patria y á la libertad. Sin ambición personal, solo aspira al triunfo de sus ideas. Con una abnegación sin ejem-

plo, se olvida de sí mismo, y esa virtud antigua tiene algo de extraordinario y de contrario á nuestras costumbres, tanto que por ello el general Cavaignac se ha quedado aislado en medio de las simpatías de todo el mundo.

Ha sido grande como los antiguos, con sencillez y con dignidad. Su lenguaje severo y grave producía una impresión profunda cada vez que tomaba la palabra.

Cuando el 10 de diciembre la Francia eligió un presidente, el general Cavaignac aceptó la votación de la Francia con una sencillez tanto más grande cuanto que era natural y sincera.

Se pueden discutir sus actos, pero aun en los casos en que se ha engañado ha merecido el respeto, y nadie contestará que tuvo un carácter heroico y que ha dejado á la Francia uno de esos ejemplos que elevan y consolidan la fuerza moral de las naciones.

Los electores de París no le olvidaron.

El general Cavaignac se había casado algunos días despues del 2 de diciembre con la hija de M. Odier, uno de los regentes del Banco de Francia; tenía un hijo de cuatro años á quien deja la más gloriosa de todas las herencias: «un nombre respetado de todos.»

Revista de París.

Una tarde de la última semana atravesaba un arquitecto, hombre de cierta edad, una de las calles principales de París, cuando se cruzó con un coche de alquiler en que iba su señora.

— ¿Adónde se dirige?

Un marido que se encuentra á su mujer en la calle de improviso, no puede hacerse otra pregunta. Nuestro arquitecto no es celoso; pero su esposa es joven y bonita, y no hay en el mundo un hombre, por filósofo que sea, que deje de experimentar cierta inquietud cuando se ve obligado por sus ocupaciones á dar una libertad ilimitada á quien siempre se desearía tener delante de los ojos.

No obstante continuó su camino, pero entró en cavilaciones, por primera vez en su vida comprendió que obra cuerdamente el marido que vigila á la mujer, y resolvió seguir el ejemplo.

Al otro día buscó un hombre á quien encargó no perdiera de vista á su esposa, por cuya tarea exigió sendos doblones el emisario.

El primer parte del espía fué el siguiente:

«Todos los días su señora de Vd. va á la calle de...; su coche se detiene en la esquina de la calle de... junto á la acera. Algunos instantes despues un joven elegante y vestido á la última moda entra en el coche, se sienta, permanece sentado uno ó dos minutos, y entrega á la señora unos pedacitos de papel blanco, despues de lo cual se retira.»

El pobre arquitecto se quedó atónito.

— ¡Creo que no dudaré ya de mi infortunio! dijo para sí; los paseos en coche, el joven elegante, los papeles blancos... está tan claro como la luz. ¡Necio de mí! Ahora lo veo todo; yo gano apenas 10,000 francos anuales y llevamos una vida de príncipes. El otro día debí comprender que me engañaba; me dijo que su vestido de seda azul le había costado 250 francos, y yo he sabido despues que cuando menos valía el doble... ¡Dios mío!... ¿Qué es lo que me espera?... No le hace, tendré ánimo.

Y al hablar así se había puesto pálido como un cadáver y sus manos se crispaban convulsivamente. No obstante, contuvo su cólera y llamó al espía.

— ¿Sabe Vd. quién es el joven vestido á la última moda?

— No lo sé.

— Pues hay que averiguarlo hoy mismo.

— Muy bien, mañana le traeré á Vd. noticias.

— Las espero aquí á esta misma hora.

El emisario no faltó á su palabra.

— ¿Qué hay?

— Sé quién es el hombre.

— Perfectamente, veamos.

— Es M. X..., corredor de Bolsa.

— ¿Las señas de su casa?

El emisario dió las señas, añadiendo que hasta las doce se le podía ver en su despacho todas las mañanas.

El arquitecto pasó una noche cruel. Era preciso avistarse con el corredor; pero ¿qué le diría? ¿Qué partido tomar? ¿Debía desafiarse, ó hacerle saltar la tapa de los sesos de un pistoletazo y sin exordio de ninguna especie?

Ya había amanecido y aun no había acertado á tomar una resolución.

Sin embargo, se vistió y se encaminó hácia la morada del joven. Mas de una vez estuvo á punto de volverse, pero al cabo se decidió, llegó á la casa, tiró con violencia del cordón de la campanilla, y le introdujeron en el despacho del corredor. Este le saludó como se saluda á un desconocido.

— Señor mío, dijo el arquitecto con una dignidad desdeñosa, mi presencia no debe sorprender á Vd.

— Seguramente no me sorprende, pero tenga Vd. la bondad de recordarme su nombre.

— No creía que hubiera tal necesidad; soy M. N...

— ¡Ah! ya caigo; tengo el honor de conocer á su señora de Vd., y por cierto que estos meses últimos la suerte ha favorecido nuestros planes.

El arquitecto se quedó estupefacto; el corredor se atusaba la barba, y miraba con demasiada atención las puntas de sus botitos charolados para que hubiese podido notar el gesto del marido, de modo que continuó diciendo:

— Sí, hemos tenido una suerte loca. Figúrese Vd. que hace tres meses estamos jugando á la baja y no hemos cesado de ganar. Aseguro á Vd. que en mis manos los ahor-

ros de su señora han producido buenos beneficios. Por eso no tengo una parroquiana que me sea mas fiel. Todos los dias viene en carruaje hasta la esquina de la calle...; yo llevo, recibo sus órdenes, y cada vez ella recoge nuevas ganancias. Pero lo mas particular es que ignora completamente las operaciones de Bolsa.

— ¡Dios mío! exclamó el arquitecto respirando por primera vez con alegría al cabo de muchas horas de angustias intolerables.

Y salió con el rostro radiante de júbilo, sin que el corredor hubiese echado de ver lo que por él habia pasado.

¡Bonito cuadro de las costumbres de la época!

La anécdota en su fondo no es nueva para el benigno lector de estas revistas; pero si los casos se repiten, ¿cómo no han de repetirse las historias?

La sociedad parisiense, lo hemos dicho á menudo, se halla acometida de una fiebre de especulación que no degenera; al contrario, cada dia toma nuevo ensanche propagándose por las venas todas del cuerpo social como un mal que tiende á ser incurable. Es verdad tambien que el incremento del contagio corresponde á un aumento en las necesidades de la vida material que se viene sintiendo duramente en Paris desde hace algunos años.

A propósito de las exigencias de los caseros parisienses hemos señalado algunos rasgos dignos de particular mención; á ellos añadiremos el siguiente:

La escena pasa en el portal de una casa de buena apariencia en la calle de Rivoli.

Una señora anciana asoma á la portería y pregunta el precio de un cuarto desalquilado.

— Es inútil que le diga á Vd. el precio, responde el conserje echando una mirada inquisitorial á la señora.

— ¿Y porqué?

— Porque el cuarto no puede convenir á Vd. de ningún modo.

— ¿Es muy pequeño?

— Pequeño ó grande no es para Vd.

— Mas en fin, sepamos...

— Corriente, ya que Vd. se empeña, se lo diré; ha cumplido sesenta años, ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— Pues en eso está la dificultad, el dueño no quiere enterrar en su casa.

Otra anécdotilla de distinto género.

Un joven de diez y siete años que estaba á punto de principiar sus estudios de medicina, salió de Paris hace algunos meses á recoger una herencia de dos millones y medio de francos, la fortuna entera del gran cantante Rubini. Sabido es que el célebre tenor murió en 1854 en Romano con esta riqueza colosal y sin herederos.

Nuestro parisiense se presentó en Romano y pidió una audiencia á las autoridades locales.

— ¿Quién es Vd.? le preguntaron.

— Soy francés, tengo diez y siete años, y vengo aquí á recoger una herencia de dos millones y medio.

— ¿Tiene Vd. algún papel para apoyar su reclamación?

— Sí, un testamento.

Y al hablar así presentó dos cosas, una carta y una sortija de oro.

La carta era del célebre tenor; su contenido decia en sustancia que el dador era hijo natural del cantante; y en cuanto al anillo era un legado de la madre, corista del teatro Italiano en tiempo de Rubini.

Como la fortuna de Rubini, dice la «Gaceta de Paris» de donde extractamos esta anécdota, fué distribuida entre los hospicios y otros establecimientos de caridad, va á resultar un pleito.

No hace muchas semanas hablando sobre la originalidad de los anuncios que se leen en los diarios ingleses y alemanes, contamos toda una historia de amor entresacada de la «Gaceta de Colonia»; el asunto era demasiado vasto para que se pudiese agotar en un artículo, y hoy ayudados por un joven español que ha permanecido algun tiempo en Alemania, vamos á hojear otros periódicos de fecha reciente que abundan en cosas curiosas. Así completaremos aquel trabajo.

Los avisos de desposorios ocupan un lugar preferente; hé aquí algunos de ellos:

«Los que abajo firman ponen en conocimiento de sus amigos que ayer celebraron sus esponsales. Raimundo L... María S...»

Cuando el novio es cortés, firma el último. Los padres de los novios repiten el aviso en los mismos términos.

En caso de rompimiento el padre de la novia manda insertar la nota siguiente:

«Tengo el honor de anunciar que he roto el matrimonio proyectado entre mi hija y Raimundo L...»

Pero entonces Raimundo se incomoda y contesta sobre la marcha:

«Yo soy quien ha roto la boda con la señorita María S...»

Las mismas formas se reproducen para los matrimonios. Estos anuncios por lo común son muy sencillos y no ofrecen nada de particular; pero no sucede lo mismo cuando se trata de dar parte de los nacimientos y defunciones.

Es muy natural que un padre se alegre al tener un hijo, y la felicidad es comunicativa. Así se ven á menudo anuncios de este jaez:

«Por fin, á mis nueve hijas puedo añadir un varón. Alabado sea Dios. Todos mis amigos deben tomar parte en mi alegría.»

Otros modelos:

«Mi tierna esposa Paula acaba de sorprenderme con un niño muy vivo y malicioso. Doy parte á mis amigos, etc.»

«— Dos gemelos acaban de ensanchar el círculo ya bien dilatado de mi familia; ¡qué felicidad la de su padre.»

«— Al cabo de diez años de vana esperanza mi querida esposa Lucía me ha dado en fin una niña que es una alhaja.»

Las defunciones se prestan más á los comentarios que los nacimientos. No hay para qué decir que describen la última enfermedad, que dan los títulos del difunto, declaran cuáles fueron sus funciones, cuántos sus años, etc.; pero lo mas insoportable es el capítulo de las lamentaciones románticas, con sus gritos de desesperación y de dolor que ocupan muchas columnas del diario. El sentimentalismo alemán no teme nunca el ridículo.

Sin embargo se encuentran igualmente anuncios que manifiestan toda la sencillez de los alemanes. Verbigracia:

«El Señor nos ha arrebatado á nuestro hijo Roberto durante su viaje á Dresde, á la edad de diez y seis años.

Donde abundan los detalles es en los avisos de este otro género:

«Un caballero de cuarenta y cinco años, fresco y vigoroso todavía, de un exterior agradable, poseedor de 500 escudos de renta y en una posición honrosa en la sociedad, desea casarse con una señorita de veinte y dos á veinte y cinco años, bien parecida, educada en el campo, al corriente de los quehaceres de la casa, con maneras de buena sociedad, versada en literatura y diestra en el piano. El dinero es cosa secundaria, aunque se desearia que la persona que se busca, tuviera al menos una fortuna igual á la del hombre. Venga una compañera fiel, y se la promete una vida dichosa. Las personas que no reúnan las cualidades susodichas, tendrán la bondad de no presentarse.»

Tambien los que quieren habitación entran en largos pormenores:

«Un caballero busca un cuarto amueblado en el barrio tal (nombrá tres ó cuatro calles): necesita dos aposentos; uno con vista á la calle y otro interior, que comuniquen juntos, pero que tengan entradas separadas; piso principal, buena escalera y alumbrada hasta las once de la noche, puertas y ventanas dobles, etc., etc. Los muebles deben hallarse en buen estado; los dueños de la casa se obligarán á dar al huésped una taza de café á las siete y media de la mañana, una sopa á las doce, etc., etc.»

De los avisos entre enamorados solo señalaremos estos dos:

«Te amo y te amaré siempre.»

«Adios: voy á atravesar mares lejanos; pero tu imagen será siempre la estrella que me guiará á través de los escollos.»

A veces estas comunicaciones están en verso, y entonces llegan al último grado de lo sublime.

Pero el periódico es indiferente al bien y al mal; lo mismo recibe las injurias que las cosas mas agradables, á tanto la línea. Muchos que apelan á su publicidad para insultar á sus vecinos bajo el velo del anónimo y no solo anuncian desposorios ó matrimonios de pura invención, sino que descienden á las bromas mas viles y repugnantes.

Un sugeto hizo insertar el anuncio siguiente:

«La última de las personas que me amaban, mi madre acaba de morir, etc.»

Y le contestaron al dia siguiente:

«La mona tambien ama á los micos.»

El periodista da publicidad á todo esto sin escrúpulo de ninguna clase.

Tambien se valen de la prensa para pedir dinero prestado. No está bien burlarse de las personas reducidas á tal extremidad, pero no podemos resistir á la tentación de copiar estas líneas:

«En vano quiere el hombre luchar contra los horribles furios del destino, pues combatido largo tiempo por las (las inciertas, la borrasca le arroja al fin sobre los escollos. Resuena el trueno, brillan los rayos, mujen las olas, la última tabla de salvación se rompe entre las manos del desdichado, etc., etc. (Siguen muchas frases mas por el estilo, con esta conclusion.) Suplico pues á un alma caritativa que me preste cincuenta escudos, prometiendo pagar los réditos con exactitud y reembolsar el capital á la mayor brevedad posible.»

En cuanto al charlatanismo industrial nos limitaremos á señalar algunas muestras de las que presentan un carácter mas distinto.

Anuncio de un concierto en un café hecho por el dueño de este:

«Pongo en conocimiento de la alta nobleza y del ilustre público, que los cantantes estirios darán mañana por la noche un gran concierto en mi casa. El público sabe ya con cuánto anhelo me consagro á servirle; tiene confianza en mí como yo en él, y puedo asegurarle que no se quejará de la fiesta que anuncio. — Precio seis cuartos.»

Los certificados dados á los médicos, hombres de negocios, maestros de escuela, etc., se distinguen en los diarios alemanes por un lujo de expresiones hinchadas y de protestas infinitas. A veces el industrial propiamente dicho inserta algunos de esta especie:

«Desde hace quince años enciendo mi pipa con los fósforos del señor... (el nombre del industrial), y ni una sola vez me salió uno malo.»

Sigue la firma del consumidor agradecido.

Otro, y será el último:

«Podemos atestiguar, sin que á ello nos impulsen ni la amistad ni el interés, que la cerveza que se bebe en la casa... es riquísima, que los alimentos son de calidad superior, y el servicio excelente.»

Y firman doce parroquianos.

Aquí damos punto á nuestra tarea, que podriamos prolongar hasta lo infinito si no temiéramos cansar á nuestros lectores, y si lo permitiese el espacio de que disponemos.

MARIANO URRABIETA.

A la orilla del arroyo.

I.

Una mañana de mayo,
Una mañana muy fresca,
Entréme por estos valles,
Entréme por estas vegas.
Cantaban los pajaritos,
Oían las azucenas,
Fran azules los cielos
Y claras las fuentes eran.
Junto á un arroyo aras claro
Que un espejo de Venecia,
Hallara una pastorcica,
Una pastorcica bella.
Azules eran sus ojos,
Dorada su cabellera,
Sus megillas como rosas
Y sus dientes como perlas.
Quince años no mas tendria,
Y daba placer el verla,
«Lavándose las sus manos,
Peinándose las sus trenzas.»

II.

— Pastorcica de mis ojos,
Admirado la dijera,
Dios te guarde por hermosa,
Bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
Cogidas en la pradera:
Sin ellas estás hermosa,
Y estaráslo mas con ellas.
— No me placen, mancebico,
Respondióme la doncella,
No me placen, que me bastan
Las flores que Dios me diera.
— ¿Quién te dice que las tienes?
¿Quién te dice que eres bella?
— Me lo dicen los zagales
Y las fuentes de estas vegas. —
Así habló la pastorcica
Entre enojada y risueña,
«Lavándose las sus manos,
Peinándose las sus trenzas.»

III.

— Si no te placen las flores
Vente conmigo siquiera,
Y allá, bajo las encinas,
Sentadicos en la yerba
Contaréte muchos cuentos,
Contaréte cosas buenas.
— Pues eso menos me place,
Porque el cura de la aldea
No quiere que con mancebos
Vayan al campo doncellas. —
Tal dijo la pastorcica,
Y no pude convencerla
Con estas y otras razones
Con estas y otras promesas.
Partíme desconsolado,
Y prorrumpiendo en querellas
Lloré por la pastorcica
Que sin darme otra respuesta
Siguió á orilla del arroyo
Entre enojada y contenta.
«Lavándose las sus manos,
Peinándose las sus trenzas.»

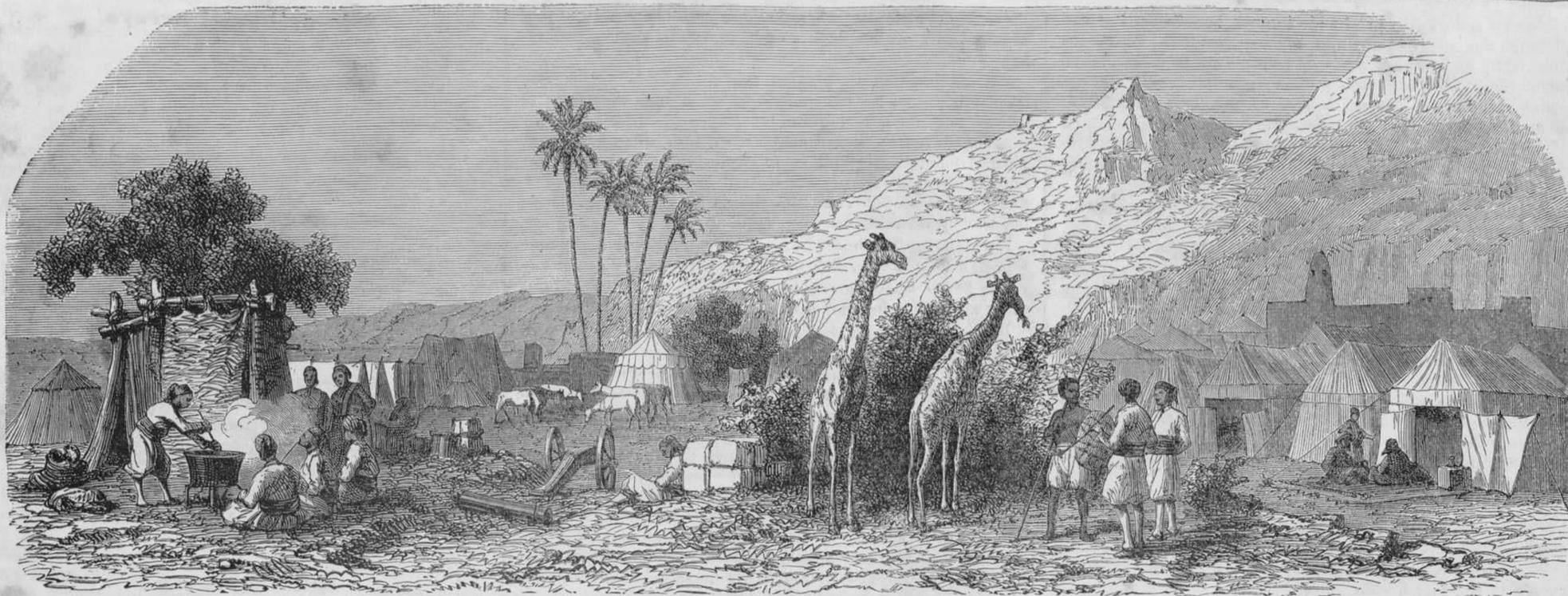
IV.

Fuime por aquellos valles,
Fuime por aquellas vegas,
Mas... ¡Mi corazón estaba
Muriéndose de tristeza,
Que odiosas me eran las flores
Y odiosas las fuentes me eran!
Torné junto al arroyuelo
Donde á la doncella viera...
El arroyo encontré al punto,
Mas no encontré la doncella.
Pasaron dias y dias
Y hasta semanas enteras,
Y yo no paso ninguna
Sin que al arroyo no vuelva;
Pero ¡ay! que la pastorcica
Mis ojos allí no encuentran
«Lavándose las sus manos,
Peinándose las sus trenzas.»

ANTONIO DE TRUEBA.

Viaje de la Rachel á Egipto y su regreso á Francia.

La célebre trágica Rachel cuyo nombre es conocido en todo el universo, se encuentra desde su viaje á Amé-



Campo de las tropas egipcias en Korosko (Nubia.)

rica en un estado de salud tan deplorable que mas de una vez se ha temido su muerte. Los facultativos la aconsejaron que pasara algun tiempo en Egipto; y en efecto, Rachel se encaminó á esa tierra privilegiada donde experimentó alguna mejoría; pero desgraciadamente al regresar á su pais natal, volvió á perder lo que ganó en las márgenes del Nilo, y hoy se halla en una situacion que alternativa-mente inspira buenas esperanzas y serios cuidados. Sin embargo, las últimas noticias son favorables.

Un viajero francés M. de Montant que ha recorrido el Egipto cuando se encontraba allí la eminente trágica, hizo los cuatro dibujos que damos aquí, cuya explicacion es muy sencilla:

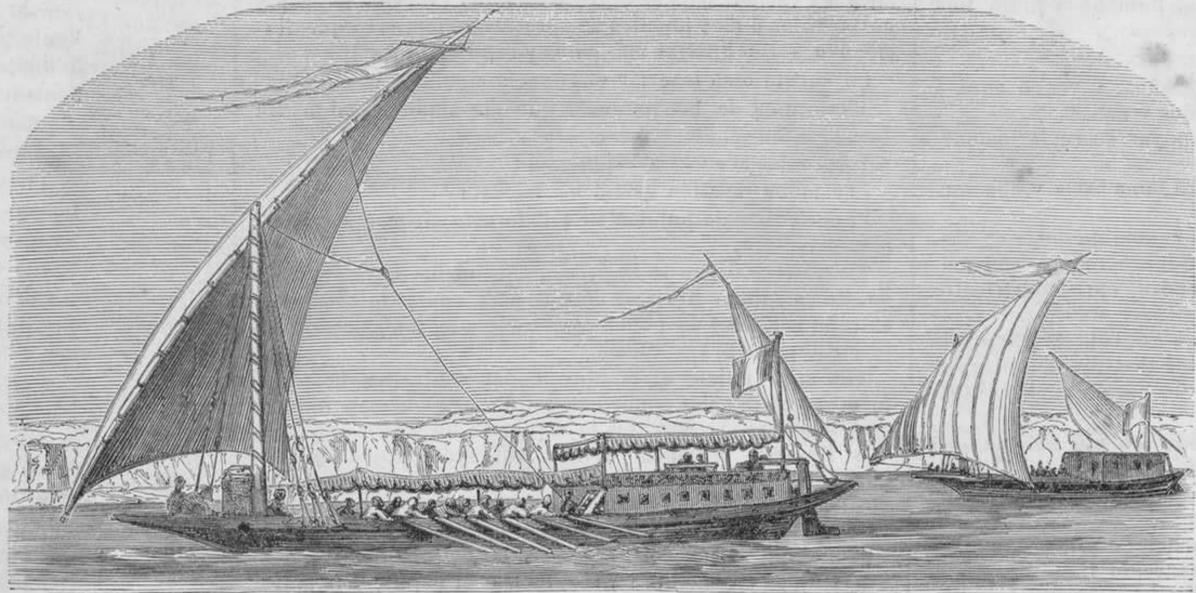
Principian por una vista del campo establecido en Korosko (Nubia), á la entrada del gran desierto que atravesó el virey para marchar á las provincias del Sudan.

En las márgenes del majestuoso rio que surcan todos los años las barcas empavesadas de los viajeros, se alzaban unas tiendecillas blancas en medio de las palmeras, y en un horizonte limitado por las montañas que separan el valle del Nilo del desierto.

El establecimiento de un campo es aquí mas curioso y pintoresco que en cualquier



La montaña de los Rubies, cerca de Korosko.

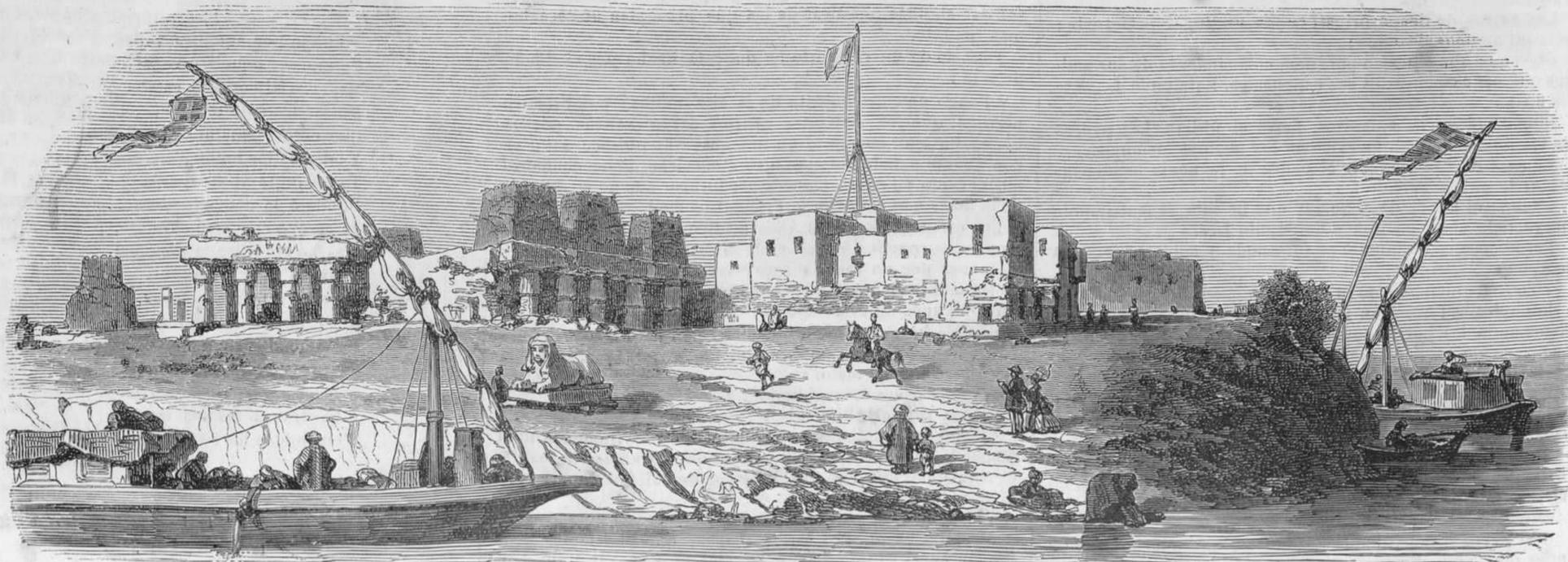


Los dahabichs de la Rachel en el Nilo.

ra otra parte : los soldados equipados á la europea, montan en los dóciles dromedarios que los nubianos armados con una ancha espada y un escudo de piel de elefante guian por medio de los desiertos. Las girafas, tributo del Sudan, se pasean á la orilla del agua donde calientan la cañera unos vaporcillos blancos que pudieron subir la catarata gracias á su ligereza. Cerca del campamento y bañando su base en el Nilo se alza una pequeña montaña.

Este promontorio que fué en un principio objeto de los paseos de los oficiales, en breve les reveló los tesoros que encierra. Toda la superficie de su suelo está sembrada de pequeños rubies, que se recogen á manos llenas, y muy luego acudió gente en muchedumbre sabida la noticia de su descubrimiento. Pero calcularon que si las piedras preciosas no son mas gruesas que cabezas de alfiler en la superficie, debian aumentar en proporcion de la profundidad, y se practicaron al punto excavaciones que han dado por único resultado hacer desaparecer los rubies escasísimos ahora.

La presencia de Rachel en esos lugares fué un acontecimiento extraordinario para el Egipto. El virey que es sin duda el mas ilustrado de todos los príncipes de



El palacio de Francia, habitacion de la Rachel en Tebas.

Oriente, y que protege en todas ocasiones las bellas artes, quiso honrar á la famosa trágica, dándole un vaporcillo para remolcar su barquichuelo. Rachel no quiso admitir la fineza, y con dos simples dahabichs subió el Nilo hasta Assuan y le bajó hasta Tebas, donde se hospedó en el palacio de Francia.

Allí, bajo ese hermoso cielo, á los rayos de su hermoso sol, la célebre actriz recobró un poco de fuerza; su genio y su cuerpo se vivificaron en ese país de todas las grandezas, en esa madre patria del genio humano.

El palacio de Francia es un pequeño edificio construido sobre la cumbre de un templo medio enterrado, y que regaló á la Francia Mehemet-Ali. En ese palacio se albergaron los miembros de la comision y los oficiales que fueron á buscar en Louqsor el famoso obelisco que adorna la plaza de la Concordia. M. Man- nier, cónsul francés, ofreció á su ilustre compatriota



La casa de M. Sardou, residencia de la Rachel en Cannes (Francia).

la hospitalidad mas atenta y cordial. No son menores las atenciones que hoy la prodiga M. Sardou en la encantadora habitacion que representa nuestro último dibujo, situada en el Cannet, cerca de Cannes (depar-

y sobrino de Isnard, el famoso miembro de la Convencion. Además la enferma tiene siempre á su lado una parte de su familia.

E. P.

tamento del Var), donde se estableció Rachel de vuelta de su viaje á Egipto á mediados del último setiembre.

M. Sadou, que es un amigo inteligente de las artes, tiene reunidas en su palacio algunas de las mejores producciones del arte moderno, y entre otras varias esculturas de David de Angers. La vista de una Polimnia de mármol inclinada sobre su lecho como sobre un sepulcro, produjo tan triste impresion á la Rachel que M. Sardou se apresuró á llevar la estatua lejos de la vista de la enferma. Independientemente de los cuidados de este señor, Rachel recibe los de un médico distinguido, M. Mau- re, ex-representante del Var en la asamblea nacional,

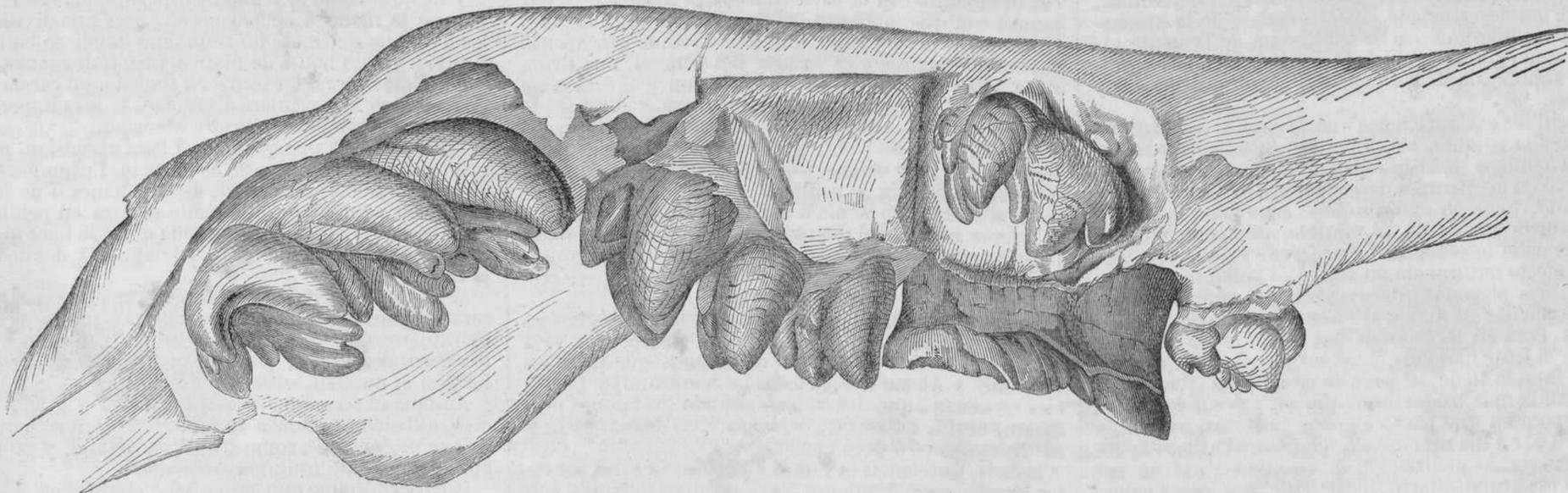
Palaeontología.

De una comunicacion de M. A. Ernst fechada en Winterthur el 15 de octubre último, extractamos las siguientes noticias que sirven de explicacion á las figuras que acompañan:

« Hé aquí un hallazgo, dice M. Ernst que hará época en la historia de las ciencias naturales. En una cantera arcillosa (blanda) cerca de aquí, he vigilado el descubrimiento de una petrificacion que al punto reconocí por un mastodonte. Siguiendo el consejo de un naturalista inglés muy distinguido, M. Falconner, mandé esa

pieza que, á su juicio, es una pieza única, al señor doctor Kaup, inspector del museo de Dramstadt para que la quitaran la materia pedregosa.

El inteligente doctor llevó á cabo la operacion con el éxito mas feliz, y ha devuelto á nuestro museo, al que he regalado la pieza, una perla que nos envanece y que



El mastodonte angustidens. (Fig. 3.)

hace la admiracion de todos los naturalistas. Un gran geólogo vino aquí dos veces en poco tiempo, para ver y examinar el curioso fósil.»

El doctor Kaup al devolvernos esta pieza, la acompañó de las palabras siguientes que traduciremos lo mejor que nos sea posible:

« Esta pieza es un ejemplar de un mastodonte joven *angustidens*; esa mandíbula pequeña llamará muchísimo la atencion; nunca se ha hallado una pieza mas instructiva. Muestra claramente que los dos molares delanteros cambian, lo que no probaba aun el mastodonte del Ohio (*M. Ohioticus*), si bien no es una excepcion. Conozco mas de cuarenta mandíbulas inferiores naturales ó figuradas, pero ninguna tiene dientes de leche como vuestra pieza. Excepto en Paris y en una ciudad de Italia no existe en ninguna parte un esqueleto de géneros europeos. Y todo naturalista os envidiará esa perla.

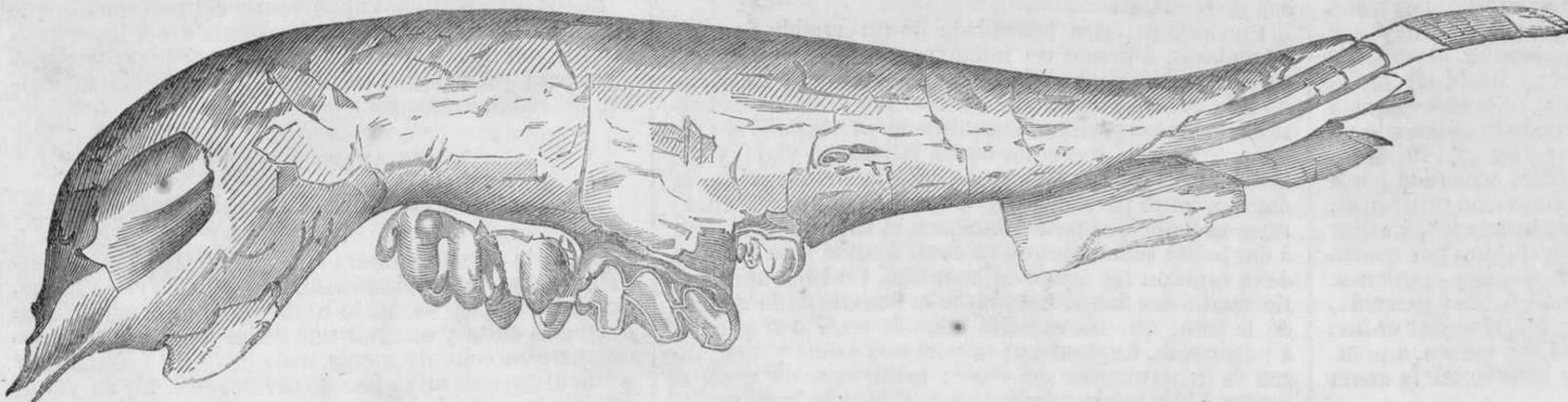


Fig. 1.



Fig. 4.

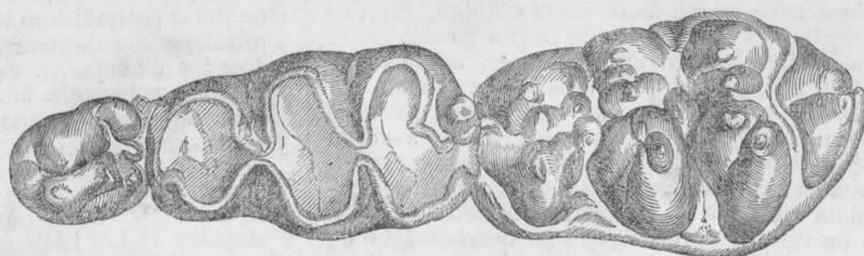


Fig. 2.

Os mando tres figuras que se publicarán en el tercer cuaderno, tabla primera de mis *Documentos para conocer los magníficos fósiles*. En la tercera tabla de ese cuaderno doy todos los dientes de perfil, así como todos los dientes de la mandíbula inferior y superior; á beneficio de vuestra pieza probaré del modo mas claro que cambian únicamente el primero y el segundo de los delanteros.

En vuestra pieza el primer diente acaba de sufrir su cambio; el segundo mas corto y mas sencillo se encuentra todavía bajo el segundo diente de leche que esta ya manado y que no habria tardado en cambiar; la figura 4 es un segundo diente de leche de la mandíbula superior que recibí como un regalo de M. Lartet, en Paris. De este sugeto recibí igualmente el

primero y el último de la mandíbula superior, y el último de la mandíbula inferior. Con estas muestras acompañadas de muchos dibujos, pruebo que vuestro *Mast. Angustidens* no tiene mas que tres hileras transversales en los dientes tercero, cuarto y quinto, en tanto que hay cuatro en el sexto.

Los dientes primero y segundo no tienen mas que dos pares de puntas cónicas que en el primero se hallan fundidas en la parte delantera. Mi mastodonte de Epelsheim muestra los dientes tercero, cuarto y quinto con cuatro hileras, y el último que es el sexto, también con cuatro hileras. La última especie es el tipo de subgénero *tetralophodon* de Falconner, y vuestro ejemplar es la forma tipo de su subgénero *trilophodon* por el número de las hileras transversales de los dientes molares tercero, cuarto y quinto.

A. E.

El baile.

ARTÍCULO COREOGRÁFICO.

Qué ocasión tan oportuna para entrar en consideraciones filosóficas sobre la importancia doméstica y social de ese movimiento acompasado que llamamos *baile*, y cuyo origen se pierde en la noche de las piruetas. ¿Quién fué el primero que expresó su alegría dando zapatetas en el aire? Se ignora; y á la verdad que aun cuando se supiera, poco ó nada habia de servir para la historia del arte coreográfico. Si es cierto el refrán de que en este mundo « cada uno se entiende y baila solo, » puedes figurarte, lector *carísimo*, que la invención del baile no debe ser mas contemporánea que el Diluvio ó la Torre de Babel.

Nada quiero hablarte de los géneros de danzas conocidos; danzas guerreras, religiosas y de salón, mas ó menos agitadas, mas ó menos higiénicas ó excitantes, y que en último resultado vendrían á probar el gran número de *danzantes* que ha habido, hay y habrá en este valle de lágrimas donde, segun dicen, de la *panza sale la danza*. El siglo actual ha encontrado la fórmula, el binomio de Newton, el *non plus ultra* del baile en esa danza del Norte, inquieta y borrascosa, rauda como el alud que se desprende de los Alpes, agitada como la copa del álamo sacudida por el huracán, y enloquecedora como una ronda de fantásticas Willis; sí, en la polka.

«¡La polka! ¡qué horror! ¡qué espanto, Virgen Santa!.. un baile tan desarreglado, el despeñadero de la inocencia, como si dijéramos la Sierra-Morena de la gente joven, el nudo gordiano aplicado á las evoluciones pedestres, el simoun, la fiebre amarilla, el terror de padres y maridos....»

Hé aquí las exclamaciones que de seguro habrán hecho al oír la palabra «polka» los opositoristas retrógados, enemigos de la susodicha danza, nacidos la mayor parte en los tiempos de los polvos, del servilismo y del minué. Nada de extraño tiene semejante aversión, consecuencia forzosa de su punible quietismo y de no marchar en la locomotora del progreso y de la civilización, y efecto natural de no ver en la polka mas que la corteza, dos personas intencionalmente enredadas con el objeto de dar el mayor número de brinco y saltos posibles. Pero en la época actual en que todo lo miramos con el lente filosófico, y hemos descubierto que todo en este mundo tiene su poquito de filosofía, y la pobre señora anda mas traqueteada que un calesín en día de toros; época en que para colmo de miserias, un amigo mio va á dar á luz un tomo en folio sobre la filosofía del riquísimo cocido madrileño, la cuestión varia de aspecto, y ese grupo saltarin, indiferente para los profanos, se convierte para el hombre filósofo en un poema viviente, en una de las formas típicas y características del siglo.

El baile, segun cuentan, decia David, primer bailarín de su tiempo, debe estar en armonía con las costumbres y necesidades de la época, condiciones que la polka llena cumplidamente. Así como en el minué, por ejemplo, con su pausado compás, sus galantes cortesías y trezados pasos simbolizaba perfectamente la lentitud con que nuestros abuelos marchaban hácia las luces, la caballerosidad para con las damas, su severa etiqueta y su poca sociabilidad; del mismo modo la polka con su agitado compás, sus rápidas vueltas y su mal interpretada intimidad, retrata nuestra carrera acelerada hácia el progreso, la fraternidad y la asimilación universal, nuestra tendencia á acortar todas las distancias, á saltar por encima de todo y á mudar en un dos por cuatro (compás de polka) de gobierno, creencias y opiniones.

Bailar en el día alemana, minué ó cosa parecida, equivaldría á retrogradar un siglo, á arrinconar el frac y vestir la chupa bordada con espadín y peluca, á prender fuego al edificio del Congreso y restablecer la santa Inquisición.

No hay que reirse, querido lector; la polka como el gas, el vapor, el sistema representativo, los fósforos de trueno y los globulillos homeopáticos, formarán varios de los rayos de la aureola de gloria del siglo XIX, que si por algunos será apellidado en las venideras edades, siglo de egoísmo y falsedad, es decir, de *doublé* ó de *al-pacca*, otros con mas filosofía le llamarán siglo de la polka, siglo en que cada uno se entiende y baila solo.

El pueblo que, al decir de varios publicistas, tiene el instinto de lo bueno y de lo recto, ha comprendido su actual misión en el terreno de los piés, y trabaja con afán en la regeneración de la ciencia pedestre, y dentro de poco habrán desaparecido del todo del templo de

Terpsicore el bolero, las seguidillas y demás antiguallas bailables, dejando su puesto á la sudorífica y maliciosa hija del Norte.

¿Qué baile, decime, descontentadizo crítico, ha logrado captarse el aura popular tan en alto grado como la danza que á la sazón nos ocupa?

La polka, eminentemente proudhoniana ó socialista, cuenta entre sus vasallos y sus mas ardientes apasionados al estirado lion, rinconera del Suizo, planta exótica, ingerto de calabaza y ruda, lo mismo que al dominguero hortera, prosáico espendedor de materias comestibles, á la niña *fashionable*, reina del buen tono y de la moda, lo mismo que la desaseada Maritornes, reina culinaria y cólera morbo de la vajilla de Talavera y de los pucheros de Alcorecon. La polka, delicia sobre todo del bello sexo, con toda su parentela de schotischs, redowas y varsovianas, está destinada á ser la retorta en que se fundan por *la via pedestre* en una sola sustancia todas las materias químico-heterogéneas que forman el cuerpo orgánico de la sociedad: la polka, imitando unos versos de Alzaybar en que se refiere al amor:

...Pasea plazas y pensiles
Y no escupe los bailes de candiles

ó como hubiera dicho Horacio puesto en lugar mio y con tirillas á la inglesa y pantalon de franja:

La polka con piés iguales
Huella la casa pajiza
Y los palacios reales.

«Pero, señor articulista, oigo que me gritan por todas partes, Vd. se ha constituido en órgano de la inmoralidad, en sostenedor de mala causa, en el protector de los devotos de San Crispin.» Poco á poco, señores, yo abogo tan solo por la polka tranquila, patriarcal por decirlo así, de dos palmos y medio de entrepecho y dos milímetros por minuto de velocidad; no estoy por los polquistas que abrazan con *demasiado ardor* la carrera coreográfica, ni por las sílfides que convierten en cogin ó en otomana el hombro de su masculina pareja; adopto por divisa lo de *in medio consistit virtus*, que alguna mamá entendida en el latin traduciría por *separaditos y con juicio*.

Si aun dudais que la polka se haya encarnado en la medula de los huesos jóvenes, contemplad en el paseo y en los salones el enjambre de angelitos que polkean (al Diccionario con la palabrita) con la misma fe y galanura con que pudieran hacerlo los de quince en adelante. En prueba de ello, ahí está Clotilde que apenas cuenta dos lustros y es ya una notabilidad, una Grissi en la polka; y aunque tiene á la costura y al catecismo la misma afición y cariño que pueden tener el rezagado contribuyente al comisionado de apremio, el cesante al ministro que no paga, y el cosechero de aceite á las luces eléctricas y de gas, sabe en cambio hacer un solo y poner una figura de cotillon, monadas que tienen con la baba caída todo el día á sus bienaventurados papás.

Tal vez andando el tiempo se exija como conocimiento indispensable para vivir entre gentes, un curso polquitécnico con todas las zarandajas de exámenes, certificaciones y derechos.

Malos, dignos de filípicas y de un ejemplar castigo somos los retoños de la moderna cria, pero voto va á Herodes (este voto viene aquí de molde), que todos los Cicerones y Alejandro, y todas las Semiramis y Lucrecias en ciernes que nos vienen pisando los talones prometen, segun las trazas, dejarnos cien leguas atrás y hacernos santos ó poco menos.

Mamás, que teneis la bondad de pasar la vista por estos desaliñados renglones, sed condescendientes con vuestras hijas, y no las priveis alguna que otra noche del placer de dar unas cuantas piruetas y de rasgarse su entallado traje, ó de perder entre un mar de parejas la peineta ó el brazalete.

Y á propósito recuerdo un caso ocurrido no ha muchos años, que por venir á pelo voy á tomarme la libertad de referiros.

Una señora, rica hacendada de un pueblo de corto vecindario, á donde no habia penetrado esa epidemia coreográfica, viéndose de edad avanzada y no queriendo irse al otro mundo sin ver la corte, arregló sus bártulos, y en compañía de una hija suya trasladó sus penates á Madrid. Repuesta de las fatigas del viaje y relacionada con varias familias de esta heroica villa, se decidió, tanto para distraer á su hija cuanto por ahorrarse el tener que salir á buscar á la calle la diversion, á dar bailes semanales en su casa, fijando para la hora de la reunion las nueve de la noche. Un inmenso gentío acudió dos horas mas tarde al convite de la señora de la casa, que no sabia la clase de gente con que iba á habérselas. El pianista preludió una polka y tuvo lugar la inauguración del baile: inútil creo decirlo que madre é hija estaban radiantes de lujo y de hermosura, segun la expresión de un gaceticero que asistió á la fiesta, y que tuvo racion doble en el ambigü. Imposible es describir el asombro de la buena señora al ver cuando los bailarines entraron en calor, aquel tropel de locos que, poco menos que á escape y arrollando por delante de sí, ya una silla, ya una pareja que poco diestra no supo escaparse por la tangente, ya á algun descuidado espectador que sintió en sus espaldas el choque de una de aquellas masas en movimiento; parecían poseídos del baile de San Vito ó remedaban á los muñecos de resorte de los relojes de horchatería ó de organillo ambulante que tienen cuerda mientras dura la música.

Atontada, vagando de un lado para otro, divisó á su hija fluctuando entre un océano de parejas, y al verla con el rodete medio deshecho y semi-identificada con su ardoroso galan perdió los estribos y empezó á grandes voces á gritar: «alto, señores, alto.» Cesó la música, y la encolerizada mamá, dirigiéndose al caballero en cuestión, le apostrofó de la manera siguiente:

— Caballero, ¿tiene Vd. la bondad de decirme con qué derecho y en mis barbas, como suele decirse, se abraza á mi hija como á una tabla de salvacion?

— Señora, respondió el interpelado, no hago mas que seguir la costumbre establecida.

— Yo no entiendo de costumbres tan poco edificantes ni he convidado á Vds. para que conviertan mi sala en un circo ecuestre.

— Pero, señora, el buen tono... la elegancia...

— Ya lo creo; para Vds. es un tono y una elegancia magníficas esto de asirse á una muchacha como á una cucaña, y traerla como á un trompo dando volteretas toda la noche.

— No crea Vd. que he faltado en lo mas mínimo á la buena educación ni á la...

— Me hago la ilusión de creerlo así; pero solo en el caso de que Vd. se case con ella, le permitiré que la abraze tan descaradamente, y aun eso también con su cuenta y razon.

— ¡Qué ridiculez, qué oscurantismo tan pronunciado! murmuraron varios de los concurrentes, bailarines *di primo cartello*.

— Señores, prosiguió alzando la voz, yo ignoraba que el baile moderno fuera tan fraternizador y tan parecido á un gallinero en desórden, por lo tanto, ó tienen Vds. la bondad de bailar cien leguas unos de otros, ó de lo contrario, yo que nunca he querido complicidad de ningún género, tendré el sentimiento de suprimir las reuniones semanales.

Nadie se atrevió á pronunciarse contra la disposición de la autoridad competente, y el modesto rigodon hizo el gasto con no poca pena de los amantes y *anexionistas*.

Excusado es decir que las dichas reuniones murieron por inanición, cosa que el ama de la casa no sintió mucho, atendido el gasto de sorbetes y de manjares que hicieron la noche de la inauguración. Ha desechado dos pretendientes á la mano de su hija por pertenecer á la secta de los polkistas, y se propone restablecer las noches de reunion en su casa resucitando el britanno, el paso inglés y demás bailes mas templados segun dice.

Y hé aquí cómo el relato de este sucedido nos trae como por la mano á ocuparnos en hacer una division de los bailes, es decir, de las reuniones donde se baila.

Dividense en bailes de manga ancha, de manga corta y de manga larga, en seco ó en mojado, en careta ó sin ella, etc., etc. La primera division es la mas importante y la que mas requiere nuestra atención.

¿Qué significa manga ancha? Poca aprension, poquísimos escrúpulos y ninguna conciencia. Luego los bailes de manga ancha, de candil, de Capellanes ó de la Camelia son aquellos en que nadie se para en pelillos, y guardando las conveniencias, cada quisque hace méritos para una penitencia de un mes de ayuno y dos de disciplinazos.

Modistas, horteras, calaverones tronados, criadas de servir, mujeres problemáticas y otras demasiado claras, extranjeros que vienen á estudiar las costumbres *aristocráticas* de España, y algun otro tipo menos comun forman la nube de asistentes á dichos bailes.

Aunque el termómetro marque fuera 8 grados bajo cero, allí siempre sube á 40 sobre cero. Allí se baila sin tregua ni descanso, como si fuera á destajo, y es de rigor no dejar cosa ninguna por bailar.

Pero permitidme que para mayor claridad os presente en tres cuadros bosquejada la gran division que acabo de hacer.

Estamos en la sociedad de la «Amapola roja,» compuesta de acciones á diez reales cada una, y con lo que cada tenedor tiene derecho á dar entrada en el salón á un cierto número de señoras.

Bueno será ponernos al corriente del reglamento que rige á dicha sociedad, y que se ostenta en el lugar preferente con marco dorado, prodigios de caligrafía y una gasa para que los insectos no se permitan libertades sobre el cristal. Y dice así:

«LA AMAPOLA ROJA.»

Gran sociedad de baile.

La junta directiva honrada por la sociedad con el difícil y penoso encargo de estar al frente de estos bailes, no ha perdonado sacrificio ni desembolso ninguno á fin de que la culta y escogidísima concurrencia que á ellos concurre no eche de menos nada de cuanto contribuye á amenizar mas esta clase de diversiones. En su consecuencia ha alfombrado el salón y sustituido el de gas al alumbrado de aceite, ha puesto el ambigü bajo la dirección del acreditadísimo fondista Juan Cordero, y ha organizado convenientemente el servicio del guardarropa y tocador de señoras. En este último se hallará el atamadisimo peluquero Justo Greñas. La orquesta, compuesta de veinte afortunadissimos profesores *ejecutará* preciosísimas polkas y lindísimos rigodones.

REGLAMENTO.

Artículo 1º Los bastoneros están encargados de arreglar el órden del baile y de marcar á las parejas el camino que deben llevar.

Artículo 2º La resistencia contra sus amonestaciones será considerada como un acto atentatorio á la tranquilidad del baile y castigada como tal.

Artículo 3º Los socios y demás concurrentes responden de las señoras que llevan.

Artículo 4º Toda persona de uno ú otro sexo que de palabra ú obra faltare al decoro y á la buena compostura que tanto se recomienda en toda reunion de personas decentes, será inmediatamente expulsada del local por los socios de órden.

Artículo 5º El celador del barrio, ayudado por varios agentes de policía, estará á la mira por lo que pudiera suceder.

(Siguen las firmas de los socios de la junta directiva).

Cuando tantas precauciones se toman, ya podrás figurarte, lector querido, la sumisa gentecilla que frecuentará la Amapola roja. Pero atención; llegó la hora, el salón empieza á cuajarse de gente, y es preciso que nos mezclemos entre los grupos para ver de pescar algo de lo que en ellos se habla.

Grupo de dos, ella y él. — Ella. Pero madre me va á echar de menos.

El. Qué, si está roncando que da gusto en aquel rincón.

Ella. En cuanto empiece la música...

El. En un momento estamos de vuelta. Quiero que tomemos unos sorbetes en el café de Amato.

Esta pareja va á sufrir un eclipse total hasta dentro de dos horas. A bien que á la puerta hay coches de alquiler.

Dos horteras con frac. — El uno. Ando buscando á Juanita, á la costurera á quien casi todas las noches doy gratis la seda.

El otro. Pues á mí me acaba de dar calabazas la Antonia, porque el otro día preguntó el principal quién era la que cosía tan mal las camisas, y yo dije que era ella.

El uno. Tocan polka, y voy á bailar con la primera que encuentre.

El otro. Y yo, no pienso perder ni una sola.

Estos dos camaradas ahogan sus cuitas amorosas en el baile.

Dos calaveras. — Calavera 1º Es Vd. un indecente.

Calavera 2º Y Vd. un estúpido.

Calavera 1º Esa mujer no le quiere á Vd.

Calavera 2º Lo veremos, grandísimo...

Calavera 1º (Aquí suena un estrepitoso bofetón.) Tome Vd. para que aprenda otra vez á tener educación.

El abofeteado contesta al abofeteador en el mismo sentido, la gente se arremolina, los combatientes se enzarzan de veras y con arreglo al artículo 4º son puestos de patitas en la calle por de pronto, sin perjuicio de volver á la media hora al salón. Esta escena se repite varias veces en la noche.

Pero dejemos ya el baile de manga ancha, y bosquejemos el de manga corta, que es el reverso de la medalla.

El duque X. da una brillante soirée. Los criados de corbata blanca y frac negro con mas orgullo que su amo, reciben los abrigos en la antesala.

En estos bailes la etiqueta prescribe cierta seriedad y cierto abuso de cortesías que les da un barniz de uniformidad y monotonía bastante raro.

Por supuesto que de los concurrentes el que menos es baron, general ó cosa parecida.

— A los piés de Vd., marquesa.

— Beso á Vd. la mano, conde.

— ¿Cómo va, mi general?

— Duquesita, está Vd. encantadora.

— No s'a Vd. burlon, marquesito.

Y este fuego graneado se oye por todos los ángulos del salón.

Allí están los ministros, varios diputados, notabilidades financieras y diplomáticos consumados.

La juventud está en minoría y como avergonzada de hallarse entre tanto grande hombre.

Por eso bailan la duquesa del Alamo, mas vieja que la cuaresma, y el conde del Pino roto y el embajador de Trípoli y el director de Beneficencia.

En estos bailes el ambigü es de rigor y la cena suele producir al siguiente día numerosas indigestiones.

Pero este artículo se va alargando, y es preciso que acabe bosquejando el baile de manga larga, el baile de la clase media, y que conocemos mas cuantos nos enorgullecemos de contarnos entre sus hijos.

Pues señor, y esta es la última, doña Mercedes del Olmo. acaba de abrir sus salones.

Esto de salones es metafórico; es tomar el todo por la parte, es llamar rabon al animal que carece de rabo, y pelon al que está pelado; y en fin, lo que se llama tomar el rábano por las hojas.

Los salones que abre doña Mercedes del Olmo son una sala de cuatro varas de largo por tres y media de ancho, ocupada por ocho sillas, un canapé, un piano, un velador, una consola, dos sillones, algunos tiestos y varios otros pequeños reductos ó barricadas que constituyen un sistema completo de fortificación, y ponen á los conocidos y amigos de la casa en la dura precision de ejercitarse ante todo en la ciencia *piruético-gimnástica* para no hacer algun desaguisado.

Contiguo á la sala está el gabinete, que pudiéramos llamar gabinete-fragua, pues tan reducida es su escala, que la chimenea francesa enlodada en la pared llena todo el espacio, sin permitir á su lado mas que dos tristes sillones, especie de potros en que el paciente se tuesta vivo, gracias á su proximidad á la lumbre, y dos sillas vergonzantes que ni quieren estar en la sala ni en el gabinete, viéndose obligadas por falta de trecho

á estar en verano al balcón y en invierno de pantalla delante de la chimenea.

— ¿Es á palo seco, habrá ambigü? preguntan todos cuantos se consideran con derecho á asistir á la apertura de los salones de doña Mercedes del Olmo.

Y á impulsos de curiosidad tan noble llueven visitas en casa de la anfitriona, y todos acuden ansiosos á saber cómo le va de salud.

— Cuento con Vd., iba diciendo á cada uno de los visitantes: cuento dar algunos bailecitos de confianza, de *manga larga*, para que mi Elena se divierta; nada de etiquetas ni de pretensiones: á las ocho se empieza el baile, á las doce se toma un bocadito, y buenas noches, á la cama todo el mundo.

Ante todo debo advertir dos cosas:

Primera. Que doña Mercedes acababa de llegar dos meses hacia de la Rioja á la heroica villa de Madrid.

Y segunda. Que tenia una hija de diez y ocho años llamada Elena, en consideracion á la cual, y con el loable objeto de *colocarla*, segun malas lenguas, abria los salones en cuestion.

— Se tomará un *bocadito*: eso de bocadito es modestia: habrá ambigü, se cenará en grande, iban diciendo para sus adentros al salir todas las personas con quienes doña Mercedes (¡la infeliz!) contaba... ¿para qué? Segun ella para bailar ó hacerla compañía; segun ellas, para entrar á saco en el buffet ó ambigü.

Pollo hubo que se preparó el día antes con unos cuantos granos de hipocacua y dos tomas de Le Roy; jamona hubo que no hizo provisiones de postres en su casa contando con proveerse de dulces y demás cosas secas para el resto de la semana, á expensas de la heroína ó víctima de esta historia.

A las diez y media de la noche llamó el primer convidado y tras este continuaron llegando los demás.

El convidado número treinta tuvo que quedarse en la antesala.

El número cuarenta no pudo ya pasar de la puerta; solo entró la cabeza en la antesala; el resto del cuerpo quedó en la escalera.

De cuarenta para arriba se fueron quedando escalonados aguardando vez para subir un peldaño mas.

El piano preludió una polka.

— ¿Y quién baila aquí? observó juiciosamente una señora ya entrada en años, bloqueada á derecha é izquierda por dos obesos caballeros, con tres pollos sobre sus espaldas y cuatro marabuses de cuatro mamás haciéndola cosquillas en la cara.

Un bailarín mas resuelto enarboló el brazo, deshizo seis peinados, estrujó doce miriñaques, pisó veinte callos, y así logró abrir un boquete por donde se fueron colando los mas intrépidos polquistas.

— Esto no es bailar sino trotar, exclamó *sotto voce* un papá que habia recibido de primer pié un taconazo en el tobillo.

Aquí caía un prendido, mas allá se desprendía una peineta; á las unas se las corría el colorete, á las otras se las desgarraba el vestido.

Elena, la señorita de la casa, dejó medio pendiente entre los almidonados focos de un gallo bailarín.

— ¿Se ha abierto ya el ambigü? preguntaban con voz compungida y alargando el cuello los convidados de puertas afuera.

Doña Mercedes se hallaba entre tanto en el comedor, ocupada en los aprestos del ambigü y colocando simétricamente las provisiones de boca, reducidas á un ramillete de dulces que se alzaba en el centro de la mesa, dos jamones en dulce á los flancos, dos botellas de Carriena paralelas á aquellos, bizcochos, merengues, azucarillos, yemas y otras pequeñeces de menor cuantía.

— Agua, agua, se oyó gritar en la sala á dos señores, sobre los que se habia desplomado una respetable mamá, que á juzgar por lo abultado de sus carnes, no debia ser carga indiferente para sus dos sostenedores.

— Que la lleven al ambigü, exclamó Elena, sin calcular todo el efecto que la palabra ambigü iba á producir en los oídos de tantos como anhelaban poner en danza sus mandíbulas.

Decididamente la señora desmayada se sincoparía, efecto de la debilidad de estómago.

— ¡Ya se ha abierto!... ¡ya se ha abierto! decían los de la sala á los del recibimiento y estos á los de extramuros.

Todos dieron entonces por bien recibidos codazos y pisotones: todos se relamiéron de antemano los labios, figurándose frente á frente de un pavo, y á derecha é izquierda salmones, javalíes, etc., etc.

Los cirinos de la señora sincopada pudieron á duras penas penetrar hasta el comedor, donde doña Mercedes, ignorante de la tormenta que rugía sobre su cabeza, continuaba tranquilamente su delicada tarea.

No bien se abrió la puerta del comedor, presentando á la vista de los mas cercanos aquella nueva Jauja, aquella Sebastopol tan codiciada, cuando compulsados por la mano del hambre, invadieron el gastronómico recinto una infinidad de pollos y gallos que, gracias á su mayor fuerza, lograron abrirse paso por entre las señoras y llegar los primeros al asalto de la plaza.

Doña Mercedes apenas daba crédito á sus ojos, y llegó á sospechar si habria sucedido alguna desgracia y habria escogido aquel lugar como refugio y amparo.

Renuncio á describir la escena de desolacion y de luto y el destrozo que tuvo lugar en aquel prosaico comedor.

— ¡Ay amigo mio! me decia ayer doña Mercedes, despues de relatarme los desastres de aquella noche, juro á Vd. que en mi vida volveré á dar bailes de manga larga.

— Ni de manga corta, repuse yo, mientras no se ha-

ga moda de poner al pié de las papeletas de convite «se suplica la cena,» como en las de entierro aquello de «se suplica el coche,» debe Vd. renunciar al placer de tener en su casa á la culta y urbana sociedad del día.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

La India. — Los Thugs.

El príncipe Alejo Soltykoff cuenta en su viaje que habia visto en Delhi esculturas de yeso coloreadas muy bien hechas, y representando escenas de matanza de toda especie por los thugs. El artista que era un indio de la clase baja, iba todos los días á la cárcel donde estaban encerrados algunos thugs y copiaba las escenas que ellos representaban con cierta alegría, pues era un recuerdo de las proezas de su vida libre. Aquellos grupos tenian tal carácter de verdad que hacian estremecer. A una representacion de este género asistió M. Schœff, y de ella hizo un cuadro que aqui reproducimos.

El thuggismo es uno de los argumentos favoritos de la Inglaterra y de sus partidarios contra los indios. ¿Se puede respetar la nacionalidad de un pueblo que cuenta en su seno semejante asociacion? — Los thugs constituyen una corporacion religiosa que tiene sus sacerdotes, sus misterios, sus ritos, sus iniciaciones y sus funciones diversas. Su organizacion es antiquísima, lo que le da un poderoso motivo de consideracion y de respeto á los ojos de muchas personas. Pero aun hay mas: su origen es divino. La diosa Kali que en la mitología india representa uno de los principios en los que descansa el sistema del universo, el principio destructor, instituyó los thugs para luchar contra el principio creador. Ella misma les reveló el arte sagrado de la extrangulacion, y los protegia de tal modo que á fin de que los impíos no pudieran desconocer los fines que llevaban y sus méritos, se encargó de hacer desaparecer las señales de sus piadosos sacrificios. Pero una vez algunos de los adeptos cometieron la indiscrecion de espiar y de sorprender á la diosa en el momento en que habia bajado á la tierra, y se llevaba los cuerpos de sus víctimas. Desde aquel día, como está en los usos de las divinidades el castigar siempre á todos por la falta de algunos, los thugs quedaron condenados á hacer desaparecer ellos mismos las pruebas de lo que los escépticos se obstinaban en llamar sus crímenes.

Este peligro mas no desalentó á los sectarios de la diosa; al contrario, quizá fué un mero estímulo. El thuggismo hizo prosélitos no solo entre los indios, sino tambien entre sus vencedores, los mahometanos.

La ceremonia de la iniciacion no deja de ser curiosa. Bañan el neófito, le ponen ropa nueva y le presentan á sus hermanos; luego van á un lugar consagrado donde el *gooroo* invoca á la diosa Kali y la suplica que declare mediante alguna señal visible, si admite al candidato asesino.

Es muy raro que sea rechazado el aspirante; la diosa tiene anchas tragaderas, y muchos modos de manifestar su voluntad. El rebuzno de un asno, el rugido de una fiera, el vuelo de un ave, bastan para salir del paso. Entonces entran en la casa de donde habian salido para marchar á la capilla, y poniendo en manos del neófito el hacha de hierro, símbolo significativo de la asociacion, el *gooroo* le hace pronunciar sus votos. En cuanto ha prestado el juramento solemne que le liga, el sacerdote le pone en la lengua un terron de azúcar consagrado, y la farsa está consumada.

Cada sacrificio humano que hacen los thugs está precedido de ceremonias en honor de la diosa, y se entrega fielmente la parte del botín que les corresponde á los *chams* ó sacerdotes, únicos que están iniciados en los misterios del culto.

La corporacion se divide en tres categorías, de las cuales cada una tiene sus funciones diferentes: las *soothas*, que hacen caer la víctima en el lazo; los *bouthotes* que extrangulan con el pañuelo y los *lughas* muy hábiles para abrir tumbas invisibles.

En sus *Paseos y Recuerdos* el coronel Sleeman, que fué encargado de dirigir las persecuciones de la policía especial para la represion del thuggismo, cuenta una anécdota que sabe por un thug, la cual prueba la astuta perseverancia que emplean esos misioneros del asesinato para cumplir sus votos. No teniendo á la mano en este momento la obra del coronel Sleeman, tomamos de M. de Valbezen este relato lleno de interés y de color oriental que dice de este modo:

«Un oficial mogol de hermosa figura que iba del Penjab al reino de Uda, atravesó una mañana el Ganges cerca de Meerut para tomar el camino de Barcilly. Llevaba un buen caballo y le acompañaban su criado de mesa y su palafrenero. En la orilla izquierda del río, el oficial encontró un grupo de hombres de respetable apariencia que seguian el mismo camino que él; estos últimos se le acercaron y con las formas mas humildes quisieron trabar conversacion; pero el mogol estaba alerta contra los thugs y ordenó á los viajeros que le dejasen continuar solo su camino. Los forasteros quisieron disipar sus sospechas, pero en vano; el mogol se enfadó, y mandó á los otros que se alejaran; estos obedecieron.»

»Al otro día el mogol volvió á encontrar el mismo número de viajeros; pero estos hombres presentaban un aspecto diferente del de la víspera; eran todos musulmanes, que se le acercaron con muchas reverencias, le hablaron de los peligros del camino y le pidieron el favor de ponerse bajo su amparo. El oficial nada respondió, y como los viajeros persistieran en su idea, se



S. PRESSINGHAM.

Los Indios (extranguladores) de la India.

A. B. C.



Correo de un rajah en Bengala.

enfadó, echó mano á la espada y les mandó que se alejaban de su lado.

» Era el mogol un hombre formidable; llevaba á su espalda un arco y un carcaj lleno de flechas, un par de pistolas en el cinto y un sable; así los desconocidos obedecieron temblando.

» Por la noche otro grupo de viajeros hospedados en la misma posada que el mogol, trabaron conocimiento con sus dos criados, y por la mañana al ponerse otra vez en camino quisieron entrar en conversacion con el amo; pero por tercera vez, á pesar de las súplicas de sus servidores, el mogol se enfadó, y les mandó que le dejaran.

» Al cuarto día el mogol continuando su camino, habia llegado á la mitad de un llano desierto; sus criados le seguian á cierta distancia cuando se halló en presencia de seis pobres musulmanes que lloraban sobre el cuerpo de un compañero que habia expirado á la orilla del camino; eran unos soldados de Lahora que volvian á Lucknow para ver á sus mujeres y á sus hijos al cabo de una larga ausencia.

» Su compañero, la esperanza y la alegría de su familia, habia sucumbido á las fatigas del viaje y ellos iban á depositar su cuerpo en el hoyo que habian abierto para ese fin; pero como ninguno de ellos sabia leer las plegarias del Coran, suplicaron al oficial que rindiera en su nombre ese postrer homenaje á la memoria del difunto. El mogol no pudo resistir á este ruego religioso y se apeó. El cadáver estaba colocado en el hoyo de la manera que prescribe el Coran con la cabeza vuelta hácia la Meca. Extendieron una alfombra delante del oficial, que se quitó sus armas, se lavó la cara, los piés y las manos para no recitar las oraciones en estado de impureza, y arrodillándose comenzó á recitar el oficio de difuntos.

» Dos compañeros del muerto arrodillados junto al cadáver rezaban llorando; los otros cuatro habian salido al encuentro de los dos criados para que su llegada no viniese á interrumpir las plegarias del buen samaritano... De repente, á una señal dada, arrojan los pañuelos, y al cabo de algunos minutos el mogol y sus dos servidores estaban enterrados en el hoyo abierto, segun los usos de los thugs, la cabeza del cadáver de encima á los piés del cadáver que está debajo.

» Todos los viajeros que habia encontrado el mogol pertenecian á una misma banda de thugs del reino de Uda, que sin esperanzas de granjearse su confianza con palabras dulces, habian imaginado aquella estratagema para matarle y apoderarse de su oro y de sus alhajas. El mogol, hombre muy corpulento, murió del golpe, y sus criados no hicieron ninguna resistencia.»

En cuanto al otro grabado, se explica suficientemente por sí mismo. Es el paseo de un rajah en Bengala, con su correspondiente acompañamiento de elefantes. Sabido es que los elefantes forman parte siempre de todo ceremonial en la India.

L. de W.

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuación.)

— Me llaman la Tumba de los secretos, pensaba el doctor al decir todas aquellas cosas, pero la justicia tiene derecho para abrir las tumbas.

Vió que el conde dudaba aun, y entonces le dió á leer la última carta que habia recibido de la Chermidy. Villanera se horrorizó al encontrar en aquel billete una provocacion al asesinato mediante quinientos mil francos de recompensa.

En esto llegó el duque de la Torre de Embleuse, y en él descubrieron una prueba viva de la infamia de la Chermidy.

El anciano habia viajado sin ningun contratiempo, gracias á ese instinto de la conservacion que nos es comun con los animales; pero su estado intelectual era lastimoso. Supo encontrar el palacio Dandolo, y cayó en medio de la familia sorprendida sin mas emocion que si saliera de su alcoba.

Eulalia saltó á su cuello y le acarició largamente; él se estuvo quieto como un perro que juega con un niño.

— ¡Cuán bueno sois, exclamó Eulalia; me habeis creído en peligro, y habeis corrido á verme.

El duque respondió:

— ¡Toma! ¿Y es verdad?... ¿Con que no has muerto? ¿Cómo te has gobernado?... Estoy muy contento, pero no... Honorina está furiosa contigo. ¿No está aquí Honorina? ¿Habia venido para casarse con Villanera... con tal de que me perdone!...

Nadie pudo arrancarle una palabra sobre la salud de la duquesa, pero habló de Honorina cuanto quisieron. Declaró toda la felicidad y todas las pesadumbres que la debia. Sus discursos como sus preguntas tendian hácia ella, queria verla á toda costa y puso en juego toda la astucia imaginable para descubrir su retiro.

La llegada inesperada del anciano causó un dolor profundo á Eulalia y puso en un apuro cruel al conde. La condesa viuda, que nunca habia simpatizado mucho con el duque, se interesaba poco en la ruina de su inteligencia, pero triunfaba al ver en sus manos una víctima de la Chermidy. No se separaba del duque y le arrancaba todos los secretos de su miseria y de su decadencia.

El duque charlaba en la casa hacia algunas horas en

el palacio Dandolo, cuando la Chermidy mandó á decir al conde que era su vecina y que le esperaba.

El conde enseñó la carta al doctor Le Bris preguntándole:

— ¿Qué responderiais en mi lugar?

— Ofreceria dinero. Ella ha venido aquí para llevarse vuestro nombre, vuestra persona y vuestra fortuna; cuando ha visto que Eulalia no habia muerto, tomó su partido en cuanto al nombre y trata de arrebatárlo restante. Al ver que vuestra persona prescinde fácilmente de la suya se contentará con el dinero.

— ¿Y el pleito escandaloso con que nos amenaza?

— Ofrecedla dinero.

— Pero ¿y su hijo?

— Dinero y mas dinero; eso sí, hará falta mucho. Se dan dos sueldos al pobre que mendiga vestido de blusa, diez al que va con chaqueta, ciento al que lleva frac; calculad lo que se debe ofrecer á los que mendigan en coche de cuatro caballos.

— ¿Queréis ir á ver lo que pide?

— ¡Diablo! Me habeis cogido la palabra.

El doctor se dirigió á casa de la Chermidy. Cuando entró se hallaba en escena. Sentada lánguidamente en un gran sillón, con los brazos caidos y suelto el cabello, dejaba errar sus ojos melancólicos...

— Buenos dias, dijo Le Bris; no os incomodeis, soy yo.

La viuda se levantó sobresaltada y corrió á él exclamando:

— ¡Vos!; amigo mio!... Me habeis tratado mal el otro dia. No me esperaba yo eso al cabo de tan larga ausencia.

— Dejemos ese punto, nõ he venido aquí como amigo, sino como embajador.

— ¿Con que no puedo verle?

— No; pero en cambio podeis recibir otra visita.

— ¿Cuál?

— La del señor duque de la Torre de Embleuse.

— ¿Está aquí?

— Desde esta mañana. Bonita obra habeis hecho, y sin firmarla.

— No soy responsable de todos los viejos locos que pierden la cabeza por mí.

— ¿Ni de los millones que pierden en vuestra casa?

— Francamente, amigo mio, ¿creéis que soy una mujer de las que buscan dinero?

— Y en grande. ¿Cuánto quereis por volver á Paris y estaros quieta?

— Nada.

— Se pagará vuestro pasaje aun cuando cueste un millon.

— Somos dos, está aquí Francisca.

— Quizá se doblará la cantidad.

— No ganarian nada con eso.

— ¿Pues cómo?

— Muy sencillo. Si soy lo que suponeis puedo tomar el dinero hoy y dar un escándalo mañana. Pero valgo mas que todos vosotros.

— Gracias.

— Querido embajador, llevad esto al rey vuestro amo, y decidle que si tiene encargos para el otro mundo que me los envíe esta noche.

— ¿Qué es eso? ¿Apelais desde luego á los últimos recursos?

— Sí, amigo mio. Ved mi testamento y el acto de mi última voluntad; el pliego no está cerrado, podeis leer.

— Leamos.

Y leyó lo que sigue:

«Hé aquí mi testamento y el acto de mi última voluntad:

» En vísperas de dejar voluntariamente una vida que el señor conde de Villanera me ha hecho odiosa...»

— ¡Embustera! dijo el doctor interrumpiendo su lectura.

— Es la pura verdad.

— Quitad esa frase; primero porque está mal escrita...

— Las mujeres no escriben bien mas que las cartas; no saben redactar testamentos.

— Prosigamos pues:

«Yo, Honorina Lavenaze, viuda Chermidy, sana de cuerpo y de espíritu, lego todos mis bienes al marqués de los Montes de Hierro, hijo único del conde de Villanera, mi antiguo amante.» Sigue la firma.

— ¡Bonita broma!

— ¿No creéis en ella?

— No.

— ¿Apostariais á que no me mato?

— Seguramente.

— ¿Y porqué no me he de matar, señor mio?

— Porque vuestra muerte daria muchísimo gusto á tres ó cuatro personas que yo conozco. Adios, amable viuda.

Apenas habia cerrado la puerta el doctor, cuando Francisca salió de un aposento contiguo acompañada de Mantoux.

XIII.

EL PUÑAL.

Mateo Mantoux estaba inconsolable con la curacion de Eulalia. Acusaba al droguero diciendo que le habia vendido un veneno de mala ley, y en su dolor se olvidaba del servicio y se paseaba por el campo.

Siempre en estos paseos iba á parar á la bonita finca que anhelaba adquirir, y á fuerza de contemplarla la conocia en sus menores detalles lo mismo que si hubie-

ra nacido en ella. Sabia cuántas ventanas tenia la casa, y cada árbol de su jardin le traia en mientes un recuerdo.

Mas de una vez habia saltado el cercado, lo que no era difícil, pues la cerca de aquel paraíso terrestre que era de plantas cárceas y de aloes se hallaba en el peor estado.

El 26 de setiembre á eso de las cuatro de la tarde, este tunante melancólico pensaba en su infortunio llegando al cercado. Recordaba con una dulzura amarga sus primeras entrevistas con Francisca y el buen recibimiento de la Chermidy.

Cuando comparaba su situacion presente con la que habia soñado, se veia el mas desgraciado de todos los hombres; pues el que ha dejado de ganar una cosa piensa que la ha perdido.

La aparicion de una masa enorme que se movia lentamente en el jardin interrumpió el curso de sus ideas. Se restregó los ojos y se preguntó un instante si era Francisca ó su sombra, pero las sombras no tienen tanto cuerpo.

Francisca le distinguió y le hizo señal de que se acercara; justamente pensaba como le veria.

— Buenos dias, excelente enfermero, le dijo; habeis cuidado tambien á vuestra señorita que está buena.

Mateo respondió con un suspiro: «¡Poca suerte!»

— Estamos solos, repuso Francisca, nadie puede oirnos y no tenemos tiempo que perder. ¿Estás contento de ver buena á tu ama?

— Seguramente; no obstante, vuestra señora me habia prometido otra cosa.

— ¿Qué te habia prometido?

— Que moriria pronto y que tendria yo 1,200 francos de renta.

— Habrias preferido la renta; ¿no es verdad?

— Sí; me habria hecho hacendado, y ahora tendré que servir toda mi vida.

— ¿Pero cómo no te ha dado la idea de ayudar un poquillo á la enfermedad?

Mantoux la miró fijamente con una turbacion fácil de descubrir; no sabia si tenia delante un juez ó una cómplice. Ella le sacó del apuro añadiendo:

— Te conozco, te ví en Tolon, y cuando te fuí á sacar de Corbeil sabia muy bien tu historia.

— ¿De modo que al hacerme venir aquí teniais vuestro pensamiento?

— Así fué. Si no hubiera habido que hacer algo habria buscado un hombre de probidad; á Dios gracias no faltan, hasta creo que abundan demasiado.

— ¿Con qué ahí está el secreto de los 1,200 francos de renta?

— ¡Por fin abres los ojos!

— Apuesto á que la carta anónima que recibí es vuestra.

— No te engañas.

— ¿Y qué interés teniais en el asunto?

— Tu ama ha robado su marido á la mia; ¿comprendes ahora?

— Principio á comprender.

— Ya habrias podido principiar antes, imbécil.

— Sin embargo, he trabajado.

— ¿Con qué?

— Compré arsénico, y ha ido tomando un poco cada noche.

— ¿De veras?

— Lo juro.

— No la darias lo suficiente.

— Temia que me cogieran; el arsénico se encuentra en los cuerpos muertos.

— ¡Cobarde!

— ¡Eh! Por 1,200 francos de renta nadie da el pesuezo.

— Mi señora te habria dado todo cuanto hubieras querido.

— ¿Porqué no me lo dijisteis? Ahora es ya tarde.

— Nunca es tarde; ven y hablarás con mi señora.

En un cuarto contiguo al salon esperó Mantoux la salida del doctor Le Bris. Varias palabras de la conversacion atravesaron la puerta y llegaron á sus oidos. Sin embargo, aun no comprendia bien cuál era el trato que querian hacerle, y se llegó á la Chermidy con una desconfianza respetuosa.

La viuda no juzgó á propósito entrar en explicaciones con él, mientras no hubiese recibido una respuesta del conde. Estaba muy agitada y recorria el salon en todos sentidos; escuchaba á Francisca sin entenderla y miraba al presidiario sin verle.

La cortesía del conde de Villanera le era bastante conocida para que pudiesen alarmarla demasiado su ausencia y su silencio.

— Ya no me ama, se decia; pase la indiferencia, yo sabia combatir su frialdad, pero sin duda me han pintado á sus ojos con tales colores, que me desprecia hoy; sin eso no me trataria como me trata. ¡Ofrecerme dinero por conducto de ese odioso Le Bris! ¡y en qué términos, Dios mio! Si me considera de igual modo que su embajador, si ya no me estima, por mas que haga nada lograré. Viuda ó no está perdido para mí... Entonces será inútil... pero no; no es inútil vengarse, y me vengaré. Esperemos aun; si no corre aquí en cuanto haya leído mi mensaje, es que todo está perdido.

— Señora, interrumpió Mantoux, tengo que ir á servir la comida, á menos que...

— Anda á servir tu comida, le contestó; escucha bien cuanto digan para repetirmelo.

— Muy bien.

— Oyeme; quizá el conde de Villanera vendrá esta noche aquí, si así es no te necesito. Sin embargo, pa-

seate por estas inmediaciones mañana por la mañana... Si no viniera... ¡pero es imposible!... entonces ven tu á mi casa en cuanto se haya acostado, á cualquiera hora que sea; si Francisca está dormida, te abriré yo.

— Es inútil, señora, he sido cerrajero y conservo mis herramientas.

— Bien, te esperaré; pero estoy segura de que vendrá el conde.

Mantoux sirvió la comida, pero aunque estuvo muy atento á la conversacion, ni una sola vez oyó pronunciar el nombre de la Chermidy. Solo habia un convidado, M. Stevens; y la condesa viuda le preguntó si la ley inglesa permitia á los magistrados la expulsion de los vagabundos sin otra forma de proceso.

M. Stevens contestó que la legislacion de su pais protegía la libertad individual hasta en sus abusos.

El doctor repuso sonriendo:

— Muy bien; pero ¿y respecto á las aventureras?

— ¡Oh! A estas se las trata con mas severidad.

— ¿Aun cuando tengan cinco ó seis millones de fortuna?

— Si conoceis muchas tan ricas, doctor, enviadlas á la Gran Bretaña, donde las abrirán las puertas par en par, las coronarán de rosas, y así coronadas se casarán con los lores mas encumbrados.

La condesa viuda hizo un gesto y se habló de otra cosa.

Durante la comida el viejo duque no cesó de mirar á Mantoux. Aquel viejo de cerebro impotente y falto de memoria, supo reconocer un hombre á quien habia visto una sola vez en casa de la Chermidy.

Le llamó aparte despues de los postres y le llevó misteriosamente á su cuarto.

— ¿En dónde está? le preguntó; tú la conoces y sabes donde se oculta, ó donde me la ocultan á mí.

— Señor duque, respondió Mateo, no sé de quién...

— Hablo de Honorina, la señora que vivía en Paris en la calle del Circo.

— ¡Ah! ¡La señora de Chermidy!...

— ¿Ves cómo la conoces? Estaba seguro de que la has visto; mi hija la ha visto tambien, y el doctor tambien, todo el mundo menos yo... ¡Si me la traes haré tu fortuna!...

Mantoux respondió en estos términos:

— Puedo jurar al señor duque que no sé dónde se halla esa señora.

— Dimela, animal, no hablaré á nadie de ello, esto quedará entre nosotros.

Y añadió en tono de amenaza:

— Si no me la traes esta noche mando que te corten la cabeza.

El presidiario se estremeció como si aquel anciano hubiera podido leer en su corazon, pero ya el duque habia cambiado de nota y lloraba.

— Hijo mio, decia, no tengo secretos para tí, quiero comunicarte el infortunio que nos amenaza. Honorina se va á matar esta noche, así se lo ha dicho al doctor y ha enviado su testamento al conde de Villanera. Dicen que no se matará y que ha querido asustarnos, pero yo la conozco mejor que todos ellos, y sé que pondrá fin á sus dias. Es capaz de eso; á mí me ha dado la muerte... ¿Has visto ese puñal que tenia en Paris sobre la chimenea? Pues una vez le hundió en mi corazon, bien me acuerdo. Con ese puñal se matará esta noche si no corremos á impedirlo: ¿quieres llevarme á su casa?

Mantoux repitió que ignoraba dónde vivía la Chermidy, pero sin lograr convencer al viejo insensato. Hasta las diez de la noche el duque le siguió al jardin, á la cocina, por todas partes con una paciencia á toda prueba.

— Tú has de ir á su casa, le decia, y yo te seguiré.

Los habitantes de las islas Jónicas se acuestan muy temprano. A las doce toda la casa dormía, excepto el viejo duque y Mantoux. Este bajó en silencio la escalera, y al atravesar el jardin del Norte creyó ver una sombra entre los olivos; luego salió al campo y atajando camino llegó hácia la casa que le era tan conocida.

La sombra encarnizada le siguió de lejos hasta el cercado. Entonces se preguntó si el miedo no habia turbado su vista y si no era víctima de una alucinacion; recobrando ánimo volvió á buscar al enemigo, pero el camino estaba desierto y la aparicion se habia perdido en las sombras de la noche.

La casa estaba envuelta en las tinieblas mas profundas; la única ventana donde se veía luz era la de la Chermidy en el piso bajo: Mantoux comprendió que le esperaban. Sacó una porcion de llaves maestras que traía entre unos trapos para que no se oyera el ruido del hierro, pero no tuvo necesidad de poner á prueba sus talentos; la Chermidy le abrió la puerta.

— Habla quedo, le dijo, Francisca está dormida.

Los dos cómplices entraron en el cuarto, y el primer objeto que llamó la atencion de Mantoux fué el puñal de que le habia hablado el duque.

— ¿Se acostó ya el conde? preguntó la viuda.

— Sí, señora.

— ¡Infame! ¿Qué han dicho en la comida respecto de mí?

— Ni una palabra.

— ¿Nada?

— Nada; pero despues de la comida el duque me ha pedido las señas de vuestro domicilio. Me ha parecido que está malo.

— ¿Y ha dicho otra cosa?

— ¡Tonterías! Que queriais mataros, que habiais escrito vuestro testamento.

— Es verdad...

— ¡Ah! ¿y porqué?...

— Para obligar al conde á que venga á verme; ¿con que está acostado?

— ¡Oh! no lo dudeis; su cuarto está cerca de los nuestros, y á las once apagó su luz.

— Háblame con franqueza; si han dicho algo malo sobre mí cuando estaban comiendo, no temas repetir-melo, no me incomodaré, al contrario, me pondré muy alegre.

— Ni siquiera han abierto la boca sobre vos.

— ¡Ah! ¿Con que les anuncié que voy á matarme esta noche y no son para decir que está bien hecho?

— Lo mismo se han ocupado de vos que si no existierais.

— Está muy bien; sabré recordarles que estoy en vida. Francisca me ha dicho que habias dado arsénico á Eulalia.

— Sí, señora, pero de nada sirvió.

— ¿Y si la dieras una puñalada, no valdria mas?

— ¡Oh! ¡una puñalada!... Eso trae muchas historias.

— ¿Qué diferencia encuentras tú?

— La señorita estaba enferma, y la enfermedad habria tenido la culpa; pero matar á una persona en buena salud... eso es otra cosa.

— Te pagaré segun el trabajo.

— ¿Y si me cogen?

— Trata de buscar un barco y te vas á Oriente; la justicia no te seguirá.

— Se me habia ya metido en la cabeza quedarme aquí; queria comprar bienes.

— Por nada los comprarás en Turquía.

— No le hace; el negocio vale cincuenta mil francos.

— ¡Cincuenta mil francos!

— Pienso que no vais á regatear...

— No, el trato está hecho.

— ¿Dinero contante?

— Seguramente.

— ¿Lo deis en vuestro poder?... Porque si no me pagais la deuda, no podré ir á Paris á reclamarla.

— Tengo cien mil francos en la cómoda.

— Pido cinco minutos de reflexion.

— Está bien.

Mantoux se volvió hácia la chimenea, tomó maquinalmente el puñal corto de la Chermidy, probó la punta en uno de sus dedos y dobló la hoja apoyándola en la pared.

La Chermidy ni siquiera le miraba, y estaba esperando el resultado de sus reflexiones.

— Estoy resuelto, exclamó. Prefiero quedarme aquí que pasar á Turquía, porque los nuestros se ven mejor tratados en Corfu, porque he aprendido un poco el italiano, y porque me conviene esta casa y su jardin...

— ¿Y cómo te arreglarás?

— Hé aquí cómo. En vez de matar á mi señorita os mataré á vos, y desde luego recojo cien mil francos en vez de la mitad; despues nadie tratará de acusarme ni de perseguirme, puesto que habeis escrito vuestro testamento para mataros esta noche; y en fin, sea dicho sin ofenderos, quiero matar á una bribona como vos y no á una mujer honrada como mi señorita que siempre me ha tratado bien. Es un primer paso que doy en el buen camino, y espero que el Dios de Abraham y de Jacob me agradecerán que haya tomado á mi cargo su tarea.

XIV.

LA JUSTICIA.

La sombra que habia seguido á Mantoux desde el palacio Dandolo hasta el jardin de la Chermidy era el duque de la Torre de Embleuse.

Un instinto tan infalible como el mejor raciocinio habia advertido al insensato que Mateo iria á casa de la viuda y que esta le esperaba.

Así fué que espío su salida oculto en el fondo de un comedor oscuro de la casa. Cuando oyó que el presidiario abria su puerta, supo sofocar su voz y comprimir la risa nerviosa que conmovia su cuerpo desde la cabeza hasta los piés.

Para bajar la escalera detrás de Mantoux se quitó los zapatos, y luego anduvo todo el camino descalzo por entre las piedras, la yerba y las zarzas que le lastimaban á cada paso.

No echó de ver que era largo el camino, ni sintió fatiga ni dolor. El imperio de una idea fija le hacia insensible á todo; no temía nada en el mundo sino perder su guia ó ser descubierto.

Cuando Mantoux apretaba el paso, el duque corria detrás de él como si hubiera tenido alas, y cuando volvía la cabeza el duque se tendía en el suelo, se arrastraba hácia los barrancos ó se deslizaba bajo unas matas.

Por fin se detuvo junto al cercado.

Una voz secreta le dijo que la única ventana que brillaba en el piso bajo de la casa era la de la viuda. Vió que su guia se paraba á la puerta, una mujer salió á abrir, y aquel viejo corazon saltó con un gozo desordenado al reconocer á la criatura que le atraía.

¡No habia muerto pues! Podría verla, hablarla y quizá reconciliarla con la idea de vivir.

Su primer impulso fué lanzarse sobre ella, pero se contuvo y se escondió; estaba seguro de que no se mataría en presencia del criado. Se propuso esperar á que se quedara sola para sorprenderla y arrancarla de las manos el terrible puñal.

Mas de una hora estuvo en acecho sin notar lo largo del tiempo. Amaba á la Chermidy como no amó á su mujer ni á su hija. Sentía nacer en su cerebro ideas

de abnegacion, de afecto desinteresado, de esclavitud humilde. Aquel amor absoluto, irreflexivo, sin restriccion y sin medida no era un sentimiento nuevo para él; pues hacia sesenta años que se amaba á sí mismo de la misma manera. Su egoismo habia cambiado de objeto sin cambiar de carácter. Habria inmolado todo un mundo al capricho de la Chermidy como en otro tiempo á su propio interés ó á sus placeres.

Desde el dia en que la ingrata le abandonó, se puede decir que no habia vivido. Su corazon no latía sino junto á ella; sus pulmones no respiraban sino en el aire que ella habia respirado. Andaba por el mundo como un cuerpo inerte lanzado en el vacío.

A veces un rayo de luz alumbraba las tinieblas de su espíritu, y entonces se decia:

Soy un viejo loco. ¿Porqué la hablé nunca de amor? ¡Bien está el amor á mis años! Que me conceda un poco de amistad y tendré todo cuanto merezco; que me permita entrar en su casa y me tolere como á un padre; ya sabré hallar en mi corazon sentimientos paternos. Es desgraciada, deplora el abandono del conde, yo la consolaré con buenas palabras.

La esperanza de verla pronto le daba la fiebre. Sus ojos cansados por el insomnio le picaban dolorosamente, pero se prometía llorar cuando cayese á los piés de Honorina.

En los grandes dolores de la vida nuestros ojos descansan llorando.

El duque de la Torre de Embleuse sentado en una piedra del jardin enfrente de la casa, se parecia al animal que durante tres dias ha corrido por el desierto en busca de agua dulce, y que se para ante la fuente fresca con la lengua fuera de la boca y los ojos encendidos.

La luz se apagó en el cuarto, y la ventana donde tenia fija la vista se confundió con las otras en las tinieblas.

Pero la casa invisible para un indiferente no lo era tal para el duque, y la ventana á que tendia su última ambicion brillaba como un lucero para sus ojos iluminados.

Vió á Mantoux salir de la casa y correr por el campo sin volver atrás su cabeza.

Entonces salió de su escondite y se adelantó en silencio hácia la ventana, sin ocurrírsele llegar á la puerta, de tal modo la ventana le poseía: se puso de codos en el marco, apoyó su rostro en los cristales y así refrescó sus labios abrasados.

Una oscuridad profunda reinaba dentro como fuera; pero los sentidos excitados del viejo loco creian descubrir á la Chermidy arrodillada al pié de su cama, con la cabeza entre las manos y rezando.

Para llamar su atencion pegó suavemente en la vidriera; nadie respondió. Entonces creyó verla dormida, pues las alucinaciones mas contradictorias se sucedian en su espíritu.

Reflexionó largo tiempo en el modo de llegar hasta ella sin despertarla de súbito á fin de no asustarla, y para conseguir este fin se creia capaz de todo, hasta de echar abajo una pared sin mas herramientas que sus dedos.

Tocando la ventana sintió que los cristales se hallaban sostenidos con plomos, y principió á levantar uno de ellos con tal ahinco que acabó por cumplir su tarea. Sus uñas se torcian á veces sobre el plomo, ó se partian sobre el cristal; sus dedos heridos sangraban todos á un tiempo, pero él no hacia caso, y si se detenía era para chupar su sangre, aplicar el oído, espíar los ruidos del interior y asegurarse de que Honorina continuaba durmiendo.

Cuando el cristal estaba ya casi suelto, tiró suavemente de él por abajo, le meneó con lentitud, parándose cada vez que sonaba un poco ó que un sacudimiento demasado vivo hacia resonar toda la ventana.

Por fin su paciencia triunfó y el cristal entero se quedó entre sus manos. Le puso sin hacer ruido sobre la arena, y volvió corriendo á respirar el aire del cuarto por la abertura que acababa de hacer. Su pecho se dilataba con una voluptuosidad ávida; era la primera vez que respiraba hácia diez dias.

Metió su mano, tocó la ventana por dentro y agarró la falleba; los cristales eran pequeños, la abertura estrecha le cortaba el brazo y entorpecía sus movimientos; pero sin embargo la ventana cedió rechinando sobre sus goznes.

El duque se espantó con el ruido, y pensó que estaba perdido todo. Corrió hasta el fondo del jardin y se subió á un árbol sin apartar la vista de la casa; pero no oyó otra cosa que el sonido suave y melancólico de los sapos que cantaban al borde del camino.

(Se concluirá.)

Las fiestas de san Huberto,

PATRONO DE LOS CAZADORES.

Pocas fiestas se celebran en Francia con tanta exactitud como la del dia de san Huberto, patrono de los cazadores. Todo hombre que sabe manejar una escopeta ó tocar una trompa de caza, sale al campo ese dia solemnemente que llueva ó haga buen tiempo. El cazador millonario reúne sus parásitos en honor de la solemnidad; si existe en sus montes un ciervo magnífico, un jabalí monstruo, le reserva para la caza del dia de san Huberto. El hacendado de poca fortuna convida á sus amigos y los lleva á la entrada de un bosque donde salen los faisanes de las inmediaciones. El guarda que vive solo

entre los árboles, caza un poco mas que de costumbre en las tierras de su amo, pues necesita una buena liebre para su comida. Así pues, en todas las clases de los cazadores se hace ese día lo que no se hizo antes ni se hará luego, y concluida la caza ¡qué banquetes! El vino de Champaña abunda, y las canciones y las historias no tienen fin.

El 3 de noviembre suceden cosas extraordinarias: se matan liebres á doscientos pasos, se cogen jabalíes como conejos, se matan osos con la culata de la escopeta; si hubiera rinocerontes y elefantes es seguro que caerían como moscas. Si entre los convidados se halla un cazador viajero que ha estado en la India, no hay duda que habrá cogido un tigre y lo contará de todas maneras. Los viajeros mienten, los cazadores mienten, de modo que el hombre que reúne ambos títulos debe elevarse hasta lo sublime en la mentira. Pero el caso es que todo esto divierte.

Muchos cazadores celebran la fiesta de su patrono sin saber su vida en la tierra ni en el cielo. Solo saben una cosa, y es que el aniversario llega el 3 de noviembre.



La misa de San Huberto. — Bendición de los perros.

— ¿Pero en qué época vivió? ¿cómo ganó el paraíso?

A estas preguntas no sabrían responder, y yo para sacarles de este apuro en adelante, voy á escribir aquí un resumen de la vida del gran san Huberto.

Huberto, hijo de Bertran, duque de Aquitania, nació en el año de gracia 656. Bertran, hombre muy de bien, cansado de la tiranía de Ebroin, intendente del palacio en tiempo de Clotario III, quebrantó el yugo y proclamó su independencia.

Ebroin, sacaron por naturaleza, en vez de combatir á Bertran como hace un hombre valiente, prefirió vencerle por medio de sortilejos; hechizó al pobre duque que se quedó reducido al estado de idiota. De este modo creyó que podría invadir la Aquitania; pero Huberto estaba allí para hacer frente al golpe; sus plegarias al cielo devolvieron la razón á Bertran que combatió y salió victorioso.

Huberto vino á Paris á la corte de Tierrí I, rey de Neustria y de Borgoña, y este, seducido por su buena apariencia, le nombró conde del palacio. Pero Ebroin mandaba mas que el



Vision de San Huberto.

rey, y como guardaba rencor al joven Huberto que habia desencantado á su padre, le hostigó de tal manera que tuvo que abandonar la corte, y se retiró á casa de Pepin de Heristal, duque de Austrasia, enemigo de Ebroin. Una guerra se declaró entre ellos; Huberto ilustró su nombre y fué proclamado el mas valiente. Tierrí fué vencido; Ebroin murió asesinado y Pepin quiso se quedara con él Huberto, que se habia hecho en la caza una reputacion tan brillante como en la guerra. No tenia igual para descubrir las astucias de un ciervo.

Pepin le nombró intendente de su casa y le dió por esposa la hija de Dagoberto, llamada Floribana. Los antiguos cronistas dicen que la caza le hacia olvidar con frecuencia el servicio divino; corria sin cesar á caballo por los bosques que fuera día de trabajo ó de fiesta, pues nada podia detenerle. Un jabalí le hacia faltar á misa, un cabrito le impedia á menudo asistir á vísperas.

En una ocasion, era el día de viernes santo, Huberto vió en el monte de las Ardennes que el ciervo que corria se volvió y se fue á él con un crucifijo en la cabeza. Asustado Huberto cae de rodillas y oye estas palabras:

« ¡Oh, Huberto! ¿Hasta cuándo correrás los animales de los montes? ¿Hasta cuándo esa pasion loca te hará descuidar tu salvacion? Si no te



Celebracion de la fiesta en casa del guarda.



Celebracion de la fiesta de San Huberto en el palacio.

«conviertes prontamente serás precipitado al infierno.»
 Huberto contestó:
 «Señor, estoy dispuesto á cumplir tu voluntad.»
 Y el ciervo le dijo:
 «Anda á casa de Lamberto en Maestricht, y él te dirá lo que debes de hacer.»

De este modo, dice la leyenda, Huberto que quería cazar y hacer presa, fué cazado él y quedó preso.

San Lamberto, obispo de Maestricht, le dió los consejos mas excelentes, y sobre todo los mejores ejemplos para ganar el cielo.

Huberto enviudó y se retiró al bosque de las Ardenes, donde se encuentra hoy la aldea de San Huberto. Allí pasó muchos años entregado á la vida contemplativa, sin cazar otros animales que los lobos cuando le atacaban.

San Lamberto murió asesinado y Huberto le reemplazó. El día de su consagracion, un ángel trajo del cielo una estola bordada por la Virgen Maria, y san Pedro se le apareció y le entregó una de las dos llaves con las cuales le representan siempre. Esta llave sirve aun en el día para curar á los rabiosos, hombres y animales; la calientan al fuego y luego la aplican ligeramente sobre la frente del perro, de modo que le tueste el pelo nada mas. En otro tiempo al emprender un viaje se tenia la costumbre de clavar una herradura en la puerta de una iglesia ó de una capilla bajo la invocacion de san Martin. Tambien enrojecian al fuego la llave de esta iglesia ó capilla, y con ella marcaban la frente del animal que debía llevar al viajero.

No entraré á enumerar los milagros operados por san Huberto en atencion á que necesitaria para ello mucho espacio; desde que el santo murió, los milagros continúan; un pedazo de la santa estola cura á todos los individuos atacados de la rabia, y la estola se halla siempre entera. El 3 de noviembre acude un gran gentío á la capilla de San Huberto. A las tres de la madrugada las trompas despiertan á todo el mundo, y al instante cazadores, ojeadores y guardas se ponen en camino con sus perros, despues de haber tomado la clásica sopa de cebolla. En procesion llegan á la capilla de San Huberto, hoy deteriorada, pero que conserva siempre su antigua celebridad. Un sacerdote dice la misa al resplandor de las antorchas, y las trompas resuenan á la consagracion y durante la bendicion especial para los perros. El cazador mas jóven echa un guante sirviéndole de bandeja un nido de zorzal que coloca en el pabellon de su trompa.

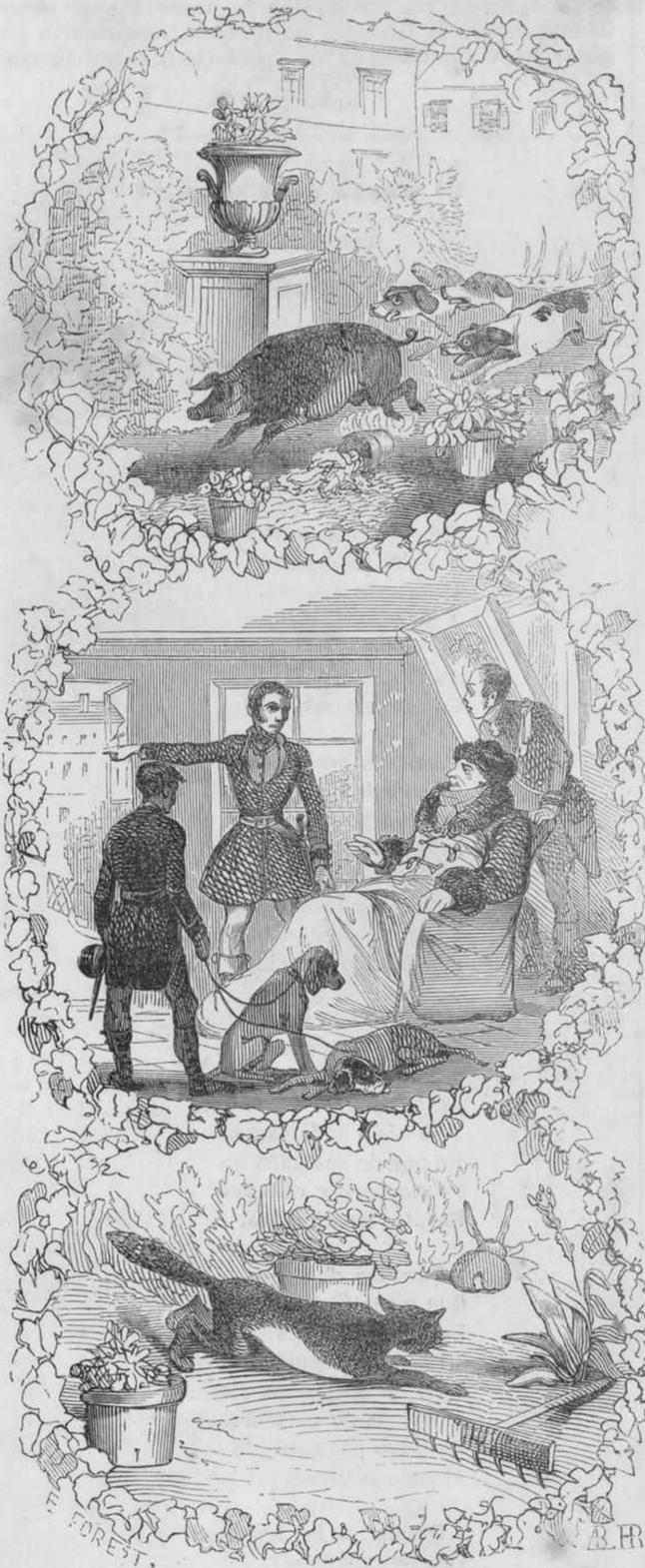
Los cazadores escrupulosos no se contentan con esa bendicion general para sus perros, sino que quieren otra mas directa. A la otra mañana van á casa de un hombre que dice descende de san Huberto, y que aplica á sus perros la llave enrojecida que el santo recibió directamente de san Pedro.

Si se empleara la llave enrojecida para un hombre, el remedio seria quizá peor que el mal; entonces el descendiente susodicho cura ó preserva de la rabia imponiendo las manos y pronunciando ciertas palabras que solo él conoce; pero en esto como en otras muchas cosas la fe es indispensable. Debemos notar que los protestantes y los reformados van en romería á san Huberto lo mismo que los católicos; hasta se ven tambien algunos judíos, y todos llevan sus perros y sus animales, ya para curarlos de la rabia, ya para impedir que les acometa.

Los que cazaban en las Ardenes debian á los monjes de san Huberto la primera pieza de caza que cogian y el diezmo de todas las demás. Un conde Teodorico, despues de haber hecho voto de observar esta regla, mató un soberbio jabali, y al verle tan hermoso quiso guardarle para sí. Como no tenia una carreta para llevar un animal tan pesado, le hizo despedazar á fin de que sus criados pudiesen encargarse de un pedazo cada uno; pero ¡oh prodigio! apenas cortaban un trozo, la cabeza, las patas, etc., se iban como cohetes por los aires y fueron á caer á la abadia donde los comieron los frailes.

Un tal Josbert recibió un castigo peor: atacado de la rabia prometió á los monjes la tercera parte de sus tierras si le sanaban. Pero como dice el proverbio italiano:

Passato il pericolo
 Gabbato il santo,



Lord Egerton cazando en el jardin de su casa.

una vez en buena salud [envió] los frailes al diablo, que no quiso ir á ellos y se alojó en el cuerpo de Josbert. Sería muy largo de contar todo lo que hizo el poseído cuando tuvo el diablo dentro de sí. Atado de piés y manos fué llevado ante el prior de San Huberto, quien le mandó meter en una cuba de agua bendita y le cubrió la cabeza con la estola santa. ¡Qué apuro! El diablo no podía ya salir por la boca, pues la estola estaba allí, ni por otra parte pues tenía que tomar un baño de agua bendita, y para un diablo es cosa peligrosa. Sin embargo, no hubo mas remedio que huir la estola, y el diablo salió por las vias inferiores, lo que produjo tal detonación que las duelas de la cuba se partieron (1). De todo esto se deduce que es preciso cumplir las promesas que se hacen á los frailes.

Huberto murió en 727. Diez y seis años despues abrieron su féretro en presencia del rey Carloman, y hallaron su cuerpo fresco y con colores. *Sus ropas estaban mas enteras y hermosas que cuando vivia.* Desde entonces le llamaron san Huberto, título que le fué confirmado por Leon X en setiembre de 1515. El rey mandó poner los despojos mortales del santo en una hermosa urna, delante del altar mayor; esta primera traslación tuvo lugar el año 743, y hé ahí porqué se caza tanto el dia de san Huberto.

Conozco yo cazadores que el 3 de noviembre dejarían los asuntos mas interesantes para correr al campo; conozco enfermos que se levantaron de cama, dieron una vuelta por su parque, y se volvieron á acostar despues de haber cumplido este deber en descargo de su conciencia; los he visto que no pudiendo salir, se pusieron el traje de caza y permanecieron así vestidos todo el dia en su butaca.

Lord Egerton, dueño de una hermosa casa en Paris, calle de Saint-Honoré, habia sido un cazador de los mas constantes. Viejo y gotoso no podía ya montar á caballo ni correr á pié; la inexorable enfermedad le clavaba en su ancho sillón. En tiempo ordinario tenia paciencia para sufrir el mal; sus libros y sus amigos le hacian olvidar á veces la época dichosa en que podía cazar desde por la mañana hasta por la noche; pero cuando llegaba el dia de san Huberto, toda diversion era imposible. Entonces padecía tormentos crueles.

La víspera del dia en que los cazadores celebran su santo patrono, la imaginación de milor, extraviándose como una loca en su vida pasada, le trazaba al vivo antiguos goces cuya privación aumentaba mas y mas el mal presente; las crisis redoblaban entonces de intensidad, los dolores se hacian mas agudos, mas insupportables, el pobre hombre daba lástima.

Cuando se acercaba el mes de noviembre, los criados del noble lord se decían:

— La enfermedad de nuestro amo aumenta, ya se conoce que no está lejos el dia de san Huberto.

Un año, lord Egerton al despertarse el 3 de noviembre oyó los sonidos armoniosos de la trompa.

— ¿Porqué ese ruido? preguntó á su ayuda de cámara; ¿no saben que eso me desgarró el corazón?

— Pensábamos por el contrario que os daba gusto.

— Corre á decir á nuestros vecinos que por Dios me dejen dormir en paz. Están tocando la marcha de san Huberto; oigo los ladridos de una jauría, y tengo que estar clavado aquí! Ignoran el daño que me hacen.

— No son vuestros vecinos, milor.

— ¿Qué dices?

— Esa música alegre no tiene otros ejecutantes que vuestros palafranos; son vuestros perros los que ladrarán; milor debe saber que hoy se celebra la fiesta de san Huberto.

— ¿Quieres aumentar mi dolor? ¿quieres matarme? ¡Ay! amigo mio, en lugar de desgarrarme el alma, deberías hacerme olvidar esa fiesta que trae á mi mente tantos y tan gratos recuerdos.

— No se trata de recuerdos sino de realidades. Hoy estamos de caza.

— ¿Te has vuelto loco?

— Nada de eso; vuestros palafranos están á caballo con sus trajes de gala; los ojeadores andan por el monte, yo voy á vestiros, y muy luego sabreis las noticias que traen.

— Pero hablas seriamente.

— Bien sabe milor que soy incapaz de chancearme cuando no viene al caso.

— ¡Ay! Me es imposible salir de Paris; si me sacaras vivo me traerías muerto.

— Dios y vuestra gracia son testigos de que no he dicho cosa semejante.

— ¿Y dónde cazaremos?

— Aquí.

— ¡Aquí!

— La caza se multiplica con exceso en el parque y es preciso destruirla.

— ¡La caza!

— Los venados principalmente causan muchos destrozos en los árboles tiernos.

— ¡Los venados!!

— Las dalias, los apartados de geranio y de tulipanes están estropeados, destruidos por los jabalies.

— ¡Los jabalies!!!

Esta última exclamación fué lanzada con una fuerza increíble. Los ojos de milor brillaban con el fuego de la

juventud, los dolores de la gota cesaron, una vida nueva circulaba en él; y el ayuda de cámara prosiguió:

— ¿Oís esas tocatas que os prometen una jornada soberbia? Vamos, milor, vestíos, y á caballo.

— A caballo.

— Sí, señor.

— Amigo mio, todo eso es un sueño.

— A caballo ó en coche si lo preferís; hoy habeis de cazar toda especie de animales desde el conejo hasta el jabalí, desde la liebre hasta el ciervo.

— Vamos, confío en tí; la cosa me va inspirando interés. Trata de que no me despierte, pues sería lástima.

Al punto que milor se halló envuelto en muleton y franela, cuando una bata bien acolchada ciñó todo su cuerpo, dos criados le pusieron en su sillón, y en él le llevaron al vestíbulo calentado por una buena estufa. Como la gota solo le habia atacado en la pierna derecha, quiso llevar en la izquierda la polaina clásica.

La puerta del jardín se abrió, y dos criados cada cual con su perro se presentaron para darle cuenta de su excursión matutina.

— ¿Me traes buenas noticias, Dick? preguntó milor; no esperaba encontrarme hoy frente á frente contigo, y sin lisonja te diré que tu vista y la de tu compañero Tom me es mil veces mas agradable que la de todos mis médicos.

— Milor, la caza será buena, pero tendremos que vencer muchas dificultades.

— Mejor que mejor, amigo mio. Dime pues, qué obstáculos son esos que hemos de superar.

— Milor, creo haber encontrado un jabalí de tres años con un escudero mas joven, y si mi perro no me engaña se ha guarecido en la espesura de lilas detrás de los geranios.

— Por san Huberto, es seguramente el primer animal de esta clase que haya elegido tal guarida.

— Eso es verdad tambien.

— ¿Y tú, amigo Tom, has preparado algo?

— Tres venados.

— ¿Dónde están?

— Descansan detrás del kiosco.

— Creí que se habia hablado de un ciervo.

— Existe tambien.

— ¿Y cómo no decías nada?

— Porque ha sido imposible desviarle y no cesa de correr; se pareció á los caballos del circo que andan mucho camino en muy corto trecho.

— Sí, milor, añadió Dick, y nuestros perros no podrán seguir la línea directa con ninguno de los animales que cacemos hoy. Las vias se confunden, se cruzan en todos sentidos; detrás de cada arbusto hay una liebre en la madriguera; todas las dalias inclinadas por el frio ocultan tres ó cuatro conejos. Debo decir que á pesar de todas nuestras precauciones para destruir á los animales nocivos, creo que está al acecho un zorro entre los rosales.

— ¿Un zorro, Dick?

— Si señor, un zorro.

— ¿Y no hay algun lobo, amigo mio?

— No lo creo.

— Pues es lástima.

— ¿Qué animal quereis cazar primeramente?

— Vengan todos juntos.

— Es el consejo que habria yo dado á milor si me hubiese consultado.

— Ea, corred, suenen las trompas, que yo veré desde aquí la fiesta; quizá me distraiga en mis dolores.

— No señor; seguireis la caza, hareis vuestros disparos correspondientes; no teneis la gota en las manos.

— Sí, pero la tengo en los piés.

— Aquí está vuestro carruaje.

Al instante trajeron un carrito con tres ruedas, una obra maestra de mecánica, que podia dar vueltas en todos sentidos á beneficio de un manubrio. Un criado sentado detrás le dirigia como un piloto.

En ese vehículo bien forrado de pieles hicieron correr á lord Egerton; un sol radiante calentaba los miembros del noble gotoso. Armado de una escopeta doble, y seguido de otros criados con escopetas cargadas, dió la señal y comenzó la fiesta. No daré aquí su descripción porque sería demasiado larga: únicamente quiero decir que el inglés hizo él solo una matanza horrible; tiraba sobre un rio de caza que corria sin cesar; si no daba á un venado caian seis conejos. No quedó en pié una sola pieza; el jabalí no se hizo de pencas, pues una botella de unto de botas no ha maleado jamás el carácter del cerdo.

Esta cacería fué un espectáculo curioso para todos los inquilinos de las casas próximas; colocados en sus ventanas, miraban el degüello estupefactos, les pareció que asistían á una función del Circo Olímpico: la escena estaba en un jardín y las ventanas eran los palcos.

Por la noche hubo ralea para la jauría y gran comida para los cazadores con acompañamiento de trompa. Al acostarse el noble lord decia á su ayuda de cámara:

— Amigo mio, he pasado el dia mas feliz de mi vida; como no me esperaba semejante placer, me ha causado una alegría doble. Ayer todo lo habria creído posible, excepto la caza de hoy.

Pero si el hombre puede resistir al dolor, en cambio suele sucumbir al exceso de la felicidad; diríase que creado para sufrir carece de las fuerzas necesarias para soportar la alegría.

Veinte y cuatro horas despues habia expirado lord Egerton.

No obstante era difícil acabar mejor; su muerte puede compararse al balazo de Carlos XII. Rodearon su féretro con los trofeos de su victoria; así Luis XV despues

de la batalla de Fontenoi, durmió sobre un colchon hecho con banderas enemigas.

Para trasmitir su efigie y su nombre á la posteridad, lord Egerton mandó acuñar una medalla, de la cual conservo un ejemplar que él me regaló. Tiene este letrero: *Francis-Henry Egerton, Earl of Bridgewater.* Si hubiera vivido mas tiempo, habria sin duda hecho fabricar otra con esta inscripción: *Cazó el dia de san Huberto caza mayor, en la calle de Saint-Honoré número 335 en Paris.* El hecho es bastante extraordinario para pasar á conocimiento de los cazadores que nos sucedan.

E. B.

El poeta y el mundo.

LEYENDA ORIGINAL

DE VICTOR CABALLERO Y VALERO.

(Conclusion).

II.

EL CANTO DEL POETA.

Yo ví en mi edad primera
Brotar el campo flores,
Y oí de ruiseñores
La música sin par.
Y en plácida mañana
Yo ví sobre un tomillo
Alegre á un pajarillo
Gozoso gorjear.

Dichoso era yo entonces,
¡Y cuánto al mundo amaba!
En todo yo encontraba
Dulcísima ilusion.
Allá veía una fuente
Verter sus blancas perlas;
Yo me acerqué á beberlas
Con férvida emocion.

Yo he visto del Oriente
Salir la blanca aurora,
Y he visto que colora
Del mundo la extension.
Y he visto á los pastores
En pos de sus ganados
Por montes y collados
Exentos de afliccion.

Tambien de ignotos astros
Que giran por la esfera,
La rápida carrera
Mi espíritu siguió,
Y de mi anhelo en alas
Al ver tanto portento
Mi altivo pensamiento
Al cielo se elevó.

Gozaba de los ángeles
La sacra melodía;
Yo entiendo su poesía,
Yo entiendo su canción.
Comprendo del Dios santo
Los misterios que encierra,
Y yo traje á la tierra
Su rica inspiracion.

Yo entiendo del profeta
El canto no aprendido;
Al cielo yo he subido
De mi entusiasmo en pos.
Sublime es esa estancia,
Mil soles he pisado,
Y feliz he aspirado
El álito de Dios.

Mortales, escuchadme,
Que yo del cielo vengo
Y que deciros tengo:
Mortales, acudid.
Llegad, que he descubierto
Recónditos arcanos,
Y ya tengo en mis manos
El arpa de David.

Llegad, que he penetrado
Del genio en la morada,
Y ya no existe nada
Que no comprenda yo.
Inútil me exigais
Me quede; loco empeño,
El mundo es muy pequeño
Y en él no quepo, no!

(1) Sensit inimicus pondus virtutis divinae et coactus per posteriora egredi, talem dedit crepitum, ut omne dolium á compage sua resolveretur. Sic Deus superbissimum spiritum ludibrio exponebat. (Historia sancti Huberti principis Aquitanis ultimi Tungrensis primi Leodiensis episcopi. — Luxemburgi 1621. In 4º, pag. 102)

Yo no habito este valle
De penas y de duelo,
Mi reino está en el cielo
Y allá voy otra vez.
Allí no se comprende
Del mundo la perfidia,
Ni de la negra envidia
El sórdido interés.

Allí se goza calma
Y á todo un Dios se admirá,
Aquí todo es mentira,
Y allí todo es verdad.
Y es porque le falta
La proteccion divina
La senda á do camina
La errante humanidad.

Allí no se emponzoñan
Las horas de la vida,
Ni el hombre ve perdida
La paz del corazon.
Ni allí falsas mujeres
Nos roban nuestra calma,
Y allí no acosa el alma
Del oro la ambicion.

Allí no se comprende
La insaciable avaricia,
Allí todo es justicia,
Y aquí todo es maldad.
Allí tiene su asiento
La gloria del poeta,
Aquí no la respeta
La loca sociedad.

Allí no se marchitan
Las puras ilusiones,
Ni vienen las pasiones
El alma á corromper.
Allí no se conoce
Del mundo la falsía
Que trueca en agonía
Las horas de placer.

Yo he visto al Juez eterno
Fijar la vista airada,
Y hacer con su mirada
Los ámbitos temblar.
Y oí desesperados
Reñir los elementos.
Y de los bravos vientos
El lúgubre bramar.

He visto allá en la noche
Girar á las estrellas;
He visto á las centellas
Indómitas rugir;
He visto de los mares
Las olas agólpadas
Bramar desesperadas
Con loco frenesí.

Escuché de la tierra
Los ejes de diamantes
Con golpes disonantes
Horrisonos chocar.
Y he oido al Dios clemente
Hablar solo un momento
Y á su divino acento
Cesar la tempestad.

He visto en la mañana
Al sol con noble anhelo
Dorar el ancho cielo
De nácar y arrebol.
Y he visto allá en la noche
Serena á la laguna,
Y el disco de la luna
Lanzar su resplandor.

El mundo que yo habito
Es mundo de ventura,
Sublime en su hermosura,
Y magno en su extension.
Allí disfruto calma
En medio de su gloria,
Y allí brilla la historia.
Que busca el corazon.

El alma se remonta
Al cielo que he habitado;
Mi anhelo lo ha encontrado
De su entusiasmo en pos.

¡Qué dicha! *genio, genio,*
Contigo feliz soy,
Y á tu reino me voy:
Mezquino mundo, *adiós.*

III.

EL MUNDO.

Adios, altivo poeta,
Tu corazon puro y noble
Eleva tu fantasía
A un cielo que desconoces:
Tú me desprecias; tu burla
Acrecienta mis rencores,
Yo te he robado la calma
Y yo ajé tus ilusiones:
Soy raquíptico gusano
Que tu corazon corroe.
Yo te prometí delicias,
Te alucinaron mis goces,
Tú los creistes eternos:
Pero, imbécil, ¿no conoces
Que solamente es eterno
El que le dió vida al orbe?
Yo te desprecié; tú, necio,
Has bendecido mi nombre,
Cuando en tu hechicera infancia
No imaginabas entonces
Que en este mundo de encantos
No habia llantos ni dolores;
Yo de tí me burlé, imbécil;
En vano será que llores.
Ni en tus horribles martirios
Tus sentimientos sofoques,
Que tú mi senda de abrojos
Hastiado y triste recorres,
Has de sufrir que mi aliento
Tu puro aliento emponzoñe.
Esa corona de gloria
Será en vano que la invoques;
Yo te daré otra de espinas.
Volví tu dicha en dolores
Y torné en acerbo llanto
Tus alegrías y goces;
Desprecié en mi mezquindad
Tus entusiastas canciones;
Yo volví tu calma en duelo,
En penas tus ilusiones,
Y tras de gratos placeres
Te di martirios atroces.
Haré que en brazos del vicio
Desesperado te arrojes,
Que en un vaso de ventura
Mis mezquindades se esconden.
Solo siento, altivo *vate,*
Que gozarás cuando jóven
Haciendo sentir del alma
La expansion de los amores.
Yo á la virtud la desdeño,
El vicio mi afecto acoge;
Yo atosigo á la existencia;
Soy ese gusano insomne
Que hace volver en cenizas
El fuego de las pasiones.
Será en vano que otras dichas
En tus delirios te forjes,
Que has de ver cuán pronto arranco
Esas dulces ilusiones
Del corazon, y las trueco
Por insufribles dolores.
Llora, que no me da pena
De escuchar tus aflicciones,
Y me gozo en tu impotencia,
Me burlo de tus rencores;
Pues quiero que los recuerdos
Sobre tu mente se agolpen,
Y gozaré cuando sufras
Y me reiré cuando llores.
¿No ves que tu pobre espíritu
Descanso me pide á voces?
¿Porqué no te vas, poeta,
A tus ignotas regiones;
Porqué esta gruesa cadena
Que te detiene no rompes?
Eres cobarde, pues sufres
Que ingrato de tí me mofe,
Y que te tenga sujeto
Con una mano de bronce.
Será inútil que del cielo
La misericordia invoques,
Porque el cielo tus lamentos
De cierto que no los oye.
Soy tu verdugo; sí, sufre,
Que aunque venturas te forjes,

Conocerás que las dichas
En mi reino son dolores;
Que eres poeta no advierto,
Solo advierto que eres hombre.

Industrias de Paris en 1856.

Segun datos estadísticos recientemente publicados y que tomamos de un periódico de Paris, hé aquí las principales industrias que se ejercen en la capital de Francia:

El ramo de sastrería, que ofrece las mayores cifras, ocupa 119,000 operarios, de los cuales 60,000 son hombres, 54,000 mujeres y 5,000 niños; sin embargo es tambien la ocupacion que paga los jornales mas bajos, pues es la industria que sufre mayor competencia entre los trabajadores del pais y los extranjeros. Los sastres producen la suma de 80 millones de francos. Los traficantes en ropas usadas envian á las provincias por valor de 9 millones en diferentes artículos de vestuario que han limpiado y remendado.

El comercio de zapatos produce 43 millones. La ropa blanca confeccionada, cuya exportacion va en aumento, se hace subir á 27 millones; la fabricacion de sombreros importa 17 millones; gorras para hombres y niños 8 millones; el ramo de modistas, que ocupa de 2,000 á 3,000 mujeres, produce 13 millones, y el de corsés 5 millones.

El abastecimiento de comestibles de diferentes especies proporciona trabajo á 10,000 individuos, cuyo salario no baja de 3 francos diarios; generalmente son hombres de buena conducta. Los 500 carniceros de Paris, que resultan en el estado, hacen un tráfico cuyo valor sube á 74 millones; los 600 panaderos por 60 millones; los tostadores de café, 2 millones; 94 fabricantes de chocolate, 4 millones; 4 quemadores de cebollas, 70,000 francos; 5 teñidores de huevos encarnados, durante tres meses del año, 500,000 francos. Los destilatorios producen mas de 8 millones, y las pastelerías, 12 millones.

Nueve molinos de refinar azúcar, establecidos dentro de las barreras, expenden este artículo por valor de 23 millones, mientras otros nueve, en los arrabales, producen 42 millones, formando un total de 65 millones.

El ramo de edificios ocupa 42,000 trabajadores, de los cuales, excepto 7,000 que vienen cada año del departamento del Creuse ó del Haute-Vienne, permanecen en la capital. Generalmente ganan buenos salarios, pero no son hombres tan bien educados como los de otras industrias. Los albañiles, en número de 10,000, hacen un negocio cuyo valor asciende á 27 millones; ganan 3 francos 50 céntimos diarios, y se sujetan á una multitud de privaciones con el objeto de ahorrar. Los ensambladores, que son casi iguales en número, ganan á corta diferencia el mismo jornal, produciendo tambien unos 27 millones; los carpinteros producen 16 millones, y los pintores una suma casi igual.

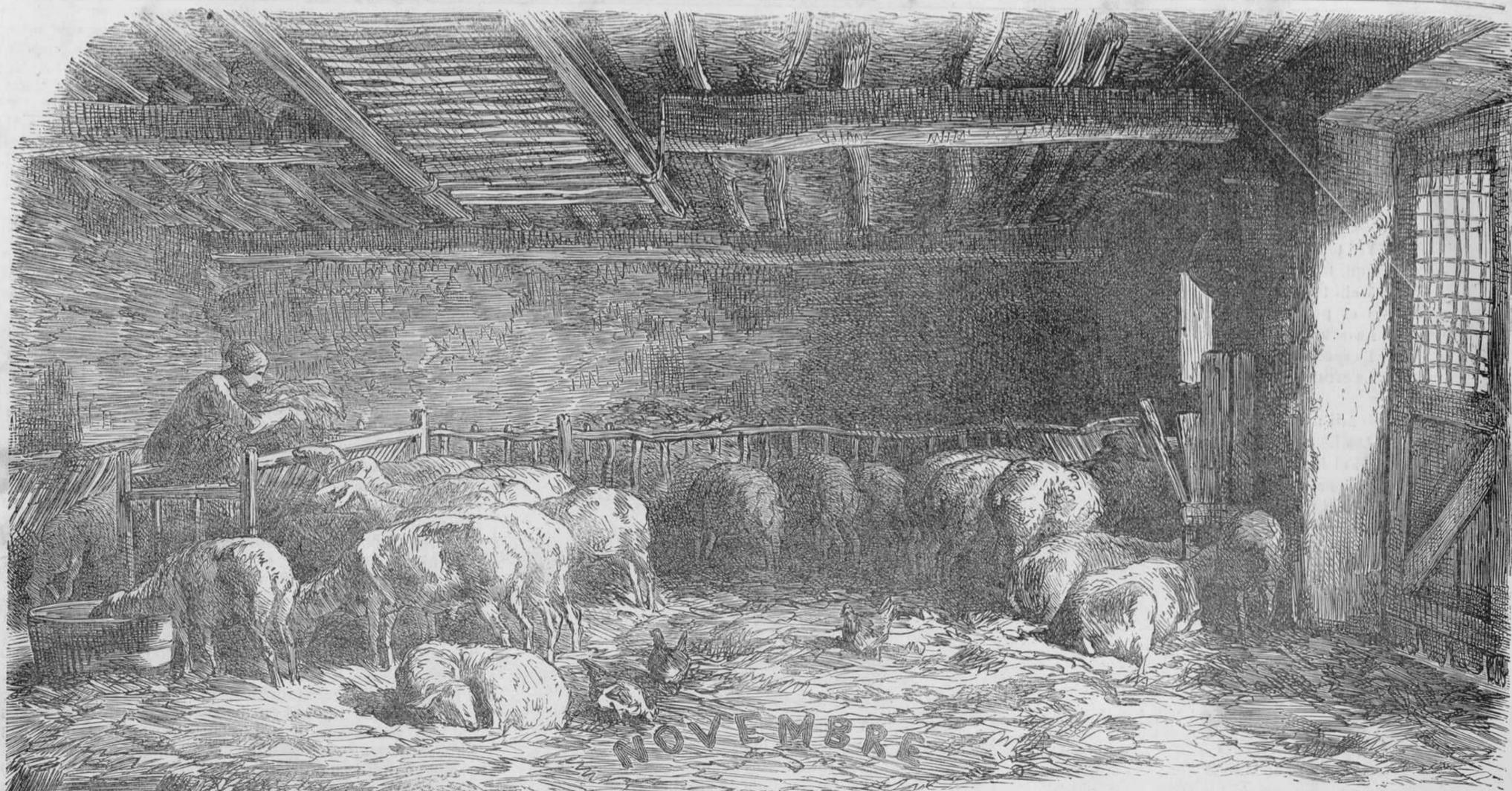
Los fabricantes de estufas, cuya mayor parte son suizos ó piemonteses, comercian por valor de 10 millones. El ramo de comercio enlazado con la fabricacion de muebles, incluso los bronceos, produce 28 millones. Los operarios de bronceos son generalmente los mejor educados de todos, pues de los 100, 98 saben leer. Los ebanistas, cuya industria está casi toda concentrada en el arrabal de San Antonio, hacen negocio por valor de 28 millones; los alquiladores de muebles y otros artículos producen 20 millones; lamparistas 8 millones; silleros de todas clases, 5 millones; fabricantes de espejos, 5 millones; fabricantes de camas, 3 millones; marmolistas, 2 millones.

La industria de metales preciosos comprende 35 ramos diferentes; entre ellos los batidores de oro comercian por 5 millones; bruñidores de acero, 5 millones; imitacion de joyería, 6 millones y medio; joyería verdadera, 41 millones; joyería fina, 19 millones; plateros, 14 millones; fabricantes de cucharas de plata, 10 millones, etc. La industria conocida bajo el nombre de *artículos de Paris*, que está dividida en 34 ramos diferentes, produce un total de 128 millones. La industria de juguetes de niños da una cantidad de mas de 4 millones; fabricacion de botones, 6 millones; cepillería fina, 2 millones; bastones y látigos, 3 millones; artículos de carton, 5 millones; sombreros y gorras de paja, 6 millones y medio; peluquería, 3 millones y medio; abanicos, 3 millones; flores artificiales, 11 millones; guantes de cabritilla, 14 millones; paraguas y sombrillas, 7 millones; perfumería 10 millones; pianos, 11 millones, etc.

NOVIEMBRE.

■ Hé aquí que comienzan las faenas del invierno y la limpia del grano. Para dar á las mieses un fuerte sacudimiento que suelte los granos, se emplean aun en el día en el Delfinado y en la antigua Provenza unos palos largos como los que el dibujante ha figurado en nuestra lámina.

En cada pais hay su costumbre. En la China la operacion se practica por medio de animales y tambien con cilindros de piedra. En España se usa el trillo, y en ciertas comarcas de los Apeninos se usa el *battidore* que tiene cierta analogía con el trillo. En la Italia central hay el *ritolo*, rodillo acanalado y armado de barras, bajo cuya accion las espigas dan ese salto tan favorable para la salida del grano. En el departamento del Lot y Garona se introdujo ese instrumento y se perfeccionó hará unos veinte años. Sin embargo, para que produzca los



resultados apetecibles es condicion indispensable que el grano esté ya bien seco. En los paises frios, allí donde la cosecha es tardía y el clima poco favorable, ha sido preciso buscar otra cosa. En un prin ipio quisieron poner en movimiento muchos palos por medio de una máquina. Un abogado escocés, M. Miguel Menzies, empleó antes que nadie el aparato, cuyo motor era una corriente de agua. Un hombre solo podia hacer á su beneficio el trabajo de diez. Esto pasaba en el condado de Northumberland hace mas de ochenta años.

En 1786 un mecánico inglés llamado Andrese Meikle tuvo la feliz idea de abandonar el sistema de los palos rodillo armado de barras que en otros paises un caballo lleva sobre las mieses inmóviles, en tanto que con esta invencion, la mies se mueve en torno de rodillo que la restrega entre sus barras, dando vueltas en el mismo sitio con una rapidez extraordinaria.

La Suecia es el primer pais del continente que pensó en adoptar la invencion de Meikle. M. de Lastegrie le trajo de Suecia á Francia hace treinta años; pero la Polonia se adelantó á la Francia en esta via de progreso y usó de estas máquinas desde 1802. — El *Eco Agricola* ha dado todos los detalles convenientes sobre el precio de compra, el gasto anual y los gastos diarios de una máquina locomotora (sistema Ransome) que limpia á razon de 71 céntimos y medio el hectólitro; la mueven bueyes. La máquina portátil de vapor de M. Renaud se principia á introducir en los campos del Oeste de la Francia. — La escuela regional de Grandjouan tiene una máquina fija de vapor de la fuerza de cuatro caballos á razon de cincuenta céntimos.



EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — Tomo X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 16. — N° 257.

SUMARIO.

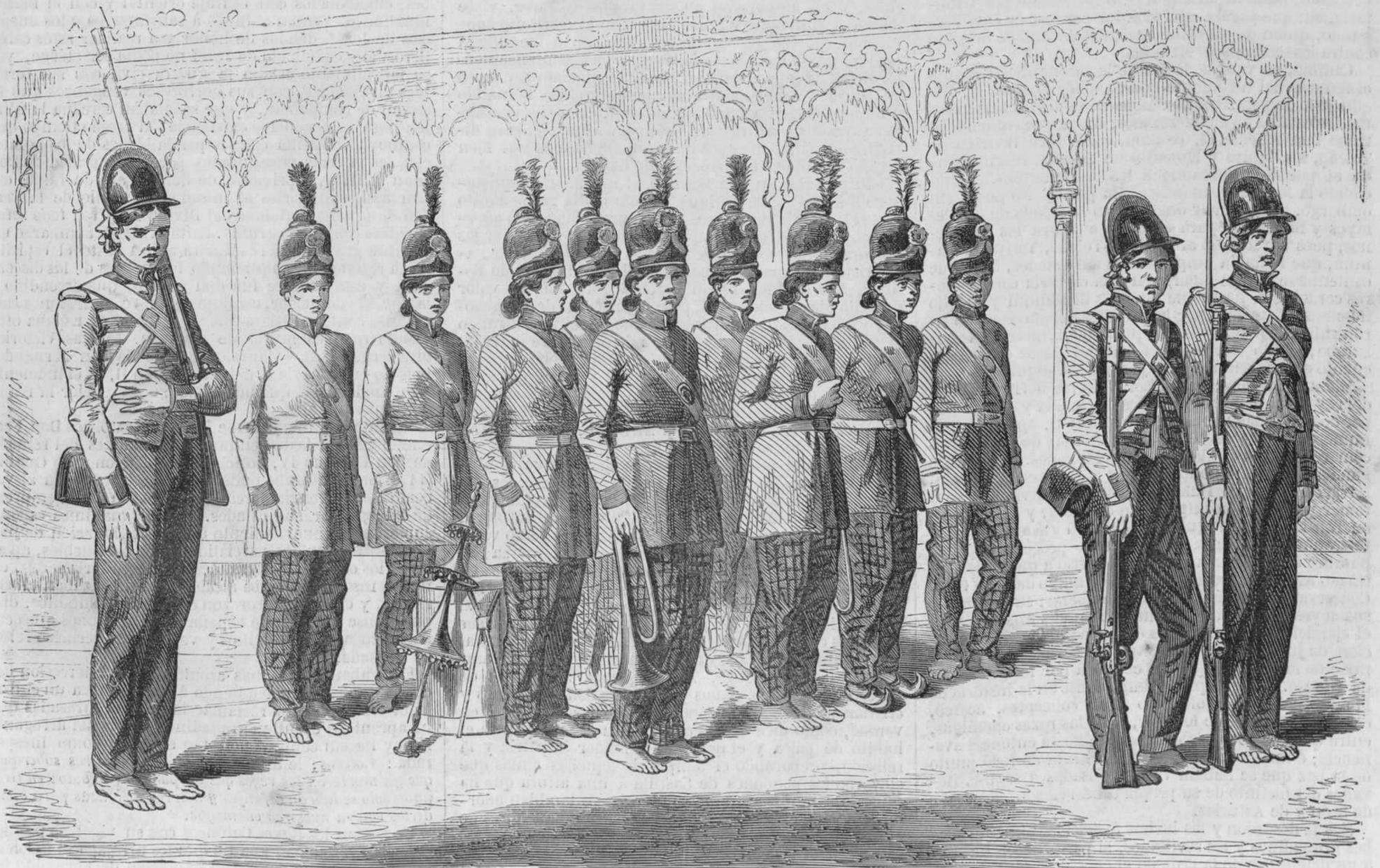
Un regimiento de amazonas en la India; grabado. — Los moriscos en España. — La India Delhi; grabados. — Revista de Paris. — El ramo del soldado. — El gran «Leviatan»; grabado. — Juegos militares; grabado. — Eulalia. — Revista de la moda. — El castillo de Roc'h Morvan; grabados. — Los franceses en Batavia; grabado. — Copa regalada á M. Kern; grabado. — Mapa del itinerario seguido por la columna del Senegal; grabado. — Notabilidad artistica. — Copia de la relacion del terremoto y retirada del mar en Cadiz. — El presidente de la Confederacion helvética y el palacio federal; grabados.

Un regimiento de amazonas en la India.

El regimiento de que damos una muestra en esta página sirve para la guardia del haren; su empleo no

puede ser mas propio. Cedamos la pluma al autor del dibujo, el principe A. Soltkyoff. — «Vendo á ver uno de los jardines reservados del Nizan, en compañía del coronel Macdonald, fuimos saludados en la entrada por una fila de jóvenes soldados vestidos de encarnado que me presentaron las armas al sonido de los tambores y las trompetas. La extremada juventud, el aire delicado de aquellos soldados llamaron mi atencion, y grande fué mi sorpresa cuando supe que eran mujeres, un regimiento de amazonas especialmente destinado al servicio del haren real. Entonces examine con mucha curiosidad aquel peloton de jóvenes armadas. Llevaban chacós encarnados y galoneados con plumero verde, bajo los cuales se veian por detrás sus hermosas trenzas negras peinadas en vedete; su cutis tenia un color amarillento, y sus facciones delicadas, aunque un poco

aplastadas, atestiguaban su origen mongol. El cuerpo esbelto de aquellas mujeres se dibujaba bajo su uniforme de paño encarnado, y sobre su pecho se cruzaba el correaje blanco; los pantalones eran verdes, y en sus piés llevaban babuchas bordadas con punta encorvada, que se quitaban al entrar en los aposentos. Tenian fusiles con bayoneta. Las trenzas de sus cabellos y el pecho desarrollado eran los únicos indicios que podian dar á conocer su sexo; de otro modo, se podrian tomar por muchachos. Pedí permiso al primer ministro del Nizan para copiar algunas de ellas, y tuvo la bondad de reunir para esto unas veinte en uno de los muchos patios de su vasto palacio en cuyo centro se elevaba una fuente; allí ejecutaron algunas maniobras al sonido de la música guerrera, y despues pude hacer yo mi dibujo de cuya exactitud respondo.»



Amazonas de Haiderabad, ó guardias de corps del haren real.

Haiderabad, donde pasaba la escena, es una ciudad muy hermosa; vista á corta distancia, sus muchas mezquitas, palacios, casas y otros edificios mezclados de árboles la dan el aspecto de un pueblo construido en medio de un inmenso jardín. Los objetos mas notables son la mezquita principal, el palacio de las Doce Puertas, y los *Chor Minar*, ó cuatro minaretes. La ciudad se halla rodeada de una muralla de piedra de diez piés de gruesa y cuarenta de altura por varios sitios.

Los moriscos de España

Y LAS CAUSAS DE SU EXPULSION.

I.

Al comenzar el siglo XI hallábase entablada en España con todo su furor la guerra de reconquista, y al reunir Don Fernando I las coronas de Leon y de Castilla, inauguraba tremendas correrías contra los moros, apoderándose en breve espacio de tiempo de cuantas plazas ocupaban los infieles entre el Tajo y el Duero, agregando á sus estados las fortalezas de Cea, Viseo, Lamego y Coimbra. Pero en la conquista de Cea ó Sena, en Portugal, despues de ensañarse los castellanos con los sitiados que ardorosamente recibieron el asalto, dieron el garboso ejemplo de conceder la vida á los vencidos, merced á un tratado por el cual conservaron su religion y sus propiedades, reconociendo el señorío de Castilla, ejemplo que abrió en los anales de la guerra muzlimica nueva era de tolerancia hasta allí desconocida. Recibieron desde entonces el nombre de *mudejares* los moros que se avenían á vivir sometidos al yugo cristiano, y mas adelante los sarracenos de Coimbra obtuvieron decorosas capitulaciones, amparados, si bien con nota de esclavos, á merced del vencedor.

El carácter de Don Fernando I, emprendedor y guerrero como el de la mayor parte de los monarcas de aquella época, no dejaba en descanso á las huestes castellanas, pues convocando en junta general á los magnates, acordaba salir á campaña contra la raza muzlimica que encastillada aun por la corriente del Duero, al Oriente de la provincia cartaginesa y del reino de Zaragoza, invadía las fronteras y asolaba el territorio de los cristianos. Una porcion de fortalezas y poblaciones acataron ya por la fuerza ya con la política los pendones de la cruz, contándose entre aquellas Berlanga, Aguilera, Alcolea, Madrid y Guadalajara, corriendo arroyos de sangre, pues segun dice el monje de Silos, como *leon hambriento que está mirando á lo lejos rebaños tendidos por la campiña, así el rey castellano se abalanzaba, sediento de conquista, por los estados agarenos*. Solo una ciudad, Alcalá de Henares, presentando á los piés del monarca crecidísima suma de oro y plata, con telas y ropajes preciosos, pudo evitar sus iras, ofreciéndose por tributaria, sin que parara aquí el ardor belicoso de Don Fernando, quien de continuo mantuvo levantado el acero contra los sectarios de Mahoma.

Cambió, en verdad, la faz de la reconquista durante el reinado del turbulento Don Sancho, *el segundo*, que aquejado de voraz codicia encendió en fratricidas guerras los estados de sus hermanos, hasta que subiendo al trono Don Alfonso VI, cesaron, como dice Rodrigo de Toledo, los llantos y lamentos en España, resguardando al pueblo, consolando á los menesterosos, enalteciendo la fe, y engrandeciendo la patria. No pudo, sin embargo, desenvainar desde luego la espada de los Pelayos y Bermudos para esgrimirla contra los sarracenos, pues agradecido al emir de Toledo, Yahya el Mamun, que le habia amparado en sus estados, tuvo que contentarse con auxiliarle en una correría contra moros cordobeses, hasta que muertos El Manum y su hijo Hescham, requerido por los vasallos del sucesor que tiranizaba, emprendió la conquista de la metrópoli mozárabe, dando con ella agigantados pasos el afanoso cuanto ensangrentado trabajo de la reconquista.

Mientras Alfonso recibía por consorte á Trayda, hija del rey moro de Sevilla, ratificando la paz y obteniendo por dote algunas poblaciones sarracenas, apoderábanse numerosos cuerpos de tropas cristianas de los lugares comarcanos á la antigua corte de los godos. Seguían las banderas del castellano infinito guerreros de Aragon, Navarra, Francia, Italia y Alemania, invitados para tomar parte en tan importante empresa, y acorralados en Toledo los árabes que no se avenían gustosos al yugo tolerante de los cristianos, viéronse precisados por el hambre á aconsejar á su emir la entrega que, tras obstinado asedio, se formalizó en 23 de mayo del año 1085. Conservaron los moradores sus haberes, su religion y sus leyes particulares, mantuvieron sus alfaquis para el ejercicio del Islam, y sus cadies para la administracion de justicia, siendo árbitros en permanecer ó retirarse de la ciudad, que fué ocupada por los guerreros de Alfonso. Esta conquista, importante en la historia de la civilizacion española bajo todos conceptos, acercó, como dice Amador de los Rios, aquellas razas enemigas, entre quienes no habia sido posible hasta entonces avenencia, é inauguró una política distinta de todo punto de la paz que se habian visto precisados á seguir, llevados del instinto de su propia conservacion, los reyes de Leon y de Asturias.

Mas la desunion y las luchas fratricidas entre los árabes granadinos y los sevillanos, si permitieron instalar á los defensores de la cruz en el centro de Castilla, llamaban á nuestro suelo un torrente de nuevos guerre-

ros africanos, que conducidos bajo el pendon de los Almoravides, y enardecidos en defensa de su falso profeta, humillaron la altanería de Alfonso VI en la batalla de Zalaca, reproduciendo en las fronteras de Aragon, de Castilla y de Galicia las funestas correrías de los sarracenos. Recobróse empero aquel monarca del pavor que infundiera en sus soldados la pasada derrota, y ayudado del robusto brazo del Cid Campeador, llegaba hasta los muros de Granada, amenazando apoderarse del corazon de los reinos muzlimico-hispanos, si las intrigas de sus ricoshombres no le obligaran á levantar el sitio. La funesta política de los Almoravides que se enseñorearon de Jaen, de Córdoba, de Málaga y de Sevilla, tiranizando sobre los moros andaluces, y persiguiendo de muerte á los *mozárabes* (ó cristianos tolerados en aquellos dominios), ayudaba no poco al engrandecimiento de Castilla ya con los descontentos que en ella se ampararon, ya con la debilidad que resultaba en las fuerzas árabes, divididas en sangrientos é implacables bandos.

Apoderábase Don Alonso de Baeza, aprovechándose de tales disturbios, y conquistaba la importante plaza de Almería, mientras los caballeros de las órdenes militares mantenían en continuo sobresalto el reino granadino, cayendo en mano de cristianos, despues de expulsar la mayor parte de los moros portugueses, la antigua ciudad de Lisboa. Así menguaban los dominios agarenos; pero cuando recibieron las cosas de los sarracenos fatal golpe del que jamás pudieron recobrase, fué en la célebre batalla de las Navas de Tolosa ganada por los cristianos en 1212, y que no solo causó la muerte de millares de muzlitas, sino que abrió á san Fernando las puertas de Andalucía, con la conquista de los castillos de Tolosa y Ferral, Bilches y Baños. Porque, en efecto, si bien reinando ya en Leon, ya en Castilla privativamente los Alfonsos VII, VIII y IX, Sancho III, el primero de los Enríques y el segundo de los Fernandos, continuó resonando en la península el pavoroso grito de guerra; la reconquista no tomó aspecto tan formidable hasta que, como dice un escritor, se asentó en el solio de Castilla y Leon un mancebo prudente, justiciero, valeroso y dotado de virtudes tan exquisitas, que el respeto de la santidad no ha sido en él incompatible con la aureola de la gloria.

Apenas empuñó san Fernando el cetro de aquellos reinos, cuando, mientras la guerra civil arruinaba entre los árabes sus diversos tronos y levantaba en Granada su última al par que brillante monarquía, emprendió bien por sí, bien secundado por sus ricoshombres, continuas correrías que hicieron tremolar los pendones castellanos en Loja, en Alhama, Andujar y Alcaudete, en Cazorla, en Ubeda y en Córdoba (1235). Obtenían solo dura muerte en unas partes los vencidos, eran en otras condenados á esclavitud perpétua, y en muchas concedíase á los infelices sarracenos la salida á lejanas tierras llevando consigo sus haberes. Pero cuando conociendo los cristianos su errada política, dieron cuartel á los vencidos, y les ampararon en sus propios hogares, vióse entonces cultivado y floreciente todo el territorio subyugado, no fué preciso desenvainar tan á menudo la espada, y muchas plazas se entregaron espontáneamente, ofreciéndose por tributario hasta el mismo rey moro de Murcia. Ambicionaba sin embargo san Fernando nuevas victorias, y rindiendo á Jaen, aceptaba la amistad y vasallaje del rey de Granada, Alhamar, para dirigirse á Sevilla, en cuyos minaretes debían ondear bien pronto orgullosas las banderas de Castilla.

Con poderosa hueste acampó el monarca conquistador en frente de la antigua *Rómula* el día 20 de agosto de 1247. Quinientos moros granadinos, aliados en aquella empresa con los castellanos, ayudaron á arrear los horrores del cerco, á que cooperaba tambien una armada cristiana comandada por el almirante Raimundo Bonifaz. Los sitiados dieron heroicas muestras de valor durante diez y seis meses, pero al fin faltos de municiones y de comestibles, tuvieron que rendirse, entrando el santo rey en la ciudad el 22 de diciembre de 1248. Consagróse la mezquita, como se habia hecho tambien en Córdoba, y se concedió la libertad y la propiedad de los bienes muebles á los vecinos, quienes obteniendo escolta y bajeles castellanos para la travesía, prefirieron la mayor parte trasladarse á Africa, como lo hicieron unas seiscientas mil almas.

Desde aquel punto bien puede decirse que cambió del todo el cuadro de la reconquista. En efecto, los Almoravides y los Benimerines, si bien recobraron alguna fortaleza, si bien fueron felices en alguna escaramuza, no tuvieron ya personajes que dotados de genio vigoroso recuperaran el antiguo esplendor y la fuerza con que se habían presentado los guerreros del Yemen en nuestro suelo. Y por desgracia tambien la sociedad cristiana que bajaba del Norte de España recuperando el antiguo imperio de los godos, despues de plantar sus banderas en Toledo y en Córdoba, en Jaen y en Sevilla, alimentaba en su seno odios y parcialidades que paralizaron la reconquista. Aquella larga temporada de muertes, incendios, daños y correrías con que moros y cristianos atizaban sus rencores externos, engendró en verdad, como dice un escritor, en la raza española el hábito de pelea y el deber de defender la patria y la religion, preparando el temple de aquellas almas que elevaron los pendones de Castilla á una altura que ha causado la admiracion del mundo; pero tambien adormeciendo en el ocio los pueblos que quedaban libres de moros en el interior de la península, lisongeando á los reyes con sus victorias, inflamando la ambicion y las rivalidades de los magnates con los despojos y las delicias del triunfo, hacia brotar una época de crisis y de

exaltacion moral, que al par que mantenía la guerra de reconquista en las fronteras, encendía la lucha y las disidencias fratricidas en el centro de la monarquía del sabio Don Alfonso X, y de todos sus sucesores.

En efecto, mientras continuaban los moros *mudejares* amparados en la fe de los pactos, recibíendose tambien por vasallos de Castilla los que de nuevo caían bajo el yugo del vencedor, conservando su religion y sus bienes, sus trajes y sus costumbres; perdía su fuerza aquel entusiasmo de los cristianos que lanzó en Covadonga el grito de independencia, y esclavos de sus apetitos, quebrantado el concierto que formó la inminencia del peligro, debilitaban sus brazos en bandos internos sostenidos tan pronto por el espíritu democrático de los pueblos, como por el principio aristocrático de los señores. Y así es que cuando los monarcas castellanos no fueron un Alonso el VI, ó un Fernando *el Santo*, la obra colosal de la reconquista aminoraba de un modo lastimoso, cabalmente cuando con escaso esfuerzo se hubiera podido lanzar del todo la raza árabe, acorralada ya en un extremo de la península. En aquella época, el estado social de los árabes vencidos puede darse á conocer en breves pinceladas. Ninguna representacion política: tolerancia religiosa y conservacion de los tratados, tales eran las garantías que obtenían los sarracenos bajo el gobierno de los castellanos.

Pero aunque durante todo el siglo XIV, las escenas que presencié el territorio meridional de España, no fueron otras que felices emboscadas, desafíos particulares y correrías, nocturnos asaltos, represalias, pérdidas y recuperaciones, hechos heroicos y escaramuzas en que moros y cristianos se deleitaban, obteniendo por principal resultado aminorar algun tanto los furros anárquicos de sus disidencias intestinas; tambien el genio de la guerra edificaba alguna cosa estable sobre los escombros mismos que esparcía. Tal puede considerarse el efecto que causó en los señores de Granada la derrota que sufrieron sus oriflamas en la batalla de Salado, que sirvió de castigo á los Benimerines, como la de las Navas de Tolosa á los Almohades, y tal puede considerarse tambien el glorioso avance que por los estados agarenos dieron las huestes de Fernando *el de Antequera*, desgajando grandes trozos del menguado imperio de los Abderramanes. Entonces fué cuando al ver tantos pueblos subyugados y tantas mezquitas convertidas al culto de Jesucristo, el sagaz al par que generoso Josef, procuró con su política (como dijo Lafuente Alcántara), desarmar á los cristianos dispuestos á renovar la guerra, haciendo gustar los beneficios de larga paz á pueblos eternamente hostiles: entonces, las treguas fueron una verdad y quedaron afianzadas. Los caballeros mas esforzados de Castilla acudían á Granada y visitaban cortesmente á los campeones con quienes habian cruzado lanzas en el campo de batalla. Invitados otras veces para tomar parte en las justas y torneos, salían al palenque sobre bizarros caballos y brillaban con sus cruces y bruñidos arneses al lado de los caudillos árabes, engalanados con el traje oriental y con el blason muzlimico. Venían algunos á satisfacer bajo los auspicios de Josef, deudas de honor y á realizar retos caballeros. Mas el reinado de Josef no podia ser eterno, y á su fallecimiento estalló la guerra civil con sus terribles rivalidades, con sus horrosas venganzas que la sirven de compañera, y que señalaban cercana la última hora de su endeble existencia; al propio tiempo que conmovida Castilla con las parcialidades de los nobles, con las guerras engendradas por la minoridad de Don Juan el II, y la privanza de don Alvaro de Luna, daban ambos imperios al mundo testimonio de la verdad de aquellas palabras del Divino Maestro: *todo reino dividido camina á su ruina*. Faltaba solo sin embargo un hombre grande que reanimara algun tanto el espíritu de la reconquista, aquietando los vientos de las discordias, y este hombre fué don Alvaro, que ascendido á la cumbre del poder, condujo de nuevo las legiones castellanas contra el Islam que ya no tenia en España otro escudo que los muros de Granada. Nuevas victorias ofrecieron algunos laureles al solio de San Fernando, mas no era todavía el débil Don Juan II, ni el indolente Don Enrique IV, quienes debiesen presenciar la ruina del imperio árabe.

Quando con mano firme los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel empuñaron, despues del reinado de Don Enrique IV, los cetros de Aragon y de Castilla (1474), la raza árabe pudo augurar siniestro fin al ver como los nuevos monarcas acometían la difícil empresa de reorganizar sus estados. Los magnánimos esposos supieron dar nuevo aliento á la administracion de justicia, mitigaron las parcialidades de los pueblos, aplacaron los odios de los grandes señores, reprimieron, en fin, la insolencia de los alcaides que tiranizaban el territorio, y dueños del corazon de todos sus súbditos, dispusieron á arrojar de España á los sarracenos que ocupaban todavía los castillos y verjeles del hermoso reino de Granada.

Expiraban las treguas asentadas por interesion del condé de Cabra, y acudiendo á la Alhambra un embajador cristiano para reclamar las párias atrasadas que no aprontaba el sultan granadino, recibió del arrogante Muley Hacem contestacion tan soberbia como inesperada: *Volveos, le dijo, y asegurad á vuestros soberanos que ya murieron los reyes que les pagaban tributo: en Granada solo se labran alfanjes y hierros de lanzas para blandirlos contra nuestros enemigos*.

No podían los Reyes Católicos con su vigorosa política dejar sin recoger el guante que les arrojaba el insolente moro, y ansiando, segun expresion de Fernando indignado, *sacar uno á uno los granos á aquella granada*,

adoptaron por de pronto las prevenciones necesarias para rechazar cualquier agresión que pudiera intentarse. Pero mientras las disidencias civiles dividían en bandos el imperio granadino, mientras la sangre de sus mas esforzados guerreros corría por las plazas de Granada, la animosa reina de Castilla, aposentada en Córdoba, llamaba á su alrededor á la flor de la caballería cristiana, resolviendo emprender incansante guerra contra sus constantes enemigos. Llena de fe la magnánima Isabel, inclinaba á todas las ciudades de Andalucía, de Toledo y de Estremadura, y al territorio de las órdenes militares, que enviaban abundantes provisiones; dirigía proclamas á los pueblos exhortando á la juventud á tomar parte en la próxima campaña; formaba depósitos de armas y aprontaba numerosos trenes de artillería. Reunida la gente y puesto el rey á la cabeza del ejército, cercóse la ciudad de Loja, y se tomara si no la defendiera el mañoso y valiente alcaide, Aliatar, que en acertada salida sembró la muerte y la confusión en la hueste sitiadora, obligándola á retirarse. Mas la rueda de la fortuna, exclama un antiguo cronista, nunca para ni deja en su ser las cosas mundanas; hoy abate al que mañana ha de ensalzar; pronto alegre al que ayer entristeció; y así es que á los pocos meses coronó la victoria las armas de los cristianos, quedando en la batalla de Lucena derrotados los moros, aprisionado su rey Boabdil y acuchillados mas de cinco mil infantes.

Con la cautividad del joven príncipe recobraba Muley Hacem su trono de Granada, si bien reclamada la libertad de aquel y concedida por los generosos monarcas de Castilla, mediante vasallaje y tributo anual, no pasó mucho tiempo sin que llegaran de nuevo á las manos los bandos granadinos. Solo un armisticio mediante el cual Boabdil pasaba á establecerse en Almería con sus parciales, apaciguó por entonces su furor, y el viejo Muley pudo encargarse á sus generales nuevas correrías por tierra de cristianos. Los Reyes Católicos reforzando al propio tiempo su ejército, ya crecido, pusieron sus miras sobre la ciudad de Málaga, importante plaza de cuya conquista dependía en parte la toma de Granada. Las villas de Alora, Coin, Cartama y Setenil cayeron antes en su poder, y mientras Don Fernando se apoderaba de Ronda, las turbulencias de los moros, nunca extinguidas, aceleraban la mas completa ruina del imperio árabe. Y la política castellana influía no poco en la adversidad de los sucesos para con los sarracenos, pues á pesar de haber abdicado Muley, ya moribundo, en favor de su hermano el Zagal, y avenidose el sobrino de este, Boabdil, en reinar simultáneamente; la astucia del rey católico achacando á complot la confederación, daba ingenioso medio para mantener encendida la tea de la discordia.

Reunidos 40,000 peones y 12,000 caballos con las lanzas de las órdenes militares, los aventureros de Castilla, Asturias y Galicia, y tambien algunos caballeros de Francia y de Inglaterra, salía de nuevo á campaña el intrépido y valiente Don Fernando (1486). La primera población que recibió sus combates fué Loja, defendida valerosamente pero obligada á capitular, para no verse reducida á escombros. El mismo Boabdil que habia intentado socorrerla, concertó la entrega del castillo, y se obligó á sostener guerra sin tregua contra su tío el Zagal, urdiendo así el castellano una trama que debia dejarle dueño del territorio agareno. Y en verdad que mientras Yllora, Monclin, Montefrío, Colomera y la fortaleza del Salar, caían en manos de los Reyes Católicos; mientras la misma Isabel llegaba al campamento cristiano para animar y premiar á los combatientes; el Zagal juraba el exterminio de su sobrino, y enviaba embajadores provistos de sùtiles venenos para emponzoñarle durante una conferencia. Boabdil, sin embargo, tan animoso como mal juzgado por historiadores que le pintan afeminado y débil, montaba á caballo y al frente de sus fieles escuderos, asaltaba el Albaicín y convertía de nuevo en campo de batalla á la deliciosa cuanto desventurada Granada. Algunos caballeros cristianos, siguiendo la sagaz política de sus reyes, acudían al sitio de la pelea, prestaban apoyo al bando del joven príncipe, y reanimaban de este modo los furiosos anárquicos del populacho árabe. En balde celosos alfaques pedían alianza entre los partidos del pueblo moro, para que todos acudiesen contra el comun enemigo; en balde el llanto de las madres clamaba por armisticio entre aquella continuada matanza de amigos y de hermanos: embriagados los guerreros árabes con sus propias y ensangrentadas contiendas, dejaban libre campo á los castellanos, que acordes en sus empresas y hábilmente dirigidos, amenazaban ya apoderarse de la importantísima plaza de Málaga.

Aislada aquella ciudad con la reciente ocupación de Velez, notoria la opulencia de sus habitantes, cuya refinada molición se inclinaba á la paz, hubiera sido fácil ganarla con negociaciones, si en su mismo seno no mantuviera continuo elemento de guerra y de exterminio. Defendíala un ejército de negros y gomeles á las órdenes de Hamet el Zegri; pero á pesar de todo humillábase tambien aquella ciudad ante el poderío de los Reyes Católicos.

Con la conquista de Málaga quedaba, como dice un historiador, dividido en tres fracciones el antiguo reino de los Alhamares. Los cristianos poseían toda la parte occidental, asegurando su dominio con una línea de fuertes que comenzaba en Yllora y Meclin, á vista de Granada, apoyábase en Loja y Alhama y terminaba en Velez, á la orilla misma del mar: así quedaban asegurados por las armas cristianas los valles de la Ajarquia y de la Serranía, limitándose á la ciudad de la Alhambra el efímero poder de Boabdil. El Zagal apoyado por

los Alnayares y Venegas mantenía obediente el territorio de Guadix, Baza, Almería y la Alpujarra, pero la situación de los dos territorios sometidos al tío y al sobrino, era muy diversa.

Celebradas córtes en Valencia, inauguraban los Reyes Católicos el año de 1488 con nuevas conquistas. La ciudad de Vera, las poblaciones de Mojacar, Cuevas, Huescar, Nijar, Huercal, Los Velez, Oria, Galera y muchas otras, acudieron á prestar obediencia, ofreciéndose por *Mudejares*, jurando fidelidad, tan pronto como divisaron la vanguardia del ejército de Castilla. Siguióse el cerco de Baza que costó no pocas escaramuzas, correrías, muertes y cautiverios, ya de excelentes caballeros musulmanes, ya de valientes cristianos, hasta que avenido á capitular el intrépido Cid Hiaya que la defendía, no solo puso la ciudad y su alcabala en manos de Fernando é Isabel, sino que ganado su corazón por los halagos de estos príncipes abjuraba la fe musulmana, y recibiendo el bautismo, adoptaba el nombre de don Pedro de Granada. Resultado de esta entrega fué á no dudarlo la conversión de todas las mezquitas del país en templos cristianos, la sumisión de muchas fortalezas de Filabres y Baza cuyos alcaldes no solo recibían premios y mercedes personales, sino que regresaban á los pueblos con cartas de seguridad para los moradores en clase de *Mudejares*, con la conservación de sus ritos, leyes y costumbres, y en fin, influyó tambien en el homenaje que el turbulento El Zagal se avino á tributar á los Reyes, abatido su ánimo con tantas adversidades, quedando así en poder de Castilla la importante plaza de Almería, con sus fértiles y apacibles comarcas. Y la entrega de Almería aceleró, como era de suponer, el término de tan gloriosa reconquista. No quedaba mas que un enemigo á quien combatir, débil por las turbulencias interiores que le conmovían, y este enemigo, Boabdil, tan humillado ya al cetro de Castilla, no podia ofrecer grave resistencia.

La hermosa vega de Granada, llena de huertas, de molinos y alquerías, fué bien pronto arrasada por numeroso cuerpo de tropas cristianas, que con tan lamentable suceso inauguraban nueva campaña en la primavera del año 1490. Los mas bizarros caballeros de Castilla comandaban la hueste de los Reyes Católicos, y acometiendo mil arriesgadas empresas, ya solos, ya acompañados de sus soldados, infundían el terror en todas partes. Sin embargo, no solo el valiente cuanto desdichado Boabdil agrupaba al rededor de su trono la juventud del reducido reino, sino que salía á correr é incendiar los lugares adictos al enemigo, asaltaba el Alkandim, desmantelaba la fortaleza de Andarax, arrastraba consigo los ganados y los moradores indefensos, y ejercía terribles venganzas en los *Mudejares* omisos en obedecerle. Muchos de estos moros, temerosos del furor de aquel príncipe, se conjuraban contra los cristianos; otros se apoderaban de Adra, y para imitar á todos en la rebelión, el mismo Boabdil cercaba á Salobreña, amenazando pasar á cuchillo á sus animosos defensores. Pero Fernando, que no se osegaba en reunir armas y pertrechos, peones y caballos, se presentó delante de Granada con un ejército de cincuenta mil hombres y mientras con la batalla de Trubia acorralaba á la morisma en el recinto de la ciudad angustiada; con la fundación de Santa Fé asentaba los reales con ánimo de ganarla, bien fuese con el acero, bien con los rigores del hambre. Aposentábase la magnánima Isabel en el campamento, acompañada de sus hijos y de su servidumbre, convirtiéndole con su genio varonil y heroico en palenque de escenas caballerescas. A pesar de los horrores que acompañan los sitios de poblaciones y ciudades, moros y cristianos ejecutaban peregrinas aventuras, raros lances y hechos de armas, blasonando siempre de nobleza y de hidalguía. Celebrábase banquetes, preparábase cabalgadas para que la reina contemplase de cerca los muros y las bellas perspectivas de Granada, al propio tiempo que cuadrillas de jóvenes moros, cubiertos con espléndidas armaduras, llegaban hasta las trincheras, arrojaban carteles de desafío sellados con sus anillos, y hasta es fama de que hubo gínete que picó espuelas á su caballo, salvó los fosos, atropelló tiendas, y clavando su lanza junto á los pabellones de la reina, se salió sin que le alcanzaran en su carrera los muchos caballeros que se precipitaron á vengar tan grave insulto.

Mas por fin, despues de ocho meses cumplidos de riguroso asedio, exhausta Granada de bastimentos, se vió obligada á capitular, y entonces fué cuando aquellos moros llamados *Mudejares* y los que posteriormente acataron al leon de Castilla, mudaron de condición y dieron origen á los *Moriscos*, de que nos ocuparemos extensamente en otro artículo. Tal fué el desenlace de la reconquista, durante cuyo dilatado período, los árabes, de triunfantes y señores, modificaron su existencia y pasaron á la condición de vasallos *mudejares*, merced á los tratados, hasta que anhelando nuestros primogénitos la unidad de religion, ya que alcanzaron la del Estado, hicieron aparecer en el suelo ibérico la raza *morisca* (1).

FLORENCIO JANER.

(1) Hé aquí los libros y autores consultados:

- « Cronicon complutense. »
- « Cronicon del monje de Silos. »
- « Historia de Toledo, » por Pedro de Alcocer.
- « Anales de Sevilla, » por Diego Ortiz de Zúñiga.
- « Historia del rey Don Enrique IV, » por Alfonso de Palencia.
- « Historia de Granada, » por Lafuente-Alcántara.
- « Anales de Aragón, » por Jerónimo Zúñiga.
- « Compendio histórico, » por Garibay.

La India. — Delhi.

Ofrecemos en las páginas siguientes varios dibujos de la ciudad de Delhi que al fin ha caído en poder de las tropas inglesas. El primero representa el fuerte de Selim Gurb, que forma parte del palacio imperial del que se ve una parte á la derecha; comunica con él por un puente muy antiguo. Esta fortaleza debió edificarse en el siglo XVI bajo el reinado de Selim cuyo nombre lleva. La torre principal llamada Shah Boorj (torre real), es célebre por la evasión de Mirza Irwaun Bukt, heredero presuntivo del trono que en 1784 logró evadirse de su encierro por medio de una escala hecha con muchos turbantes, y fue á ponerse bajo la protección del gobierno inglés.

Setenta y tres años mas tarde, en 1857, el gran Mogol en persona se escapaba tambien de su palacio, no deslizando de lo alto de la torre real, sino por la puerta y por el puente que se ve en nuestro dibujo; no con la ayuda de una escala de turbantes, sino con un vestido de mujer, y por último, no para ponerse bajo la protección de los ingleses, sino al contrario, para huir de ellos. Así va el mundo; ¡la rueda de la fortuna da tantas vueltas!

Esa calle ancha por donde huyen una porción de infelices que tratan de sustraerse al furor de los sitiadores, es la calle principal de Delhi, Chandnee-Chank (la calle del Dinero). A la izquierda, un poco mas allá de un árbol grande, se ven dos pequeñas cúpulas doradas que forman parte de la mezquita de Roschim-ud-Dowlah. Sobre lo alto de esa mezquita se sentó en 1738 el rey de Persia Nadir-Schah (cuya historia recordamos en el número anterior) para contemplar el saqueo de Delhi, y sacando su espada mandó que no cesara el degüello hasta que la hubiera envainado.

En lontananza en la altura que se ve á la derecha, se eleva el Eade-Gah, donde se celebra la fiesta de Bukrah-Eade y otras muchas. Esa calle ancha y larga que el príncipe Alejo Soltykoff llama Tchandi-Tchok, siguiendo su laudable costumbre de no adoptar la ortografía inglesa que no representa los sonidos indios, « esa calle, dice, aunque haya decaído mucho de su primitivo esplendor, contiene tesoros. Los pintores, los armeros, los plateros, los sastres, etc., me asaltaron en tropel, y en ocho horas me hicieron un vestido completo de paño de oro y de plata muy fino. En pocos dias me fabricaron armas incrustadas de oro, joyas, etc. Compré muchas armas en casa de Natmal, un indio que vende objetos de lance, hombre activo como pocos cuando se trata de ganar dinero. »

En su segundo viaje volvió á ver en el mismo sitio al mercader que le confirma mucho en la opinion que de él se habia formado. « Al pasar por la calle principal, dice, me vieron algunos tenderos que me reconocieron, y cuando llegaba hacia mi casa, descubrí á Natmal que vestía únicamente un ropaje encarnado, y que me dijo estaba de luto, que iba á quemar á su padre y que volvía en seguida. Le acompañaban sus hijos. Entonces llegó otra banda de mercaderes, la de Djowarlak que llenaron mi cuarto de escudos, sables, hachas y puñales; hice comprar por trescientas rupias. Por la noche volvió Natmal despues de haber quemado completamente al difunto y arrojado las cenizas en el rio sagrado Djumna. Le compré un arco de acero fundido, incrustado de oro, un escudo idem, algunos puñales, una armadura, etc. »

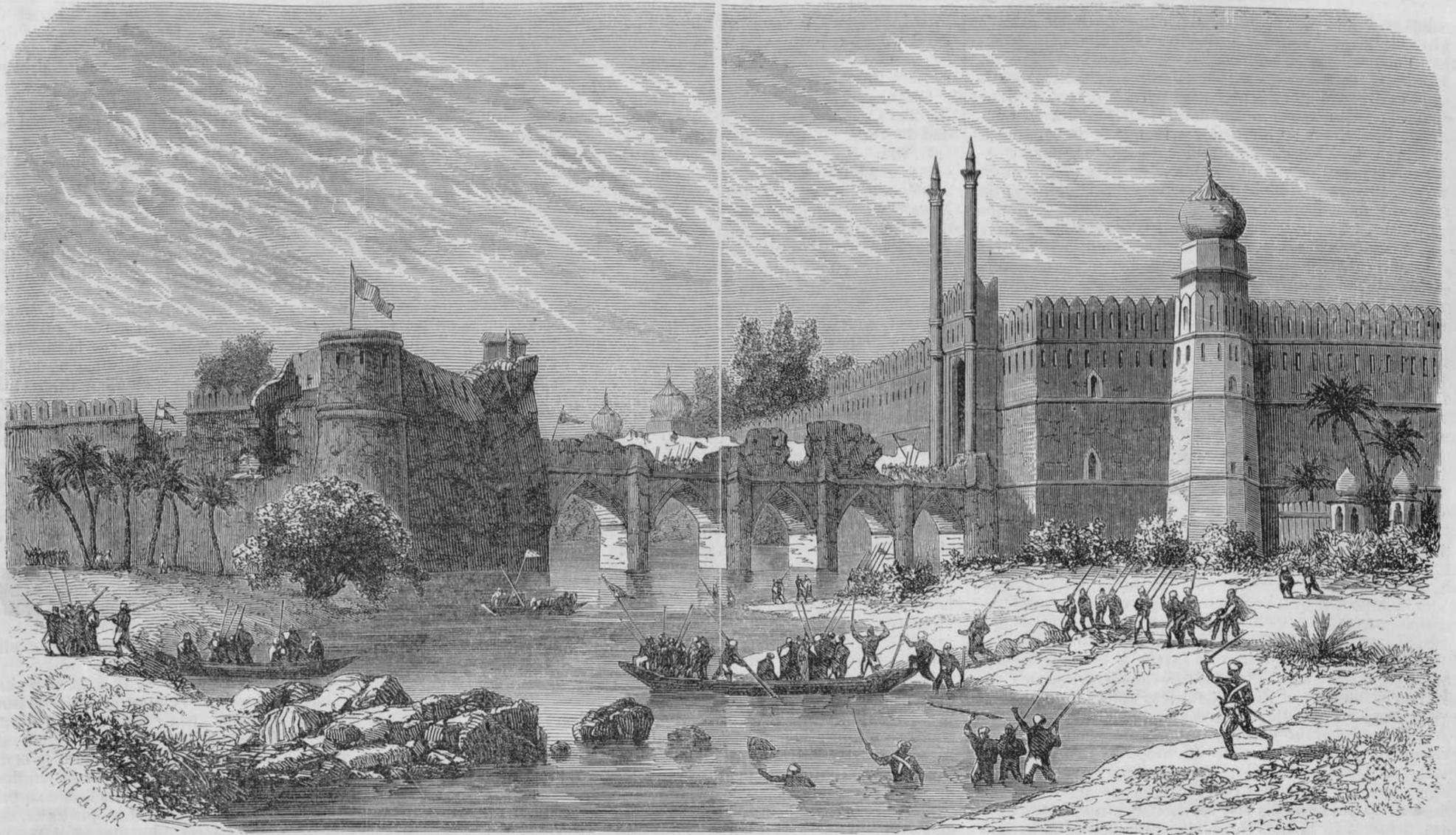
Tambien M. Valbezen en un libro titulado *los Ingleses en la India*, habla de la industria y de la opulencia de Delhi.

Peró ¡ay! ¿dónde están en el dia esos tesoros? ¿dónde están los mercaderes y las mercancías?

Los dos dibujos siguientes están copiados de dos pruebas fotograficas traídas á Francia por M. A. de Lagrange que las sacó en la India. Una de las láminas ofrece la vista de la parte septentrional del patio de la mezquita principal de Delhi, una de las mas hermosas que hay en mundo, no por la riqueza de sus ornatos, sino por la grandeza y la elegante sencillez de sus proporciones. El autor de una compilación inglesa que tiene por título *India*, M. J. H. Stoeckeler, nos hace de ella esta descripción:

« La Jumma Musjeed, ó mezquita principal de Delhi, es un magnífico edificio que se halla en el mejor estado de conservación. Se halla situada en una altura; por delante tiene un gran patio cuadrado rodeado de una galería abierta, desde donde se descubre toda la ciudad. Se entra en un patio por tres puertas de cada una de las cuales arranca una escalera hermosa. En el centro hay una gran fuente de mármol, con muchas fuentejillas alimentadas por el canal á beneficio de unas máquinas. Todo el patio está empedrado de granito incrustado de mármol. Por el lado de Occidente, se sube por otra escalera á la misma mezquita, donde se entra por tres arcos góticos soberbios con cúpulas de mármol blanco. A cada extremidad se eleva un altísimo minarete. La dimensión, la solidez y los ricos materiales de este monu-

- « Historia de los Reyes Católicos, » por Bernaldez.
- « Cronica de los moros, » por Jaime Bleda.
- « Dominación de los árabes en España, » por don José Conde.
- « Crónica de los Reyes Católicos, » por Pulgar.
- « Historia del obispado de Guadix y Baza, » por Suarez.
- « Rebelión y castigo de los moriscos de Granada, » por Mármol-Carvajal.
- « Historia eclesiástica de Granada, » por Pedraza.
- « Breve parte de las hazañas de Pulgar, etc., » por Martínez de la Rosa.
- « Documentos inéditos. »



El fuerte de Selim-Gurh, contiguo al palacio de Delhi.

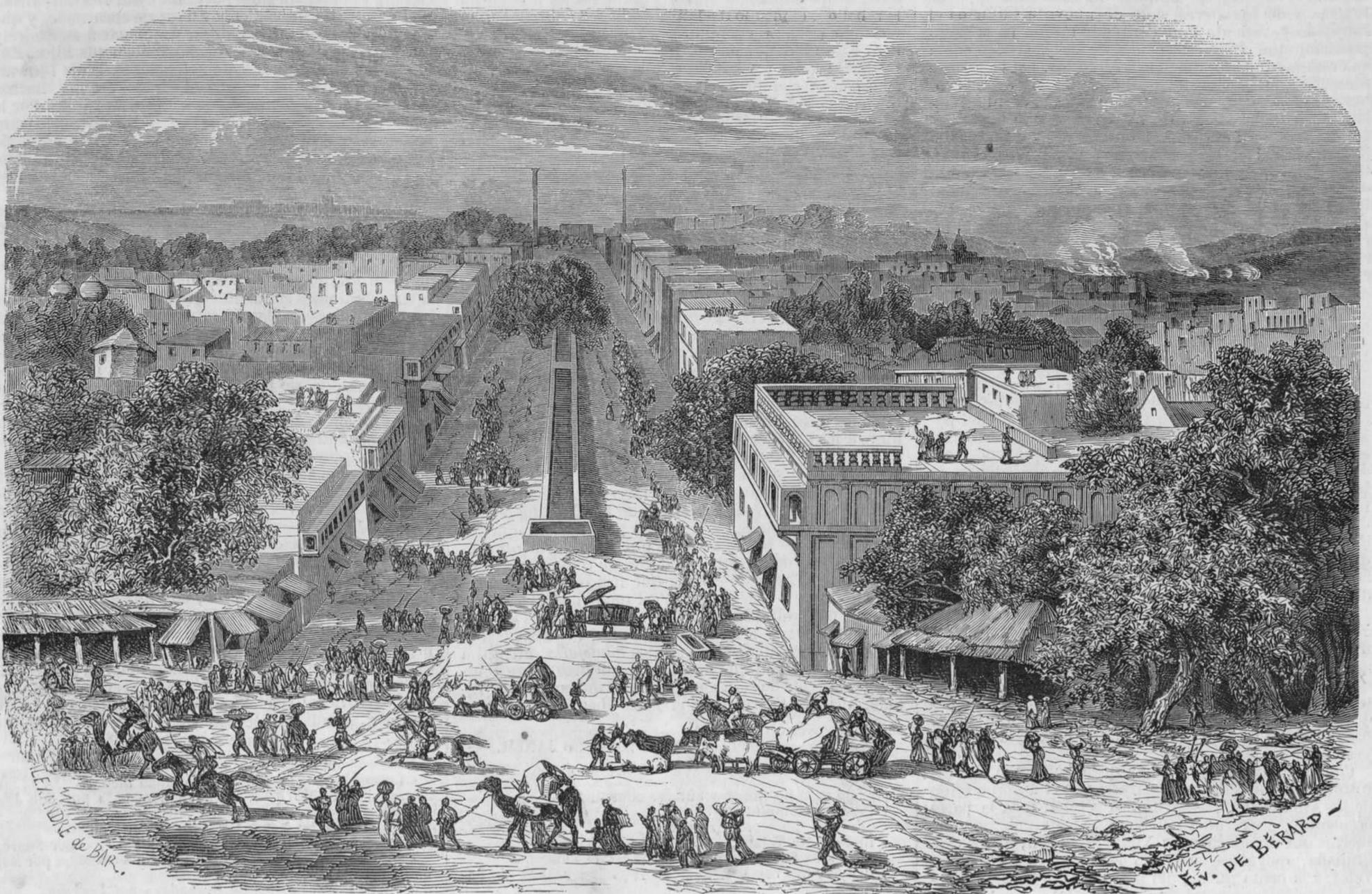
mento, le colocan casi á la cabeza de todas las muestras de arquitectura musulmana que existen en el día.»

Completaremos estas noticias un poco áridas con la descripción mas poética que nos da M. de Valbezen.

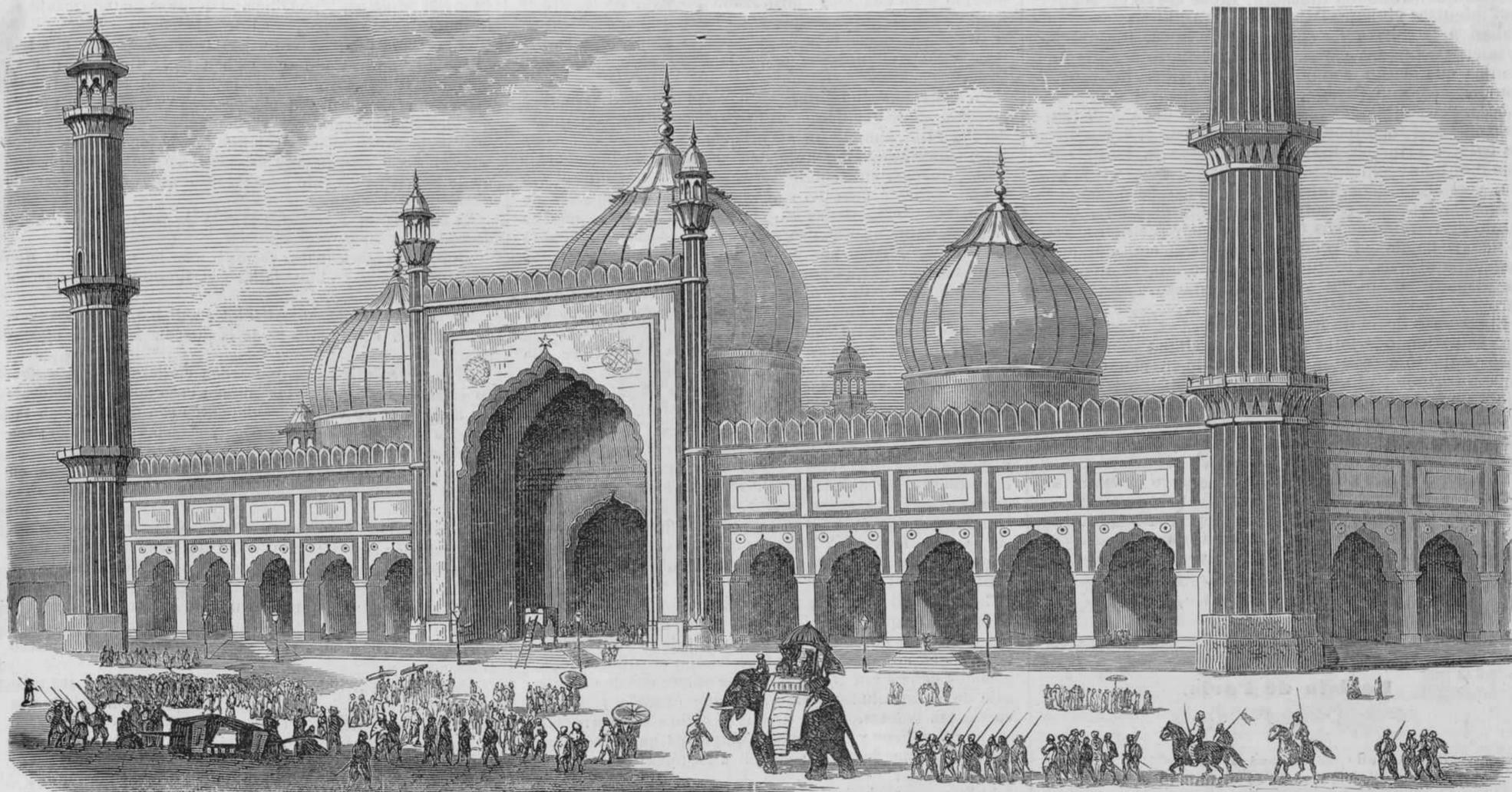
«La gran mezquita que se eleva sobre una altura que domina toda la ciudad, es bajo todos conceptos un edi-

ficio asombroso. Se llega al pórtico del templo por una escalera monumental sobre cuyas gradas hay puestecillos de telas, de comestibles, de pájaros con millares de palomas, el ave favorita del profeta. Galerías con columnas esculpidas rodean el patio de la mezquita cuyos detalles todos se alcanzan al primer golpe de vista. De-

lante se abre un patio muy hermoso, con pavimento de mármol blanco y adornado con una ancha fuente de donde corre un agua límpida. Como tondo del cuadro, está la mezquita de piedras encarnadas con sus minaretes pintorescos, sus cúpulas graciosas, sus salas profundas en donde se penetra por tres arcos góticos. El día



Chandee-Chank, calle mayor de Delhi.



Parte septentrional de la mezquita principal de Delhi.

tocaba á su fin, la vista distinguía mal las profundidades de una semi-oscuridad, y no pude yo explicarme una reunion nebulosa de formas indecisas que parecia que flotaban al nivel de las losas de mármol; pero las

actitudes tan diversas que toman los turcos en la oracion, me dieron en breve la llave de este enigma; cuando los creyentes prosternados se levantaron á la voz del iman, el edificio se llenó como por encanto de una mu-

chedumbre de blancas vestiduras, que presentaba el aspecto de una confusion de sombras, poético hasta lo sumo.»

Quando Aurenzeb se vió libre de sus enemigos y en



Sepulcro de Soudja el Daojat, en Delhi.

ALEXANDRE de BAR

posesion del trono del Indostan, no se creyo en seguridad mientras vivieran Dara y Sudja, que ambos se hallaban á la cabeza de ejércitos poderosos. Reunió sus primeros esfuerzos contra Dara que, tanto por sus brillantes cualidades como porque su padre le designó como heredero del trono, era el que inspiraba mas temores. Pero habiendo sabido que Sudja llegaba de Bengala con fuerzas imponentes, quiso salirle al encuentro. La batalla principiò mal para Aurengzeb. El elefante que montaba recibió una herida de gravedad en la peca, y el emperador trataba de apearse; pero como la presencia del príncipe sobre su elefante de guerra es el punto de reunion de sus tropas, su visir Djemba le gritó: «¡Os bajais del trono!» Aurengzeb, conociendo lo que valia el aviso, se quedó en su puesto, mandó que encadenaran al animal y bajo su armadura recibió los dardos y las flechas del enemigo.

El elefante de Sudja fué herido á su vez, y este príncipe cometiendo la falta que habia evitado su rival, se apeó y montó á caballo. A la vista de su elefante que huía sin ginete, el ejército se sobrecogió de terror, y Sudja vencido no tuvo otro recurso que refugiarse en su fortaleza de Monghir.

Entonces Aurengzeb se volvió contra el otro hermano Dara, le derrotó, y el infeliz entregado al vencedor por un traidor á quien dos veces habia salvado la vida, fué por orden imperial paseado por las calles de Delhi en un asno y asesinado de noche en su prision. Mas tarde igualmente vendido por el radja de Arracan, Sudja pereció con toda su familia. Damos la vista de su tumba, copiada de la fotografia de M. A. de Lagrange.

L. de W.

Revista de Paris.

Nunca como este año los salones parisienses se obstinan en prolongar las vacaciones. Todo el mundo se encuentra ya en Paris. Cada cual arde en deseos de presentarse en esas reuniones que son como el encanto principal de esta poblacion aficionada cual ninguna á los placeres sociales, y nadie se atreve á dar la primera señal, sin embargo de que esta iniciativa se aplaudiria grandemente. La corte ha regresado ya de Compiègne; otra razon mas para que esas fatales vacaciones se den por terminadas.

Mientras llega el momento tan deseado de divertirse, digámoslo así, oficialmente, se celebran reuniones «en petit comité», donde la conversacion hace todo el gasto. En estas tertulias á puerta cerrada se habla de las aventuras del verano, se cuentan historias entretenidas, lances novelescos, y se dilucidan cuestiones de teatro, de artes y literatura. Muchos desearian que se perpetuase el gusto de estas reuniones íntimas durante el invierno, pero la mayoría prefiere el baile á la conversacion por aguda que esta sea. Entre las historietas que se han contado mas en estos círculos, recogeremos la que sigue:

De vuelta de los baños de Baden se encontró un joven parisiense con una señora que se dirigia como él á la capital de la Francia. Esta señora es una viuda rica, que jamás habia visto á nuestro mozalvete. Sin embargo, la conversacion se entabló en el coche con mucha facilidad, y despues de haber pasado por las vulgaridades de rigor, fué tomando un carácter mas íntimo. La viuda es mujer de inteligencia, y está muy al corriente de los usos del mundo; el joven es hombre que puede seguirla en todos los terrenos.

Hablaron de cada cosa un poco, y ella no disimuló cierto escepticismo. Su interlocutor se produjo entonces como un hombre despreocupado en todos sentidos.

Llegaron á Paris y el joven acudió inmediatamente adonde le llamaba su deber; habia dado en Baden su palabra de casamiento á una niña de diez y siete primaveras, que olvidó algun tanto durante su viaje, pero que así que se halló en su presencia recobró sobre él un imperio absoluto.

Era preciso olvidar á la viuda, un capricho pasajero; pero hé aquí que la viuda se declara y se obstina en no soltar su presa. Quiere casarse con el joven ó le perseguirá cruelmente.

El joven no halló nada mejor que confesárselo todo á su prometida, la cual, no sin haberle reñido duramente por su ligereza, le dijo que pensaria en los medios de sacarle de su apuro.

Al otro dia exclamó:

— Estás salvado, amigo mio, pero tienes que hacer el papel de sastre.

— ¡Bonita broma! ¿Qué conexión puede haber...

— Mira, la viuda, que conozco muy bien, tiene mucho amor propio, y si podemos engañarla sobre tu condicion, cesará de amarte. Tengo formado un plan.

— Estoy seguro de que eres incapaz de aconsejarme nada malo, de modo que acepto cuantas humillaciones quieras imponerme para salir de este atolladero.

— El domingo próximo yo haré que la viuda venga á visitarme, y bajo pretexto de que la quiero tratar con confianza, la llevaré á mi gabinete, donde me estarás esperando tú para tomarme medida de una capa.

— Principio á comprender...

— Serás mi sastre... y antes de que la viuda haya adquirido en Paris ninguna noticia exacta de tu persona, ya se habrá avergonzado de tu amor y habrá olvidado sus pretensiones.

Este proyecto se ejecutó al pié de la letra.

La viuda estuvo á punto de morir de despecho al reconocer en su galan... ¡un sastre! ¡Qué vergüenza! ¡Haber

querido á un cualquiera disfrazado! Delante de la otra le trató ya con el desprecio que se merecia, y si al dia siguiente se hubiera presentado en su casa, es seguro que habria dado orden á sus lacayos de que le arrojasen por las escaleras.

No obstante, ¿qué dirá la viuda cuando este invierno vea bailar al sastre fingido con su linda parroquiana? Comprenderá la burla, aunque un poco tarde.

Un editor parisiense trata de reimprimir un libro curiosísimo que con el título de *Correspondencia de Caillot Duval* vió la luz pública á fines del siglo pasado. La especulacion no nos parece desacertada; en nuestros dias todo lo que es original, extravagante, excéntrico, para emplear la palabra á la moda, obtiene una buena acogida; y á decir verdad hay pocos libros que posean en tan alto grado ese elemento singular de éxito favorable. Tenemos á la vista la primera edicion de la «Correspondencia de Caillot Duval», y vamos á recorrerla ligeramente.

En el año de 1785, un escritor llamado Fortia Piles que habia dejado unos cuarenta volúmenes olvidados y perdidos ya en el polvo de las bibliotecas, era oficial de un regimiento que daba guarnicion en Nancy; y como se aburriera demasiado en su holganza militar, le vino la idea de escribir cartas á un crecido número de personas de estados y condiciones diferentes, cartas que firmó con el nombre supuesto de Caillot Duval. Burlábase con descaro en estas epístolas de los individuos á quienes las dirigia, y sin embargo, todos ó casi todos le respondieron seriamente sin caer en la broma. Estas cartas con sus contestaciones correspondientes forman la obra cuyo título indicamos mas arriba.

Caillot Duval comienza por escribir á un honrado vecino de Abbeville que habia insertado varias charadas y algunos epigramas en un periódico literario de la provincia, y le dice que no puede diferir mas tiempo el tributo de elogios que debe á tan gran poeta, que quiere conste el homenaje de su gratitud por el placer que causa la lectura de versos tan bonitos. Añade que él se dedica á la carrera de las letras, y tiene ya compuesto un poema en veinte y cuatro cantos que desearia someter á su buen juicio y altos conocimientos.

El literato provinciano se traga el anzuelo; responde que espera impaciente el poema de Caillot Duval, y entabla con él una discusion sobre los diferentes géneros de estilo. Le proponen su admision en la Academia de San Petersburgo, y en apoyo de su candidatura manda varias composiciones poéticas.

Caillot se llama despues secretario de un príncipe sumamente rico, que ha dejado los hielos del Norte por las márgenes del Sena. El príncipe escribe á la Sainval, artista de la Opera, en estos términos:

«La reputacion de que disfrutais á justo título no se ha limitado á la Francia, sino que se ha extendido por los pueblos extranjeros. En breve me hallaré en Paris, no os pido una preferencia exclusiva; solo deseo que me recibais con bondad; mis tiernos sentimientos os arrancarán una confesion que hará la felicidad de mi vida.»

Como la actriz se hallaba enferma al recibir esta carta, encargó á su hermana la contestacion:

«Mi hermana ha sido sangrada cuatro veces, escribió esta; anhela conocer al príncipe cuyos procedimientos podrian inspirarla pasiones que no ha experimentado todavia...»

Caillot Duval replica inmediatamente; quiere recibir informes muy exactos sobre la enfermedad de la artista. El príncipe ha llegado á Manheim, y promete desde luego á la hermosa una casa con muebles, coche, dos caballos, cochero, dos lacayos, veinte onzas mensuales y regalos en número infinito.

A vuelta de correo llega otra carta de la hermana, plagada de frases notables por las faltas de ortografía. No son motivos de interés los que pueden influir en la sirena de la Opera, sino mas bien la idea lisonjera de ser amada de una persona que por su nacimiento y brillantes cualidades está muy por encima de todo el mundo; quiere saber el nombre del príncipe, el retrato que le han hecho de él no puede menos de gustarla; pero sino hay mas explicaciones, la novela será «fria» y poco interesante.

Caillot se incomoda con la palabra novela, y declara que no podrá enseñar esa carta al príncipe, porque veria en ella una ofensa mortal.

La hermana responde sin perder tiempo:

«¿Cómo habeis creído que consideráramos nosotras como una burla los ofrecimientos generosos del príncipe? Olvidad las frases que han podido pareceros mal; la interpretacion que las habeis dado está muy lejos de nuestra idea, y mereceriamos el rompimiento con que nos amenazais, si hubiéramos podido despreciar á un príncipe... tan amado. ¡Ay! He soltado la palabra, y quiero cerrar al instante la carta, pues si no la borraría.»

Fácil es comprender lo que debia divertir á Caillot Duval esta correspondencia extravagante; por eso inmediatamente declara á las damas que se trata del príncipe Kabardinski, hermano del príncipe Heraclio; y las pregunta si no son de la familia de un tal Sainval, cuyo talento en el laud es bien conocido. Su alteza desea aprender á tocar un instrumento, y se decidiria por ese.

Siguen cinco ó seis cartas por el estilo; cuanto mas crédulas se muestran las damas, mas se entretiene Caillot Duval en llevarlas de sorpresa en sorpresa; un dia las dice que su príncipe es viudo, y que la mujer que habia perdido le dió cinco hijos á la vez, que todos están en buena salud y llenos de vida. Despues de haberse burlado largamente de la inocencia de estas reinas de bastidores, concluye por anunciarlas la muerte del príncipe, víctima de un asesinato complicado de circunstancias tan misteriosas como atroces.

Sin embargo, no por esto renunció á su empleo de secre-

tario del príncipe, y poco tiempo despues un fabricante de trompas de caza de Paris recibia esta carta:

«El crecido número de buenas trompas de caza que han salido de vuestros talleres, os han dado una fama que ha volado hasta las extremidades mas recónditas del universo. El príncipe Kabardinski me encarga os pida una noticia del tamaño y precio de esas trompas, marcándome de paso cuál es la proporcion mayor que puede tener una trompa de la marina; su alteza posee una de doce piés y medio, que no le parece suficiente para el uso que quiere hacer de ella.»

En seguida el fabricante manda la nota pedida, añadiendo:

«No puedo fabricar una trompa mas grande que la que posee su alteza, y el que la hizo es sin duda un artista de mérito.»

Entonces el incansable Caillot se dirige á M. Mazoyer, ayudante en el regimiento de la guardia francesa, diciéndole:

«Tengo dos sobrinitos que arden en deseos de manifestar el ardor marcial que les anima; creo no puedo colocarlos mejor que en vuestro regimiento; son de la misma talla, el uno tiene diez y ocho años y el otro veinte y dos; saben leer, escribir y las cuatro reglas.»

El ayudante mayor manda inmediatamente dos hojas en blanco para los reclutas y otra para que les sirva de modelo.

«Que ponga el V^o B^o el comisario de guerra y me las devolvéis por la posta. Esos señoritos alcanzarán sin duda el grado de sargento mayor y otros que no se niegan jamás al mérito.»

Caillot pide á un peluquero una peluca modelo, y pregunta á un zapatero si se pueden hacer botas sin costuras. Despues escribe á M. G..., un naturalista muy conocido entonces.

«Soy aficionadísimo á los pájaros; he puesto en una misma jaula á un mirlo con una lechuza, y han salido dos huevos de los cuales han resultado un gorrión de pico largo y una urraca. Todos viven. Os pido me expliqueis este fenómeno.»

Respuesta del naturalista:

«El fenómeno de que me hablais es extraordinario; pero desde que estudio el mundo de los pájaros, he visto cosas tan sorprendentes, que nada de cuanto puede suceder en este género me admira. No obstante, me hareis el favor de decirme si los recién nacidos tienen plumas de colores vivos en el ala izquierda, y si la urraca mete mas ruido cuando se acerca la madre que cuando se acerca el padre.»

«¡Dios mio! ¡Dios mio! escribió Caillot Duval á un teniente general de la policia; he perdido el apoyo de mi vejez, el fruto del amor mas tierno; mi hija ha degenerado de la virtud de la familia, se ha dejado seducir por un alférez de húsares, se ha refugiado en esa ciudad y quiero ir á matarla... pero no, tengo entrañas de padre, que vuelva á mí y la perdono: cuento con vuestra indulgencia, solo de vos espera mi alma un consuelo. Hé aquí las señas de mi hija: Morena mas bien que rubia, las cejas casi negras, puntiaguda la barba, el brazo muy redondo, la nariz ordinaria, la nariz y los ojos como todo el mundo.»

El magistrado contesta en estos términos:

«A pesar del estilo de vuestra carta que tiene mucho de cómico, he practicado todas las pesquisas imaginables para descubrir si vuestra hija se habia refugiado en esta ciudad, y creo poder aseguraros que no es así. Siento mucho no tener otras noticias mas satisfactorias.»

Caillot Duval escribe á los tres confiteros mas célebres de Paris, proponiéndoles un surtido inmenso de décimas, sonetos, divisas, etc. para sus dulces en seis idiomas. Los tres industriales responden, y la carta de uno de ellos ocupa seis páginas.

Luego propone á varios empresarios una tragedia que acaba de escribir en siete actos, titulada «El terremoto de la Calabria», y les amenaza con enviársela si no le contestan en seguida.

Tambien se pone en relacion con cuatro ó cinco doctores en magnetismo, y con un perito en escrituras. A este le dice:

«Depende mi fortuna del exámen que se debe hacer de unas firmas falsas; vuestros ojos de lince descubrirán muy pronto ese misterio hasta hoy impenetrable; así devolvéis el honor y la felicidad á una familia que de dia y de noche pedirá á Dios os conserve la vida y os otorgue á la muerte el paraíso.»

A un pobre maestro de música de provincia le ofrece el empleo de director de orquesta en el teatro de ópera de una capital.

Un guarnicionero de Paris recibe esta carta: «Vuestra reputacion brillante en todo lo relativo al cuero me impulsa á proponeros la mano de mi niño (mi único hijo primogénito) para vuestra hija, si es que teneis una hija y que quereis casarla.»

El industrial responde:

«Tengo una hija muy bien educada para su estado, bastante bonita y que acaba de cumplir quince años; no pensaba casarla aun, pero vuestra proposicion me da la idea mas elevada de vuestros sentimientos, y me consideraria muy dichoso si viesse entrar á mi hija en una familia tan respetable como la vuestra.»

Caillot escribe despues á M. de Piis felicitándole por el buen éxito de su poema la «Armonía imitativa»; y pide á la Bertin, la modista mas célebre de entonces, varios artículos de su comercio.

Hé aquí una misiva dirigida á una actriz del Teatro Francés:

«En el momento de contraer un matrimonio sumamente ventajoso para mí, veo que esta union se la lleva el agua, y todo ¿porqué?... Apenas me atrevo á declararlo... No podeis figuraros hasta dónde llegan las intrigas de mis ene-

migos: han escrito á la madre de mi futura que he llevado en París una vida licenciosa, y que he estado en relaciones con vos... Ya sabeis que esto es una impostura; solo os he visto desde el patio... Pero todo cuanto yo alegue para mi justificacion será inútil, no me creerán si no presento una carta vuestra. Sois demasiado justa para perderme, y me atrevo á esperar una contestacion que decidirá mi porvenir.»

Caillot Duval encuentra aquí un tropiezo; la cómica considera la cosa como una chanza, y entonces él siguiendo en su propósito, expone su situacion al secretario de Grimod de la Reyniere; este habla á Dazincourt, que se interesa en el asunto y escribe á la actriz, la cual responde de esta manera:

«Mi querido amigo: vuestra carta me ha sorprendido en demasía, no conozco ni remotamente á M. Caillot Duval, ni he oido hablar de él, y una carta suya que recibí hace tres semanas, me pareció una burla bastante tonta para merecer una respuesta. Os suplico tranquiliceis á los padres de M. Duval, asegurándoles que nunca he tenido relaciones con ese caballero, y que me comprometo á no tenerlas jamás.»

Esta respuesta fué escrita por el brillante conde de Lauzun que servia de secretario á la cómica.

Todo esto no impedia á Caillot Duval el proponer á un librero la compra de una obra de muchísimo valor «La entrada del rey Priamo en Lutecia», volumen impreso en 1400 y adornado con magníficas láminas; el librero dijo que deseaba ver la obra (impresa antes del descubrimiento de la imprenta), pero en el intervalo Caillot la habia vendido á la Biblioteca real por 3.000 libras en metálico, y una pension de 300 libras que á su muerte debia ser pagada á su abuela.

Mucho mas podriamos extractar aun; pero nos parece basta lo citado para dar una idea á nuestros lectores de esa famosa Correspondencia.

MARIANO URRABIETA.

El ramo del soldado.

I.

«Un soldado me dió un ramo
Yo le recibí con pena,
Porque quien prenda recibe
Se obliga á dar otra prenda.
¡Ay! las encinas del valle
Vieron durante una siesta,
Que en vano á esta ley tirana
Opuse mi resistencia!
Un sabio refran nos dice:
«Dádivas quebrantan peñas,
Y... ¡no es mucho que quebranten
Corazoncitos de cera!
¡Pobre de mí cuando al cura
Se lo confiese en la iglesia!
¡Pobre de mí si lo saben
Mi madre y mis compañeras,
Que en dádivas de soldado
No fia ninguna de ellas!
El domingo por la tarde,
En el baile de las eras,
Mis compañeras cantaban
Al son de la pandereta
«Que de mano del soldado
Nunca vino cosa buena.»

II.

Busco la paz en el sueño
Y si duermo, duermo inquieta...
¡Ay triste de mí si entonces
Mi madre al leche se acerca,
Porque le diré dormida
Lo que la callo despierta!
En vano con mi ignorancia
Disculparé mi flaqueza,
Que mi madre muchas veces
Me dijo al ver mi inocencia.
«Lucero de la mañana,
Sol de mis ojos, mi prenda,
Si el aliento de los hombres
Nunca empaña tu pureza,
Tú serás siempre el espejo
Donde tu madre se vea.
Un soldado te da flores
Y tú, niña, las aceptas,
Sin saber que flores pide
Quien da flores á doncellas...
Idolo del alma mia,
Nunca admitas sus ofertas,
Que de mano del soldado
Nunca vino cosa buena.»

III.

Apenas despunta el alba,
Como el amor me desvela,

Me voy con mi cantarito
A coger la agua serena...
¡Ay cómo cantan las aves!
¡Ay cómo el aura refresca!
¡Ay cómo huelen las flores!
¡Ay cómo todo se alegra!
Mi corazón solamente.
Está lleno de tristeza,
Pues al despuntar el alba
Como durante la siesta,
Ya ¡nadie me ofrece ramos
De flores en la arboleda!
Una corona de flores
Ofrezco á la Magdalena
Si en mi ceguedad me guia,
Porque de amor estoy ciega.
Llorando paso los dias,
Llorando la noche entera,
Y al verme llorando siempre
Mi madre se desconsuela...
Pobre madre, pobre madre,
Bien dijiste, verdad era
«Que de mano del soldado
Nunca vino cosa buena.»

IV.

Ya cantan los pajaritos
En la vecina arboleda,
Ya amanece y las campanas
Tocan á misa primera...
¿Cómo no me ha despertado
Como siempre me despierta,
Al rayar el alba, el toque
De tambores y cornetas?...
¿Pero qué cantar es ese
Que cantan junto á mi reja?
«Amorcitos de soldado
» Son amorcitos que vuelan,
» Pues en tocando la marcha,
» Quédate con Dios, morena.» —
¡Se ha marchado! ¡se ha marchado!
¡Y me escarnece la aldea!
¿Dónde ocultar mi deshonra?
¿Dónde ocultar mi vergüenza?
Madre, cuando el sol asome,
Ven á mi alcoba y en ella
Encontrarás un cadáver,
Que otro cadáver encierra...
Pobre madre, pobre madre,
Bien dijiste, verdad era
«Que de mano del soldado
Nunca vino cosa buena.»

ANTONIO DE TRUEBA.

El gran Leviatan.

FRACASO EN SU PRIMERA BARADA.

Un ingeniero consumado no solamente debe tener grandes ideas, sino mucha práctica en la ejecucion. Su ojo debe ser microscópico y telescópico al mismo tiempo, y tan á propósito para inspeccionar el mas diminuto insecto como para comprender el firmamento. Cuanto mas elevadas sean sus inspiraciones y mas atrevidos sus proyectos, tanto mas seguro debe estar de todos los por menores de su ejecucion á fin de no sentir el pié sobre un terreno falso y resbaladizo. Si nada hay en el mundo demasiado grande para sus fuerzas, es porque sabe que no ha de temer las cosas pequeñas. El caso del buque monstruo que se intentó botar al agua en Limehouse el día 6, es una prueba evidente de lo que acabamos de decir. La mas grande y portentosa de las construcciones modernas está ya terminada, esperando tan solo una máquina conveniente que la saque del sitio donde por espacio de cuatro años ha estado siendo la admiracion del mundo. Y sin embargo, interin no se hayan dispuesto cables, tornos y demás instrumentos trabajados con la solidez proporcionada para el grande objeto en que deben emplearse, el buque tendrá que permanecer en su puesto sin poder satisfacer los vehementes deseos de sus constructores. El *Leviatan*, nombre con el cual, segun tenemos entendido, ha sido nuevamente bautizado el buque, es una de las mas grandes concepciones de la vida del genio de los tiempos presentes.

De treinta años á esta parte la ciencia práctica ha alterado la faz del globo y cambiado los destinos de las naciones. Es casi una vulgaridad en el día el hacer caso de los vapores, de los caminos de hierro ni del telégrafo eléctrico, ó bien acordarse de que vivimos en un siglo maravilloso, en un siglo de ilustracion y de progreso. Pero detengámonos á considerar lo que se ha hecho en los diez últimos años, y nos convenceremos de que el genio, la perseverancia y la práctica han estado obrando mas grandes prodigios que nunca. Nuestro país es el

centro del movimiento. Las empresas científicas mas memorables han sido el Puente británico, el Telégrafo submarino, los Palacios de cristal de Hyde-Park y Sydenham, el telégrafo Atlántico, y el admirable buque que es objeto de este artículo.

Todas estas cosas se han llevado á cabo en Inglaterra y con ellas hemos aprendido á interesarnos doblemente en el progreso de obras importantes. El « buque monstruo » ha sido durante los dos últimos años el asunto palpitante de nuestra isla de Cíclopes, pues se trata de un trabajo ante el cual hubieran parecido raquíticas todas las obras maestras de la antigüedad. El mundo se habia acostumbrado últimamente á ver buques de porte asombroso, pero la grandeza del que nos ocupa no tiene comparacion con ninguno de sus predecesores. Hasta ahora la competencia se habia limitado al aumento de algunos centenares de toneladas. Cunard y Collins se contentaban con exceder alternativamente á sus rivales de 20 piés de longitud ó de media milla por hora en la construccion y en la marcha de un buque. Pero el *Leviatan* desdeña toda comparacion. Su principio, asi como su tamaño, son enteramente nuevos, y debe moverse por una reunion de fuerzas no acumuladas hasta ahora. Un buque como este debia haberse botado al agua de una manera distinta, su magnitud parece exigir hasta cierto punto un nuevo sistema de negocios para explotarlos con provecho, y hasta puede decirse que tiene derecho á esperar la fundacion de nuevas ciudades sobre playas á propósito donde pudieran construirse puertos capaces para ofrecerle un abrigo.

El vapor de mas porte que se conoce no llega á 400 piés; el nuevo buque mide 680; las cámaras principales forman un total de 400 piés de longitud y puede llevar unas 23,000 toneladas; la fuerza nominal de las máquinas de hélice es de 1,000 caballos y de otros 1,000 la de las ruedas. Lleva además dos lanchas con máquinas de vapor cuyo grandor no baja del de los vapores destinados al tráfico del Támesis. El nuevo buque está construido para contener á bordo 4,000 pasajeros, y en caso de necesidad podria conducir á la India 10,000 hombres en menos de un mes.

Despues de lo que acabamos de manifestar nadie extrañará que nos hayamos interesado tanto por esta grande obra, ni que nos haya inspirado un cierto orgullo patriótico; que muchos de nosotros hayamos estado á verla y contempládola mas de una vez, ya desde tierra, ya desde el agua; que hayamos admirado la delicadeza y regularidad de su construccion, que subidos sobre sus barandillas hayamos visto el suelo á mas de sesenta piés debajo de nosotros, que nos hayamos paseado por sus espaciosos puentes mientras que por todas partes se oia un ruidoso martilleo, y que vueltos á casa hayamos meditado acerca de una de las pocas vistas que no han sido exageradas por la descripcion. El público sentirá, á no dudarlo, que la operacion de botar este buque al agua quede aplazada al menos por un mes.

Por ahora el *Leviatan* no ha adelantado sino unos cuatro piés. A lo que parece, esta inmensa mole se puso en movimiento con demasiada rapidez siendo despues detenida con violencia. El resultado de esto ha sido que el buque se ha quedado parado enteramente. Sin embargo, el daño es ciertamente mucho menos considerable que si el buque, rompiendo toda sujecion, se hubiese precipitado en el Támesis. Afortunadamente los tornos eran bastante sólidos y las cadenas bastante fuertes para evitar esta calamidad. Por consiguiente, esperamos que este contratiempo quedará remediado dentro de un mes, y que para fines de año veremos el *Leviatan* en el agua.

Este fracaso habrá sin duda apurado la paciencia de muchos ilustres espectadores, aunque lo que habian empezado á ver debia ser poco excitante, puesto que el buque debia deslizarse por un movimiento gradual de dos dias y una noche.

Lo mismo que el telégrafo Atlántico, esperamos que el *Leviatan* triunfará á la segunda prueba; pero debemos decir de paso que de algun tiempo á esta parte hemos sido bastante desgraciados en nuestras grandes empresas. Vimos romperse el cable de Valentia, el *Big Ben* se abrió, y ahora el *Leviatan* no quiere moverse. Si añadimos á esto la poco afortunada organizacion del ejército cipayo, la lista de desengaños en 1857 no será por cierto nada corta. Sin embargo, cuando un hombre de energía tropieza con un obstáculo siente que no está lejos su triunfo. La ruptura del cable del Atlántico nos llevará indudablemente al descubrimiento de nuevas invenciones que nos servirán para colocar cables en cualquiera otra parte. La detencion del gran *Leviatan* nos enseñará á botar al agua docenas de grandes buques en lo futuro. En estas cosas confesamos que somos optimistas. La parte mas peligrosa de un profeta es el profetizar negativas. No hace aun mucho tiempo que el hablar de locomotoras era un absurdo y que el telégrafo eléctrico era considerado como un juguete ingenioso. Todo adelanto intentado en la arquitectura naval se ha mirado siempre con desconfianza hasta que los buenos resultados han venido á disipar las dudas. El *Great Western*, el *Great Britain* y el *Himalaya*, uno tras otro, hicieron mover la cabeza á los prudentes y á los incrédulos. En cuanto al buque monstruo, creemos firmemente que está destinado á una carrera de prosperidad y á ser el modelo de otros muchos gigantes de los mares. Mas aun, prevemos el día en que, eclipsada su primacia, se considerará solamente como una obra meritoria de original concepcion, cuando la hayan superpajado los subsiguientes progresos de la ciencia. Pero limitémonos á lo presente y felicitemos al público por el remate de esta obra estupenda. ¡A la India en cuatro



Preparativos para botar al agua el *Leviathan* (*Great-Eastern*) en Londres.

semanas! ¡á la Australia en cinco! este es un buen augurio para la actual generacion. Todas las hazañas de la guerra y de la diplomacia quedan reducidas á la insignificancia comparadas con los efectos producidos por los progresos de la ciencia. Hé aquí los pueblos acercados los unos á los otros y asegurada su paz por la aplicación de las leyes mecánicas, mientras que los corazones grandes y buenos, los hombres nobles y poderosos han estado ensayando en vano, siglo tras siglo, la moralidad y el razonamiento, las negociaciones y los tratados. Por eso debe regocijarnos el acontecimiento de botar al agua un buque tan colosal, y confiamos que nuestra alegría no tardará en ser completa.

Dejando á un lado el comercio y la civilizacion, es evidente que el resultado de semejante obra será dar fuerza y consolidar nuestro vasto imperio. Hase objetado mas de una vez que las posesiones inglesas están demasiado desparramadas por el globo, á grandes distancias de la madre patria, y muy separadas unas de otras para poder ser beneficiosas en la paz y seguras en tiempo de guerra. En efecto, la India ha estado sublevada semanas enteras antes de que tuviésemos noticia de ello, y esto mismo hará que los cañes ó los maoris tarden algun tiempo á ver castigada su desobediencia. En una guerra ó en una combinacion de lucha con naciones europeas deberianse temer aun males mas graves. Pero el mundo se va haciendo cada dia mas pequeño con los progresos de la ciencia, y nuestras dependencias mas fáciles de gobernar. El tiempo y la imaginacion trabajan en provecho nuestro. La sublevacion de la India hubiese sido un acontecimiento mucho mas desastroso diez años atrás, cuando los vapores que cruzan el Océano y los clippers eran tan escasos. Dentro de pocos años podremos contar con haber hecho nuevos y proporcionados progresos. Con un telégrafo que se extiende al Occidente hasta Terranova, y al Oriente hasta la India y Australia, con *Leviatanes* que puedan transportar nuestras tropas por mar, y caminos de hierro para hacerlas mover por tierra, podemos contar con la seguridad y la tranquilidad de nuestros vastos dominios. (Times.)

Juegos militares

EJECUTADOS EN LAS CARRERAS DE CABALLOS DE 1857 EN ORAN POR LOS SARGENTOS DEL 2º DE CAZADORES DE AFRICA.

Nada mas hermoso y variado que una de esas fiestas militares que recuerdan los juegos antiguos; es una funcion excepcional, la fiesta de la juventud á caballo, la *fantasia* árabe con sus ejercicios mas atrevidos y mas rápidos.

Estamos en Oran; el hipódromo está cubierto de gente, árabes, militares y paisanos que llegaron de todas partes con muchas horas de anticipacion.

Son las cuatro de la tarde. Las carreras de caballos del primer dia están terminadas ya, y los sargentos del 2º de cazadores de Africa, bajo las órdenes de un jóven y brillante oficial, el alfez de Parseval entran en la arena para comenzar los ejercicios ecuestres.

La música da la señal de la salida, y nuestros ginetes, erguidos y resueltos parten al galope, haciendo ejecutar á sus caballos toda clase de pasos difíciles. Van, vienen, vuelven, hacen piruetas y dan saltos, todo del mejor gusto.

El hombre y el caballo montados así, son el alma y el cuerpo, el fuego y la llama, el mando y la obediencia, como si se tratara de una sola criatura incansable y dotada de todas estas cualidades, la fuerza, el valor y la velocidad.

¡Qué agilidad, qué prontitud y sobre todo qué presteza!

Sortijas cogidas con la punta de la lanza, cabezas de judíos y de moros arrancadas con la punta del sable, dardos á la cabeza de Medusa, todo esto se hace á las mil maravillas y sin errar los golpes; no hay ginete que no tome su sortija, arranque la cabeza ó clave el dardo.

Luego viene una serie de pequeñas evoluciones en las cuales los jóvenes escuderos franceses se cubren y se descubren de mil maneras.

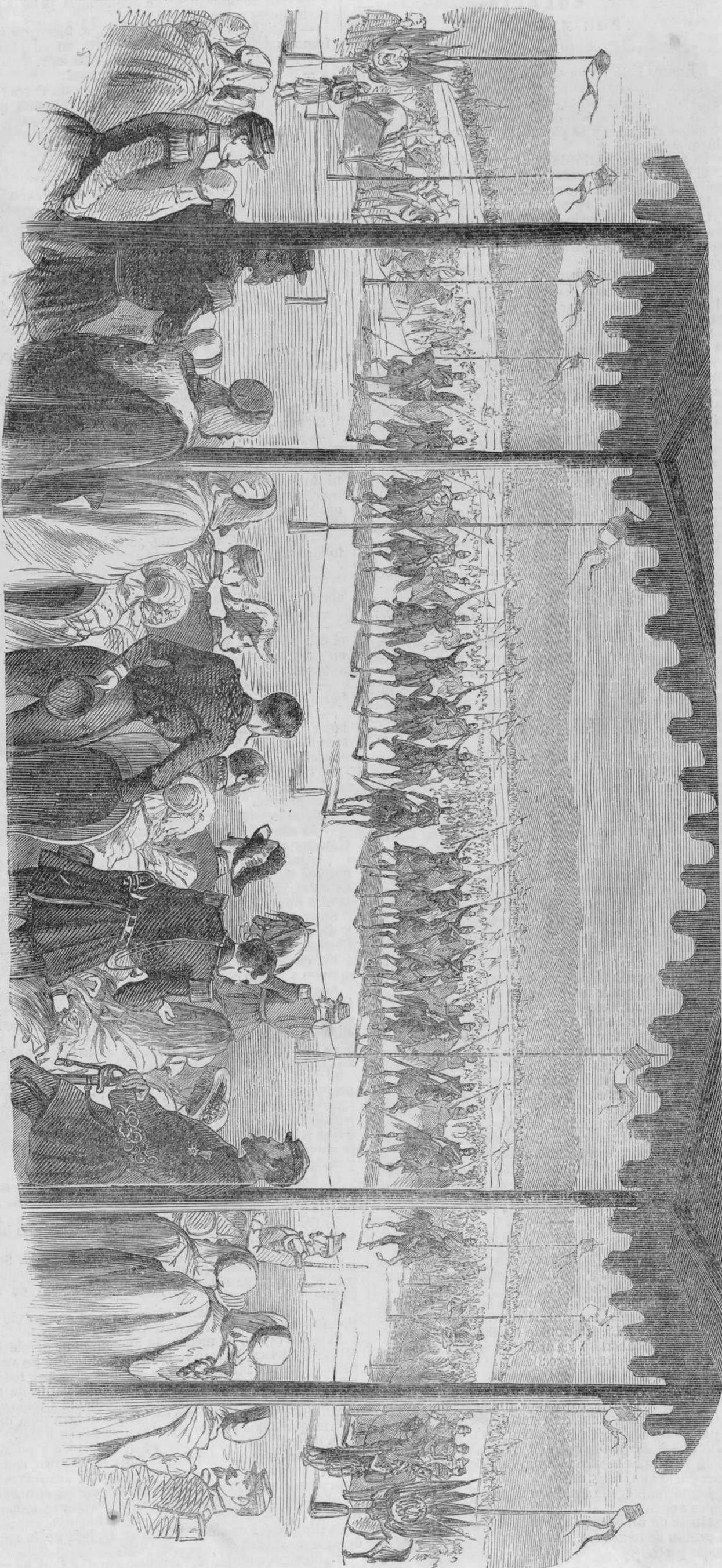
Al fin todo esto deja de ser un ejercicio y comienza á ser un enigma. Los ginetes se muestran admirables de animacion, y sus caballos tan vivos y ligeros les secundan en todo y por todo. Nada mas ardiente que esos caballos de raza escogida; ¡qué flexibilidad natural y qué fuerza!

La fiesta toca á su fin; los sargentos y á su cabeza el alfez de Parseval, desfilan por cuadrillas de ocho ante la tribuna de honor bajando la lanza, y son saludados á su vez por los aplausos de la muchedumbre; añádase á esto los toques de los clarines durante el desfile y una banda de música sonora que canta el triunfo, y cualquiera se podrá formar una idea de la fiesta militar cuya representacion debemos á uno de los actores.

Siguió una fantasia árabe: esto es una carga furiosa en confusion; los ginetes mezclados saltan y vuelan en remolinos sobre sus caballos haciendo juegos de manos con sus armas. Parece esta fiesta un huracan que todo lo atropella y lo arrastra. Sin embargo, los espectadores se mantuvieron firmes, dejaron pasar el huracan, y este espectáculo, aunque muy turbulento y diabólico, agradó sobremanera á todo el mundo.

H. F.

Juegos militares ejecutados en Oran por los sargentos del 2º de cazadores de Africa.



EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Conclusion.)

Entonces bajó de su observatorio y se fue hacia la ventana á gatas, unas veces bajando la cabeza para no ser visto, y otras levantándola para ver y oír.

En breve se encontró en el punto de donde el temor le habia arrojado, y se persuadió que Honorina seguia durmiendo.

La ventana se abrió de par en par sin hacer ruido. El aire de la noche entró en la habitacion sin despertar á la hermosa durmiente.

El duque saltó á la ventana y penetró en el cuarto. La alegría y el miedo le hacian temblar como un árbol sacudido por la tormenta; vacilaba y estaba á punto de caer sin atreverse á buscar un apoyo en los muebles.

El aposento estaba lleno de objetos de toda clase, de cofres abiertos y cerrados, y aun de muebles caidos, y el duque tuvo que tomar mil precauciones para gobernarse en aquel laberinto.

Marchaba á tientas, tocando apenas las cosas, y á cada paso que andaba murmuraba muy quedo:

— Honorina... ¿estais ahí?... ¿me oís?... Soy yo, vuestro antiguo amigo. No tengais miedo, no temais nada... en París estaba loco, pero el viaje me ha curado... Soy un padre que os viene á consolar; no os mateis, me moriria.

Se detuvo, se calló y prestó el oido, pero no oyó mas que los latidos de su corazon.

Entonces le entró miedo y se sentó un instante en el suelo para calmar su emocion y apaciguar la llama que circulaba por sus venas.

— Honorina, gritó levantándose, ¿estais muerta?

La muerte en persona le respondió. Tropezó en un mueble y sus manos nadaron en un charco de sangre.

El duque cayó de rodillas, apoyó sus brazos en la cama, y hasta el amanecer permaneció en la misma postura.

No se preguntó cómo habia podido suceder aquella desgracia; no experimentó ni sorpresa ni dolor; toda su sangre se aglomero en su cerebro. Su cabeza era una jaula abierta de donde habia volado su razon. Pasó las últimas horas de la noche apoyado en un cadáver que se enfrió gradualmente hasta por la mañana.

Cuando Francisca vino á ver si su hermosa prima estaba despierta, oyó un grito discordante como el canto de un grajo, y distinguió á un viejo ensangrentado que meneaba la cabeza en todos sentidos, como para alejarla de allí.

El duque de la Torre de Embleuse gritaba: — Acá! acá! acá!.. y es todo lo que poseia del don de la palabra, el privilegio mas hermoso del hombre.

Hacia gestos horribles, sus ojos se abrian y se cerraban como por un resorte, sus piernas estaban paralizadas, su cuerpo clavado sobre el sillón, sus manos muertas.

Francisca no habia conocido mas que un sentimiento humano: adoraba á su ama. Los parientes pobres se consagran con furor á los miembros de su familia, sea para amarlos ó para aborrecerlos. La monstruosa mujer se arrojó sobre el cuerpo de su ama con un grito de fiera. La lloró como una tigre debellor á sus hijuelos.

Arrancó el puñal de una herida profunda que ya no sangraba, se llevó en sus brazos aquel hermoso cuerpo inanimado y le cubrió de caricias locas.

Si las almas pudieran dividirse en dos partes, á su costa habria resucitado á su querida Honorina.

Pero en breve la rabia sucedió al dolor; Francisca no dudó un instante que el asesino era el duque.

Arrojó el cadáver sobre la cama y corrió al pobre viejo; le dió de golpes con toda su fuerza, le mordió las manos y buscó sus ojos para arrancárselos.

Pero el duque estaba insensible al dolor físico, y respondió á todas las violencias con aquel grito uniforme que debia ser su único lenguaje.

Los animales tienen gritos distintos para manifestar el gozo ó el dolor; pero el hombre atacado de locura parálitica yace en lo último de la escala de los seres: Francisca se cansó de darle golpes antes de que él notara que habia recibido ninguno.

Entre tanto Eulalia, hermosa y risueña como una flor, despertaba á su padre y á su marido, presenciaba como vestian al niño, y bajaba al jardín para respirar el aire embalsamado del otoño.

El doctor Le Bris y M. Stevens no tardaron en reunirse con ella. La brisa del mar mecia suavemente las hojas cubiertas de rocío. La estacion de las flores habia pasado ya, pero quedaban en los árboles las hermosas frutas del otoño y los ojos se regocijaban al contemplarlas.

Toda la familia se hallaba reunida en torno del niño que jugueteaba en la arena con su alegría de costumbre. Solo el duque de la Torre de Embleuse faltaba á la cita matutina. Las ventanas estaban cerradas aun y respetaban su sueño. Mateo Mantoux que andaba mas solicitado que nunca desde que el doctor le habia conservado en la casa, lababa ropa muy de prisa al borde de un arroyuelo que corria al mar.

El criado de Stevens acudió con precipitacion á llamar á su amo.

Tratábase de un crimen cometido en la vecindad; todo el canton se hallaba conmovido y buscaban al juez por todas partes.

Stevens al despedirse de sus amigos pidió algunos pormenores sobre el hecho.

— No sé nada, respondió el hombre. Dicen que es una francesa que han encontrado muerta en su domicilio.

— ¿Cerca de aquí? interrumpió el doctor.

— A un cuarto de legua de distancia.

— ¿Y no dicen si acaba de llegar á esta tierra?

— Creo que sí; pero su criada no habla mas que el francés y nadie la comprende...

— ¿La habeis visto?

— Sí.

— ¿Es una mujer gruesa?

— Enorme.

— Muy bien, dijo Le Bris. Querido amigo, añadió dirigiéndose á Stevens, es la hora de almorzar, y os quiero dar un consejo.

— Hablad.

— Venid con nosotros á la mesa.

— ¿Pues?...

— La difunta disfruta de su mejor salud, os respondo de ello.

Stevens, hombre de mucha gravedad, no comprendió la chanza.

El doctor añadió:

— ¿Castiga la ley inglesa á las personas que prometen suicidarse y que no cumplen su palabra?

— No, pero castiga el suicidio cuando está probado.

— Vamos, las leyes inglesas no aciertan jamás con lo que me conviene.

Stevens continuó:

— ¿Teneis formalmente algun motivo para creer que esto sea una broma.

— Apuesto á que la dama en cuestion no ha recibido ni un simple rasguño. La conozco de sobra, y tiene en mucho su cutis blanco como la nieve para hacer en él ningun agujero.

— ¿Y si la han asesinado?

— No diga tal, amigo mio. ¿Sois inteligente en cuanto á pájaros enjaulados?

— No mucho.

— ¿Entonces ignorais la diferencia que existe entre el abejaruco de cabeza azul y el de cabeza negra?

— Sí por cierto.

— El de cabeza azul se deja matar sin resistencia, y el otro se ocupa en matar á sus compañeros. La dama en cuestion es un abejaruco de cabeza negra. Vamos á almorzar.

— No os comprendo, dijo M. Stevens; ¿porqué me habian de llamar?

— Amigo mio, si os mandan á buscar aquí, no es por tener el gusto de recibir vuestra visita; la de otra persona desean, y esta no se moverá; ¿no es cierto, señor conde?

— Ciertísimo, dijo la condesa viuda.

El conde no respondió. Se hallaba mas conmovido de lo que parecia.

Eulalia le tendió la mano diciéndole:

— Id con M. Stevens, amigo mio, y quiera Dios que el doctor no se equivoque.

— ¡Qué diantre! exclamó Le Bris, yo voy tambien aunque no me inviten. Pero si la dama no ha muerto de veras, juro por mi borla de doctor que el conde no la dirá una palabra.

Stevens, el conde y el doctor subieron en un coche, y diez minutos despues se hallaban á la puerta de la Chermidy.

En cuanto distinguieron la casa, Le Bris cambió de opinion y pensó que habia sucedido una desgracia.

Una muchedumbre compacta sitiaba la habitacion de la Chermidy, y los malteses de la policia, que corrieron á la noticia del crimen, no bastaban para contener la curiosidad pública.

— ¡Diablo! exclamó Le Bris, ¿si se habrá suicidado en realidad para jugaros una mala pasada?

El conde de Villanera se mordía los bigotes sin desplegar sus labios. Durante tres años habia amado á la Chermidy, y sinceramente habia creído que esta le correspondia. Su corazon se desgarraba con la idea de que habia podido matarse por él. Los recuerdos del pasado se sublevaban contra todas las afirmaciones del doctor y abogaban victoriosamente en favor de Honorina.

La muchedumbre abrió paso á M. Stevens y á sus compañeros, que llegaron guiados por los agentes de la policia al cuarto mortuorio.

La Chermidy estaba en la cama con el traje que llevaba la vispera.

Su bonito rostro tenia una expresion horrible. Sus labios entreabiertos dejaban ver dos hiléras de dientes menudos apretados por la última convulsion de la agonía.

Sus ojos, que una mano piadosa no habia cerrado á tiempo, parecian mirar la muerte con espanto.

El puñal estaba en medio del aposento allí donde le arrojó Francisca. La sangre habia saltado sobre los vestidos, sobre las sábanas, sobre los muebles, por todas partes. Un charco de sangre coagulada delante de la chimenea, anunciaba que la infeliz se habia herido en aquel sitio, y un rastro que seguia hasta la alcoba denotaba que habia podido arrastrarse hasta su lecho.

La doncella que habia llamado á la justicia y puesto en conmocion á la vecindad, no daba ya un grito, como si hubiera gastado todo su furor al agotar sus fuerzas. Acurrucada en un rincon del cuarto con los ojos fijos en el cadáver de su ama, miraba ir y venir á todo el mundo.

La llegada del conde y del doctor Le Bris no la sacó de su inmovilidad.

M. Stevens, seguido del escribano que se hallaba ya

en el teatro del crimen, principió á dictar la descripcion del estado de los luzares y del cadáver con la impassibilidad de un juez en el ejercicio de sus funciones.

El doctor prestó auxilio á la informacion. Principió por declarar todo cuanto sabia. Expuso en sustancia las causas que habian podido impulsar á la Chermidy á darse la muerte, conto la conversacion que habia tenido con ella, y recitó el testamento que él mismo habia llevado al conde de Villanera.

Las declaraciones de la difunta, el sitio en donde se habia hallado el cadáver, el arma que la habia herido y que la pertenecia, las puertas de la casa cerradas, y en fin la circunstancia de que la criada que dormia en un cuarto contiguo, no habia oído grito ninguno, todo esto confirmaba la idea de un suicidio.

Esta palabra pronunciada á media voz produjo en Francisca el efecto de una conmocion eléctrica. Se levantó sobresaltada, corrió al doctor, le miró frente á frente y prorrumpió diciendo:

— ¡Suicidio! ¿Vos hablais de suicidio? Ya sabeis que no era mujer capaz de suicidarse. ¡Pobrecita mia! ¡Tenia una vida tan dulce, una salud tan buena! Cien años habria vivido si no la hubieran asesinado. Pero ¿no estaba aquí el viejo? ¿Adónde le han llevado? Id á verle ó mandad que le traigan, vereis como está cubierto de sangre.

Y distinguiendo al conde de Villanera que se habia arrojado en un sillón sin decir una palabra, prosiguió:

— ¡Al fin estais aquí! Antes habrais debido venir, señor conde. Mal pagais vuestras deudas de honor, nunca lo habriamos creído.

En tanto que el juez y el doctor entraban en el aposento contiguo, donde les esperaba una dolorosa sorpresa, Francisca llevó al conde al lado de la cama, le obligó á que fijara los ojos en Honorina y á que oyera esta oracion fúnebre:

— Miradla, miradla, decia; ahí teneis los hermosos ojos tan risueños para vos, la bonita boca que tantas veces os habló de amores, los hermosos cabellos negros que eran vuestra delicia... ¿Os acordais de la primera vez que fuisteis á la calle del Circo? Cuando salieron las visitas os arrodillasteis para besar esta mano hoy helada... Y el dia que dió á luz al niño... ¿os acordais? ¿Quién lloraba? ¿quién reia? ¿quién la juraba fidelidad hasta la muerte? Dadla un abrazo, caballero fiel.

El conde inmóvil, mas frío que el cadáver en que tenia fijos los ojos, expió en tres minutos tres años de fidelidad ilegítima.

Trajeron al duque de la Torre de Embleuse que pagaba, y muy caro, una vida de egoismo y de ingratitud.

La sangre de que estaba cubierto, su presencia en casa de la Chermidy, el cristal que faltaba en la ventana, las heridas de sus manos, y sobre todo la pérdida de su razon, hicieron creer un instante que él era el asesino.

El doctor examinó la herida de la Chermidy y reconoció que el puñal habia atravesado el corazon de parte á parte. La muerte debió ser instantánea; era pues, imposible que la víctima se hubiese arrastrado por sus piés hasta su lecho.

M. Stevens al comer la vispera con el duque habia podido notar el trastorno de sus facultades mentales. Le Bris le explicó en algunas palabras como la monomanía homicida habia podido nacer en una noche en aquel cerebro extraviado. Si era verdad que él habia cometido el crimen, la justicia nada podia hacer contra un loco. La naturaleza le habia condenado á una muerte próxima despues de pasar algunos meses de una existencia peor que la muerte misma.

Pero al examinar de cerca el cadáver de la Chermidy, hallaron en su mano crispada algunos cabellos mas cortos y mas fuertes que los de una mujer, y de un color mas natural que los del viejo duque.

El escribano, al levantar un mueble que estaba caido, recogió un boton de librea con las armas de los Villanera. Por último, el cajón donde la Chermidy habia encerrado por cien mil francos en valores, se encontró vacío.

Era preciso pues, buscar otro asesino que el duque de la Torre de Embleuse.

Interrogaron á Francisca, pero esta no les suministró ninguna noticia; se dió una palmada en la frente y dijo:

— ¡Ya caigo, él ha sido! ¡Miserable! Le haria condenar á muerte; pero ¿y luego? Hablaria. Enterrad á mi ama, arrojadme á mí á un muladar, y en cuanto á él, ¡que el diablo se le lleve!

La justicia se trasportó seguidamente al palacio Dandolo.

Mateo Mantoux acababa de coser un boton en su chaqueta de pana encarnada. Notaron que el boton era nuevecito, y que sus cabellos se parecian á los que se encontraron en la mano de la Chermidy.

Al verse preso, exclamó por una antigua costumbre:

— ¡Poca suerte!

M. Stevens le mandó encerrar en el castillo Guilfort, al Oeste de la poblacion y á la orilla del mar. Pudo escaparse durante la noche, pero cayó en una de las grandes redes que los pescadores extienden por la tarde para recogerlas á la otra mañana.

XV.

CONCLUSION.

Los que han visto el mar en los equinoccios, cuando las olas amarillas envian sus espumas hasta lo alto del

muelle, cuando el viento muge en el cielo negro y las ondas arrojan á tierra los restos informes de los naufragios, no pueden reconocerle en el verano. El agua se extiende como una sábana azul bajo el azul risueño del cielo; los bueyes tendidos sobre las rocas alargan con indolencia el hocico á la brisa salada; se ven deslizarse á lo lejos las velas de los barcos, y en el muelle las parisienses abren sus sombrillas de color de rosa.

El conde de Villanera y Eulalia, al cabo de un largo viaje, cuya historia no se ha sabido en París, volvieron hace tres años á su casa del barrio de Saint-Honoré.

La condesa viuda que marchó con ellos, y la duquesa de la Torre de Embleuse que ingresó en la familia á la muerte del viejo duque, se reparten sin rivalidad el gobierno de una gran casa y la educación de una niña de dos años que se parece á su madre, y que por consiguiente tiene mas hermosura que su hermano, el difunto marquesito de los Montes de Hierro.

El doctor Le Bris es aun el médico y el amigo mejor de la casa. El duque de la Torre de Embleuse y el niño murieron en sus brazos, el uno en Corfu y el otro en Roma, donde cogió el tifus.

Dícese que el marquesito tenía una fortuna personal de seis ó siete millones de francos, procedente de la generosidad de una pariente lejana. A la muerte del niño la familia vendió todos sus bienes y empleó el dinero en obras pías.

Una capilla se eleva hoy al Sur de la isla de Corfu, en el sitio en que estaba el palacio Dandolo, y en ella celebra el culto un jóven sacerdote de una melancolía constante, Gaston de Vitre.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Cruzada contra el lujo de las mujeres. — Sociedad femenina de Tarbes. — Estatutos de la sociedad. — Modestia y sencillez es su lema. — Del valor de los cachemiras de la India. — Superioridad industrial y artística de la casa Delisle. — Vestidos de calle, de baile y de soiré. — Tocados de baile. — Sobre las flores á la moda. — Otros tocados lujosos. — Una colección de tocados tambien para baile. — Del calzado. — Descripción del figurin de este número.

Se ha organizado una cruzada contra el lujo de las mujeres; á nosotras nos acusan de la crisis financiera; nuestros ahuecadores extravagantes han traído la escasez del oro... ¡Válgame Dios! Como si estos ahuecadores tuvieran otro metal que el acero! Si sus cercos fuesen de oro ó de plata comprendería muy bien la indignación general. Nos dicen que gastamos veinte y dos metros de seda en un vestido, que los sombreros cuestan hasta doscientos francos, y que usamos encajes hasta en los zapatos. ¡Qué crimen, la coquetería! Y los señores que ponen el grito en el cielo, ¿no tienen nada que echarse en cara? ¿No tienen gustos costosos, caprichos que cuestan lo que ellos saben? Permítan pues á la mujer que se embellezca. No sé qué señora de talento ha dicho que la mujer es la muñeca del hombre; ahora bien, una muñeca bien vestida cuesta mucho, y si no que lo diga Alfonso Giroux, que es el que vende las muñecas que hablan.

La cruzada contra el lujo proviene de Tarbes. Un digno presbítero la predica, y acaba de fundar una sociedad con este lema: «Sencillez y modestia.» Las mujeres de esta sociedad no deben tener mas que seis vestidos lisos, de color oscuro y sin pretensiones á la elegancia.

No pueden llevar ahuecadores de acero, ni crinolina.

Los sombreros deben tener todos un corte que abrigue el rostro contra las miradas indiscretas, como los sombreros del tiempo de la Restauración.

Ninguna puede tener un metro de encaje: el lienzo y el algodón reemplazan el punto de Valenciennes, de Malinas, de Alençon, de Inglaterra y de Chantilly.

Tampoco pueden tener cachemiras de la India. El cachemira es la perdición de la mujer; ¿cuántas cosas no se hacen por un cachemira?

Sin embargo, el cachemira de la India conserva siempre un sello aristocrático; ninguna manteleta, ni aun la mas lujosa, puede reemplazarle.

Los imitados que usurpan el nombre de cachemiras no engañan á nadie. Es verdad que no todas las mujeres pueden llevar una prenda tan costosa; en la casa Delisle los hay de 1,000 pesos fuertes, y estos son los verdaderos, los legítimos.

A propósito de la casa Delisle tengo que dar aquí una gran noticia, y es que S. M. la emperatriz Eugenia ha elegido en ella siete vestidos de raso liso.

Esto equivale á decir que el raso está muy á la moda, y que esa casa es la primera de toda la Francia y de todo el mundo en cuanto á novedades.

En ella se ven las sederías mas ricas, los cachemiras mas artísticos, los mejores encajes, las manteletas mas nuevas y los vestidos de baile y de visita mas ricos y variados.

Parece raro que en la casa Delisle se vendan cosas de tienda de modista; pero cuando se tienen privilegios de la emperatriz Eugenia y de la reina Victoria, es preciso corresponder á títulos tan altos.

Y luego; era tan fácil confeccionar lindos vestidos teniendo á la mano sederías y encajes! Así es que en esa casa se ha fundado un taller de costura, donde acuden á vestirse todas las parisienses del gran mundo.

No hay nada mejor en el día.

Voy á enumerar algunos vestidos para poner en evidencia el gusto, la gracia y la fantasía de las prendas que salen de esos talleres.

Un vestido María Stuarda con cuatro puntas. — Es un nuevo corpiño que reemplaza las faldetas; lleva una sobre cada cadera y otra por delante y por detrás. Cada punta va orlada con una redecilla flotante. Sobre el corpiño un fichu con la misma orla. Las mangas son muy anchas y puntiagudas, y llevan la misma redecilla.

— Otro vestido Montespan con un corpiño que forma por detrás un faldon pequeño como el del frac de un hombre, y por delante una especie de chaleco. Este corpiño lleva unas labores de terciopelo negro. Indico el género nada mas, que es sumamente gracioso, si bien debo decir que exige un talle fino, un talle de española. ¿No es decir que este corpiño está destinado á mis lectoras?

— Otro vestido de seda muaré antiguo color de malva con tres volantes de Chantilly que se detienen á cada lado de las caderas con un grueso lazo de raso malva con puntas sueltas. El delantero de la falda se compone de un ancho delantal de muaré antiguo blanco adornado igualmente con tres volantes de Chantilly coronados con una hilera de gruesas perlas blancas. En el corpiño se ven repetidos los adornos de la falda.

— Otro vestido tambien de muaré color de cereza, de doble falda, orlada cada una con una redecilla cereza mezclada de perlas blancas.

Hé aquí ahora dos trajes de baile:

El primero de tul se compone de veinte y dos volantes rizados de tul ilusión con quillas de verdura y bolas de nieve color de rosa que cuelgan de flecos de musgo. Igual rizado se ve en el corpiño.

El otro vestido es tambien de tul y lleva tres faldas dobles y una túnica con fleco de pluma, collares y broches de semillas rojas.

Estos vestidos demuestran el sello de la casa Delisle; un sello eminentemente distinguido, muy propio de las señoras aristocráticas de todos los países.

Hablemos de los tocados de baile.

Entiendo yo por tocado de baile la corona de flores y el adorno compuesto de cintas, encaje, perlas y flores.

La corona de flores forma como una diadema de flores en torno de la cabeza. Hay fisonomías que agradecen mucho este tocado enteramente redondo; las flores que caen sobre el cuello y los hombros producen un efecto poético. Sin embargo, es preciso prescindir de la moda en esto del tocado; cada persona debe ponerse lo que mas la favorezca. Tocados muy ricos y lujosos pueden hacer fea á una mujer bonita.

Una carita delicada exige un tocado sencillo, en tanto que un rostro serio le puede estar mejor un adorno voluminoso.

La flor inculta y desdeñada que crece en las montañas, en los bosques y en los prados, está muy á la moda.

¿Es una lección que estas flores humildes quieren dar á las otras flores? ¿Quién sabe!

Las otras flores se habian querido adornar tanto con perlas, diamantes y polvillos, que estaban desconocidas. Las flores silvestres tienen una modestia de forma y de colorido que sin pretender á mucho efecto le producen.

Tienen un hechizo irresistible, y nada me parece mas bonito que una corona de margaritas blancas con sus hojitas verdes.

Las flores silvestres que casan bien entre sí son la azelia, la fresa, la siempreviva del valle de Andorra, las margaritas de los prados y otras mil desconocidas, todas ellas rizadas y enlazadas en ramitas flexibles.

En cuanto á tocados de mas lujo, citaré: el tocado Juno, el tocado Marialva, el tocado Peruano, el tocado Febo y el tocado Francisco I.

— El primero es muy distinguido. Se compone de espirales de terciopelo, de flores y de hojas que se rizan y se entrelazan; las hojas están recortadas como encaje y polvoreadas de diamantes. Es un adorno que deslumbra.

— El tocado Marialva es de anchas orquídeas color de sol con un follaje nuevo tornasolado y muchas pedrerías.

— El tocado Peruano es un precioso capricho de terciopelo color de oro y hojitas tornasoladas con todos los matices del arco iris.

— El tocado Febo es de musgo y yerba de los bosques, con rizados en todos sentidos y bolitas de semillas colgando tan vaporosas como un plumon de cisne. En las yerbas y en el musgo brillan gotas de rocío olvidadas por la aurora.

— El tocado Francisco I representa una toca de flores encarnadas sin hojas y con espiga blanca.

Cada una de estas guirnaldas tiene un sello único, y por consiguiente es elegantísima.

Hé aquí otros tocados para baile:

— Un tocado moderno compuesto de tres gruesos lazos de terciopelo negro sostenidos por agujetas de oro y borlitas de oro sembradas en la cabeza. Este mismo adorno se repite en terciopelo color de cereza, azul y rosa de la China.

— Un tocado Romano muy sencillo que consiste en una redecilla de oro mate formando cordon con borlitas de oro. Al lado se pone un lazo de terciopelo azul de China.

— Un tocado Diana de Poitiers de terciopelo negro con tres hileras de botones de perlas blancas y plumas blancas rizadas; por un lado despunta una espiga blanca.

— Una toca Francisco I de terciopelo rosa de China, orlado con una galérfia de perlas blancas y por un lado espiga blanca.

— Un tocado Veneciano compuesto de dos afollados de tul ilusión bordados de perlas con polvillo de oro, separados por un broche de terciopelo punzó con puntilla de encaje negro que se cruza por arriba y sobre los afollados de tul. Un bandó de terciopelo purpurino sostiene por ambos lados dos rizos de terciopelo del mismo color formando lazos.

— Un tocado Czarina con dos diademas de terciopelo verde y polvillo de oro con espiga blanca y collares de perlas de oro.

— Un tocado María Antonieta compuesto de dos coronas de terciopelo verde y de cordones de oro, con lazo de pluma blanca, cordones y borlitas de oro.

— Un tocado Médicis de terciopelo negro y tachuelas de oro con borlitas negro y oro.

— Un tocado Venus reproducido con pirámides de flores que caen sobre cintas estampadas y sobre un terciopelo de cuadrillos azul de China. Este tocado es precioso; es una lluvia de flores de primavera.

De la cabeza vamos á pasar á los pies; ¿no es cierto que mis lectoras sabrán con interés cómo se calzan las parisienses?

En París no se llevan zapatos, sino botitas: hé aquí las que están á la moda.

— Botitas de terciopelo guarnecidas de pieles y con tacones Luis XV.

— Idem de raso negro adornadas con encaje de Chantilly y azabache de talones en punta.

— Chinelas de terciopelo guarnecidas de armiño con tacones Luis XV.

— Zapatos de raso negro con tacones, lazos de encaje ó de cinta labrada sembrados de azabache.

— Botitas de muaré antiguo con tacones de muaré antiguo y elásticos á los lados.

— Botitas de muaré antiguo guarnecidas de encaje con tacones.

— Zapatos de muaré antiguo de todos colores, adecuados siempre á los vestidos, y adornados con lazos de encaje para baile.

— Babuchas para casa de terciopelo con puntilla de encaje al rededor.

— Idem de raso con rizado de encaje al rededor.

— Botas Emperatriz de piel inglesa blanda para montar á caballo.

— Idem de piel suave y flexible como el raso para pasear á pié.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa prendidos de baile.

Primer traje. — Vestido de tafetan gris perla con doble falda. La primera va dispuesta en túnica, y la segunda va adornada por abajo con un gran volante Luis XVI, que lleva dos gruesos rizados de blonda. Este mismo adorno de blonda se repite abajo de la túnica, cortado y levantado en graciosas ondulaciones con rosas de distancia en distancia. Corpiño de punta larga con rizado de blonda. Mangas cortas, afolladas y con blonda y rosas. En medio del corpiño ramillete de rosas. Brazaletes de oro mate con brillantes y topacios. Abanico Luis XV. Tocado á la Emperatriz estilo griego con rosas y cinta rosa. Zapato muaré antiguo gris perla con lazo de blonda y tacones, género Luis XV.

Segundo traje. — Prendido blanco, compuesto de un vestido de tafetan blanco con cuatro volantes de punto de Inglaterra sostenidos con tul ilusión. Los afollados de tul llevan flores colgantes, lo que produce un efecto precioso. Corpiño liso con doble berta de blonda y guirnalda de flores sobre la segunda berta. Igual adorno sobre los hombros. Tocado duquesa con bucles rizados y ramitas perdidas en la cabellera. Zapatos de muaré antiguo blanco con lazo de blonda.

Tercer traje. — Vestido de tul paja con seis faldas de tul paja, adornadas de blonda y cintitas de raso; corpiño adornado con tul y un volante de blonda. Sobretodo de terciopelo imperial, color paja guarnecido con una ancha banda de armiño. Tocado y ramillete de corpiño geranio imperial de terciopelo púrpura. Aderezo de coral. Abanico de fantasía.

Cuarto traje. — Vestido color de rosa muaré antiguo, con dos faldas de gasa rosa. La primera falda lleva dos rizados de cinta de gasa rosa. Corpiño escotado con berta formado por cuatro canelones de cinta gasa rosa. Mangas muy cortas. Brazaletes de pedrerías. Tocado rizado con margaritas y lacitos color de rosa. Ramillete en el corpiño.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El castillo de Roc'h-Morvan

(BAJA BRETAÑA).

El que pone la planta en los campos del departamento del Finistere, toca en realidad á una tierra «santa y poética» como dice M. Emilio Souvestre en su anejo al viaje de Cambray.

El castillejo de Joyeuse Garde que solo conserva hoy su pórtico cubierto de yedra, fué la cuna de la caballería. En las alamedas que se recorren resonó en otro tiempo el ruido de las armas de los compañeros de Artus; por en medio del monte hoy rebajado como los recuer-

dos que su vista despierta y que se extiende en humilde matorral, pasó una noche como una vision al galope de su alazan de guerra, un ginete de armadura negra que llevaba en sus brazos una joven temblorosa que murmuraba palabras de amor; y á la otra mañana corria furioso el rey Artus sobre las huellas de Tristan el Leonés, pidiendo á gritos su querida Iseult que este le habia robado.

Toda la poesia de la edad media se encuentra allí; el viajero la respira en el aire, la lee en las hojas, la oye en las brisas. El murmullo del Elorn á la falda de la colina, la campanilla del caballo que marcha lentamente, el canto del pastor que se pierde en las rocas lejanas, todo parece hablar de aquellos tiempos de poesia primitiva, todo recuerda intrigas y aventuras, y palpitante de recuerdos en medio de la naturaleza abrupta el viajero camina meditando con el corazon rebotando emociones y ebrio con los perfumes del pasado.

El valle que se extiende del Oeste al Este de la rada de Brest al castillo de Roc'h-Morvan, es uno de los mas bonitos valles del Finistere, lo que no es poco decir. Sus colinas se presentan bajo los aspectos mas variados, unas veces son crestas de peñascos que se elevan sobre una tierra árida y apenas cubierta de una vegetacion rojiza; otras son terrenos negros que pintan de lineas verdes y paralelas los cultivos de hortalizas; mas allá yendo hácia el Este, bajo la sombra fresca y negra de las hayas y de los olmos, un campanario alza su pirámide aguda y derecha sobre un bosquecillo de verdura. Las casas de una apariencia risueña (¿no tienen las casas una fisonomía como los rostros?) lanzan del centro de sus jardines una mirada hospitalaria al caminante, y en breve se encuentran largas avenidas de olmos que el pueblo de Laudernan extiende sobre la campiña por su salida occidental. — Esa poblacion que se halla á la cabeza de la industria en la Bretaña, se encuentra colocada en una situacion deliciosa, es muy clara y muy alegre, y sus habitantes son trabajadores, activos y buenos, aunque se les acha-



La cruz de los primeros pasos.

ca una inclinacion persistente á ocuparse de los asuntos del prójimo.

La salida oriental de la ciudad tiene un mercado pequeño que se domina desde la diligencia (¡todavía hay diligencias en la Bretaña). Ahí se encuentran las casas principales de la localidad, en tanto que por la otra parte están los establecimientos donde se fabrican los lienzos y las bugías, donde se curten las pieles, etc.

Marchando en direccion á la roca Morice (así llaman hoy comunmente el castillo de Roc'h-Morvan), el camino imperial atraviesa por medio de hermosos prados, regados por un riachuelo llamado Elorn que va á reunirse en el puerto de Laudernan, con las olas de la marea alta. Muy luego se encuentra una estacion piadosa colocada á la orilla del borde del camino bajo la sombra de algunos olmos. Es un calvario de piedra negra con una urna tosca al pié sostenida por medio de una estacada. Por entre sus cristales se distingue á la Santísima Virgen desconsolada teniendo sobre sus rodillas el cadáver de Jesus.

El banco de piedra que forma el zócalo de la cruz se halla consagrado desde tiempo inmemorial á un uso muy generalizado en la comarca. Allí llevan las niñas á las criaturas para que den los primeros pasos. Una ofrenda que se deposita en el cepillo que está al lado y un padrenuestro rezado con devocion á la Santísima Virgen, contribuyen á que suelte el niño los andadores en poco tiempo.

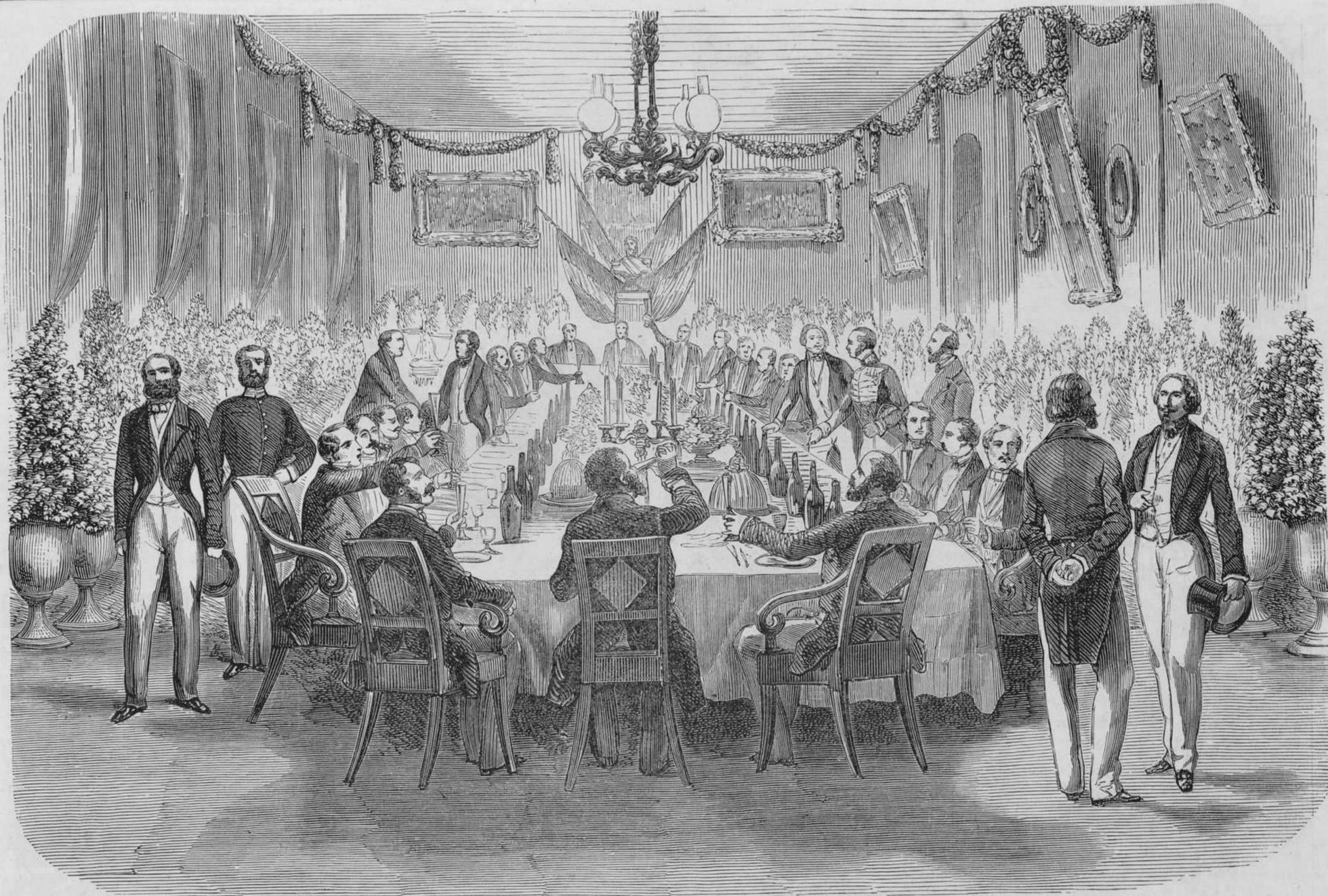
Al borde del camino se halla una vasta hilandería, que es uno de los establecimientos mas importantes del país, y no lejos se encuentra un estanque á donde acuden los pescadores de sanguijuelas. Damos aquí el dibujo de uno de estos pescadores que va removiendo el fango con sus piés para turbar el reposo de los voraces animalejos; estos se precipitan á pegarse sobre el objeto movido que turba sus hábitos, y advertido por la picadura el pescador, mete al punto las manos en el agua, coge al animal sobre el cuerpo del delito y le mete en la botella que lleva colgada al cuello.

S.

(Se concluirá.)



Un pescador de sanguijuelas en la Bretaña.



Banquete nacional francés, presidido por el cónsul general de Francia en Batavia.

Los franceses en Batavia.

Los franceses no son cosmopolitas, sin embargo, se encuentran en todas partes. Batavia, una posesion neerlandesa, donde la Francia tiene un cónsul general, M. de Codrika, nos ha suministrado en mas de una ocasion notas y dibujos de bastante interés. Los franceses de Batavia dieron una fiesta á su cónsul general, y á ella asistieron las principales autoridades políticas del pais, así como el señor obispo de Colophon y el reverendo padre Joostens, anciano octogenario que por antiguos recuerdos está unido á la familia imperial de Francia.

La fiesta tuvo lugar el 14 de agosto, y en el banquete que se dió al otro dia se reunieron las autoridades francesas y los altos funcionarios neerlandeses. Este banquete le dió M. Codrika. No hay para que decir que se brindó por S. M. Napoleon III; el cónsul francés contestó brindando por S. M. Guillermo III.

Los franceses residentes y de paso en Batavia ofrecieron á su vez un banquete al cónsul general acompañado de su canciller M. Duchesne; su reproduccion se encuentra en nuestra lámina. El lugar de la escena es el salon del café del Teatro.

Concluiremos citando el párrafo siguiente del discurso del cónsul general, en donde recuerda además del objeto de su mision varios actos de humanidad de que hemos hablado á su debido tiempo.

« Encargado por el gobierno del emperador de estrechar con la alta administracion de las Indias neerlandesas relaciones directas que no habian existido aun, me felicito de haber recogido desde mis primeros pasos los testimonios mas lisonjeros y unánimes de la estimacion que las autoridades locales profesan á los franceses establecidos en esta rica colonia. Lleno un deber muy dulce al proclamarlo aquí; si bien es verdad que las buenas disposiciones del gobierno de las Indias neerlandesas no habian esperado esta coyuntura para manifestarse con pruebas de simpatía, á las que debemos pagar un justo tributo de gratitud.

« Todos hemos admirado, señores, la generosa y cordial hospitalidad con que en varias circunstancias fueron acogidos en su infortunio aquellos de nuestros compatriotas que los azares de la navegacion arrojaron sobre el litoral de estas islas, y últimamente nuestros marinos que á través de tantas penalidades se libertaron del desastre del *Duroc*.»

Copa regalada á M. Kern,

ENVIADO EXTRAORDINARIO DE LA CONFEDERACION SUIZA.

En el momento de la instalacion del nuevo ministro suizo, debemos recordar que cuando la solucion de los asuntos de Neuchatel en la que tomó parte M. Kern como ministro extraordinario de la Confederacion, algunos suizos residentes en Paris resolvieron manifestarle su gratitud por medio de un presente que conservará la memoria de aquel alto hecho diplomático.

Un comité se encargó de mandar hacer la copa cuyo dibujo damos, y la ofreció al enviado extraordinario algunos dias antes de su salida de Paris.

Esta copa de plata, oxidada de 30 centímetros de altura (en nuestra lámina se halla reducida á la mitad), fué ejecutada por la casa Delarue, segun los dibujos de Gsel, artista suizo. Quisieron hacer no una joya de platería, sino un monumento cuyas sencillas proporciones y estilo noble y elegante, estuviesen en armonía con el gran suceso á cuyo recuerdo se consagraba.

En los dos extremos de la copa se ven en relieve los escudos de los veintidos cantones que forman la Confederacion suiza, entrelazados en una guirnalda de encina y de oliva. Entre esas dos coronas se destacan sobre un fondo de rosas de los Alpes dos medallones; el uno contiene la cruz federal, y el otro esta inscripcion en caracteres góticos:

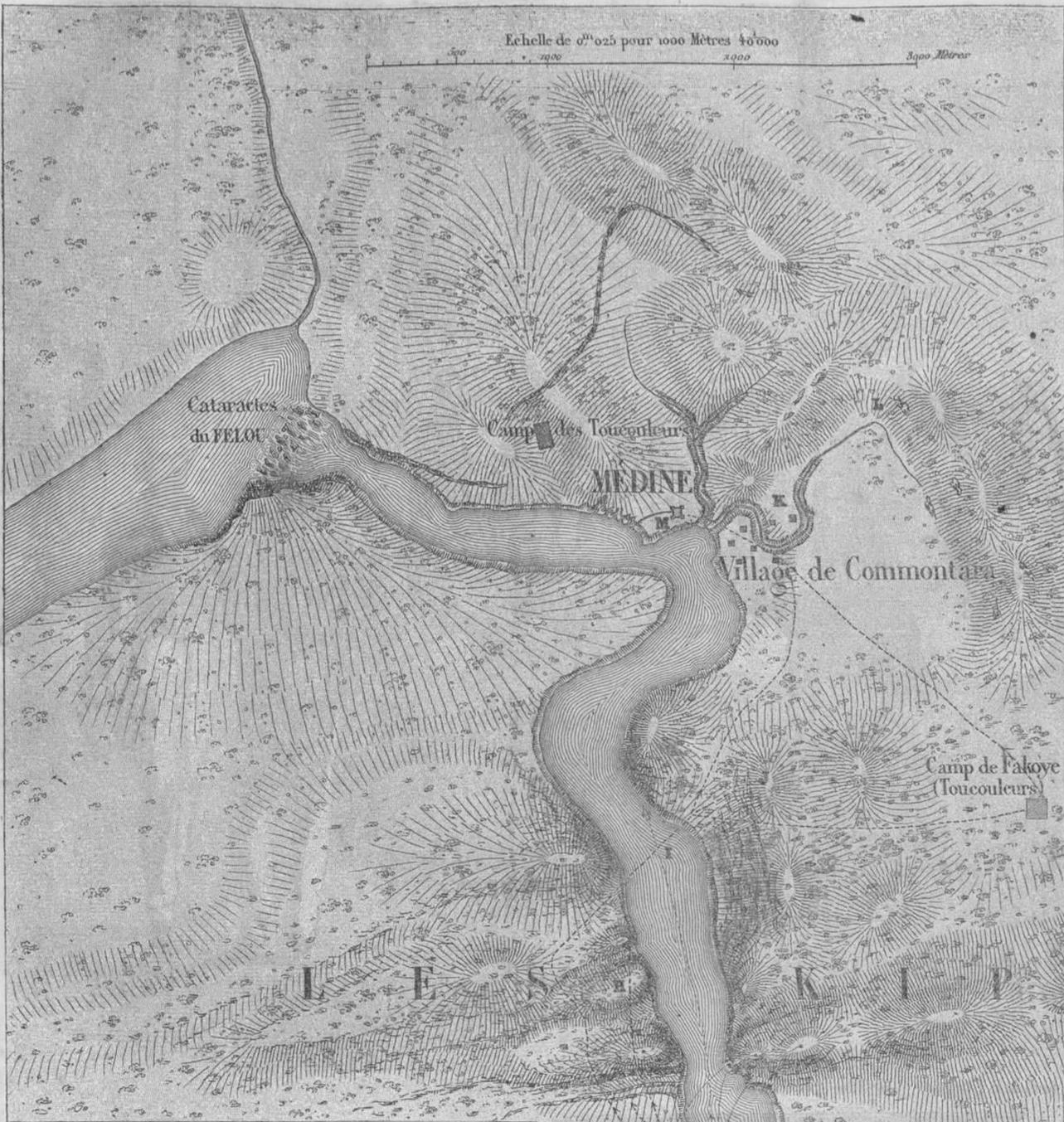
À
D. J. C. KERN
LOS SUIZOS
RESIDENTES EN PARIS
26 DE MAYO
1857.



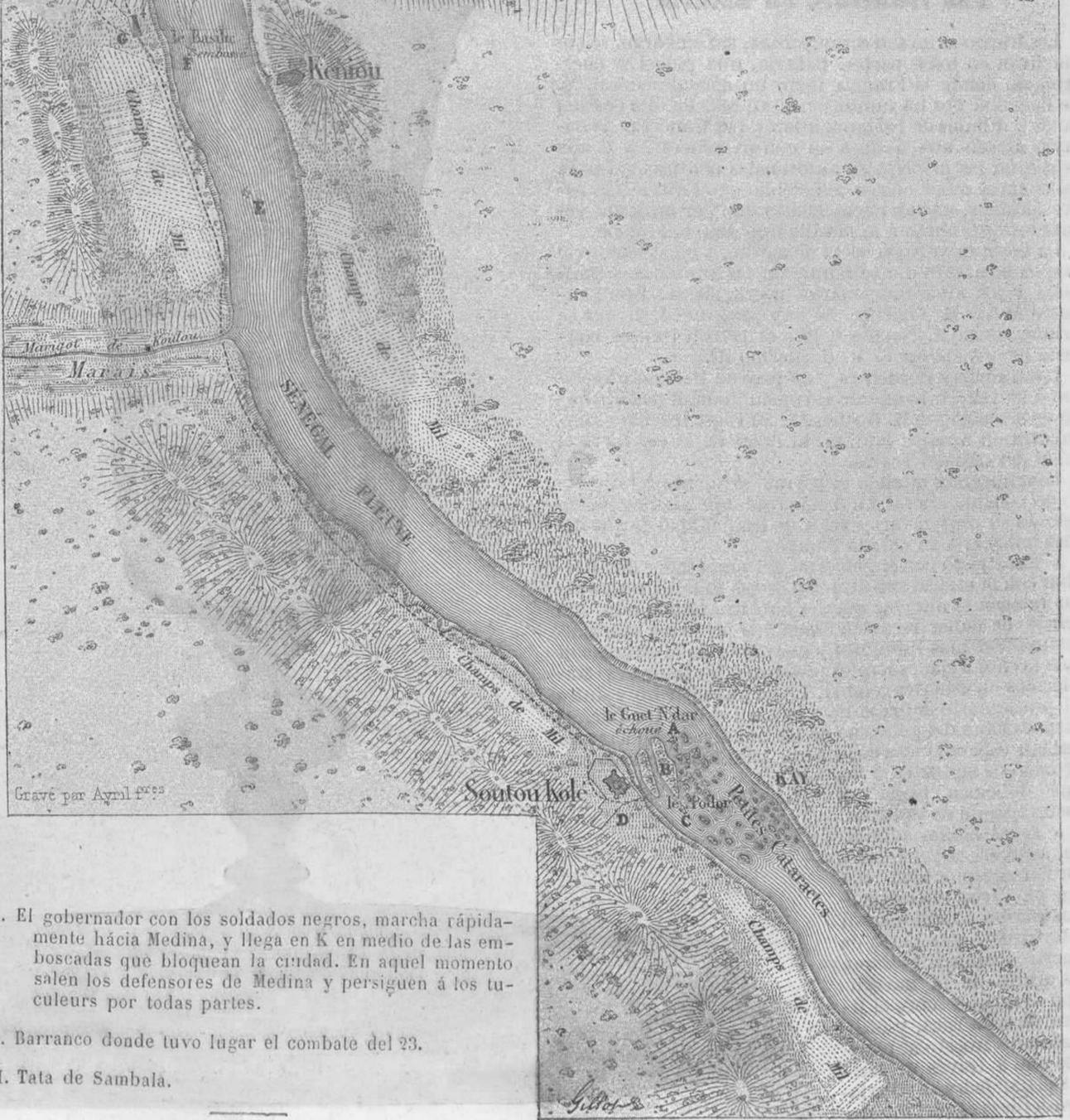
Copa regalada por los suizos residentes en Paris á M. Kern.

El pié de 28 centímetros de diámetro está adornado con cuatro escudos, á saber: 1º Las Armas federales; — 2º Las del canton de Neuchatel; — 3º El sello de M. Kern que fué estampado en el tratado, — y 4º su cifra. En un fondo parecido al de la copa, se destacan en relieve en veinte cuadros rodeados de arabescos los nombres de los suscritores que hicieron ejecutar esta obra de arte.

W. R.



MAPA
 QUE INDICA
EL ITINERARIO
Seguido por la columna expedicionaria del
SENEGAL
 MANDADA POR EL TENIENTE CORONEL DE INGENIEROS
L. FAIDHERBE
 GOBERNADOR
 El 18 de julio de 1857, en socorro de
MEDINA
 LEVANTADO POR EL CAPITAN DE INGENIEROS EN JEFE
C. FULCRAND.



Ultimamente hemos dado cuenta á nuestros lectores de los triunfos obtenidos por los franceses en el Senegal. El documento oficial que hoy publicamos, sirve para seguir el itinerario que llevaron las tropas mandadas por el señor gobernador Faidherbe, cuya habilidad y energía aseguran á la Francia la tranquila posesion de esa parte salvaje del Africa.

EXPLICACION DE LOS LETREROS.

- A. El Guel N'dar encallado.
- B. Isla donde enterraron á M. de Essarts.
- C. Fondeadero del Poder detenido el 16 por falta de agua.
- D. Desembarco de cien hombres de tropa y doscientos cincuenta negros el 17. Incendio de la aldea de Sutukhollé.
- E. El 17 por la tarde el *Basilic* despues de haber atravesado las cataratas pequeñas va á fondear en E, y arroja de Keniu á cañonazos á los *tuculeurs*.
- F. El 18 por la mañana el *Basilic* llega á F y cañonea á los kipes.
- G. Al mismo tiempo la columna llevada de Sutukhollé al punto G, toma posesion delante de la kipe de la orilla derecha.
- H. Toman la kipe y se situan en H para responder al fuego de la kipe de la orilla izquierda ocupada por los *tuculeurs*.
- I. El *Basilic* atraviesa el paso de los kipes bajo la proteccion de la columna y fondea en I.
- J. La columna atraviesa el rio en I arrojando de la orilla á los *tuculeurs*, y toma posicion en el cerro I para dar tiempo á que pasen los hombres y la artilleria. — Los voluntarios van á incendiar el campo de Fakoy.

- K. El gobernador con los soldados negros, marcha rápidamente hácia Medina, y llega en K en medio de las emboscadas que bloquean la ciudad. En aquel momento salen los defensores de Medina y persiguen á los *tuculeurs* por todas partes.
- L. Barranco donde tuvo lugar el combate del 23.
- M. Tata de Sambala.

Notabilidad artística.

En cierta ocasión se dirigió á la empresa de un teatro de los más afamados un sugeto bastante bien portado y de muy finos modales, manifestando en términos tan expresivos su cualidad artística de actor inteligente y reputado, que los oídos del empresario no pudieron ser indiferentes á tan pomposa relación.

— ¿Y bien? le dijo.

— Perdonad, no he concluido, repuso el aparecido artista presentando un enorme cartapacio que hizo abrir á un tiempo los ojos y la boca al empresario.

Hé aquí los documentos que testifican cuanto he dicho, y que podrán sacar á Vd. de toda duda. Ellos son las diversas certificaciones libradas por los teatros en donde he actuado. Y estos otros, añadió señalando un segundo protocolo, son los periódicos que han celebrado mi fama con los mayores encomios. Ya ve Vd., y en estos tiempos en que somos acerbillados hasta por la estúpida charla de los niños de escuela!... y cuando la prensa anda tan sutil con nosotros... ¡Digo! al menos con los actores...

— ¡Basta, caballero, basta! exclamó el estupefacto empresario no bien habian cubrado sus dilatados ojos el apellido de quien le hablaba estampado en descomunales caracteres y como por epigrafe de uno de los artículos del primer periódico que vino á herir su vista.

¿Será posible? ¡Vd. es el señor de X...! ¡El príncipe de los actores! ¡Oh! No le perdono á Vd. el haberme demorado la satisfacción de haberle podido conocer desde su llegada, anunciándose con su inmortal apellido.

— Usted me confunde...

— ¡Nada! ¡Nada! Fuera estos papeles que si bien honran y glorian á Vd., han sido, sin embargo, la causa de mucho tiempo perdido, que hubiera podido emplear felicitando á Vd., enterándome de su salud y oportuno arribo.

— ¡Oh, mil gracias, señor don Diego! ¡Mil gracias! Mas no he creído ser tan injusto como Vd. supone, dijo el actor importuno inclinándose y mirando su reloj. Apenas hace dos horas que he llegado. Tiempo que apenas me ha bastado para quitarme el polvo del viaje y venir á ver á Vd. De modo...

— ¿Qué yo he sido el preferido? ¿No es eso lo que iba Vd. á decir? Pues bien, yo le soy á Vd. doblemente agradecido. ¡Oh! Sí, y solo aguardo ocasión en que pueda á tan favorable honra dar una prueba de mi agradecimiento.

Una significativa cuanto profunda inclinación del lisonjeado artista correspondió á la exaltada galantería del empresario.

— Supongo, continuó este, que por corto que sea el tiempo que haya Vd. determinado permanecer aquí, no nos querrá dejar con el deseo de admirar su talento, y de tributar á nuestra vez tan merecido aplauso.

— Tal ha sido mi pensamiento al dirigirme aquí, aun cuando, como Vd. ha dicho, será por muy corto tiempo, durante el cual procuraré corresponder á las simpatías que he sabido despertar en este ilustrado público antes de que me conociera, según ha dicho Vd., y que he leído en los periódicos.

Esta respuesta vino á colmar las esperanzas del empresario de un modo tal, que desde luego, y sin mas ceremonias, le formuló la contrata de treinta representaciones que fueron aceptadas, sin que en ambos se notara la menor señal de descontento.

— ¿Usted necesita dinero? Si es así, y Vd. no me lo dice francamente, cuente Vd. que me doy por ofendido, señor de X...

— Justamente, amigo mio, iba á hablar á Vd. de lo mismo; pues como Vd. verá mañana por los diarios, ayer fuimos asaltados en la diligencia entre el puerto de A. y el barranco de B. por cierto número de bandidos que nos dejaron á todos los pasajeros exhaustos de cofres y bolsillo. Yo fui el más bien librado; porque á excepción del necesario para el camino, todo el dinero lo habia girado á mi salida de... y contra esta plaza á ocho días vista. Con que ya ve Vd. si lo que es por hoy dejaré de aceptar su amable y oportuna invitación.

— De lo que me congratulo cumplidamente. Y pues ha llegado la ocasión de que antes le hablara para manifestar á Vd. mi reconocimiento, aguardo pida Vd. con franqueza cuanto necesite. Diez, veinte, treinta mil reales. En una palabra, lo que Vd. disponga y desee.

— ¡Oh! Gracias, don Diego, gracias. Eso fuera abusar de la bondad de Vd. Llevaré seis mil, y será cantidad mas que suficiente para mis primeras necesidades.

— ¡Oh, no! Vd. toma por abuso lo que yo atribuyo á cortedad, replicó el generoso empresario, quien sacando una cartera puso en manos de nuestro héroe doce billetes de mil reales cada uno que recibió al cabo con la mayor fuerza, no sin cierta delicada resistencia.

Después de mil reiteradas protestas de gratitud y amistad entre ambos, dejó al empresario en una efusión indecible, cuya causa hubiera sabido explicarnos muy bien á hallarse presente nuestro artista.

Una vez repuesto de sus trasportes, acto continuo fué á mandar disponer el orden, según lo prevenido por el actor al despedirse, para su primera representación al día siguiente.

Efectivamente, en la mañana del inmediato día, tanto en los periódicos como en los puntos de costumbre, se leía anunciando la llegada del nunca bien ponderado artista, y el compromiso de sus treinta representaciones, á contar de aquella noche.

Noticia que el público acogió con el mayor entusiasmo.

A las diez habia ya la empresa despachado hasta el último billete de localidad y entrada.

Durante el día, en cafés, por la calle y en paseos, no se hablaba de otra cosa que de la aparición y triunfos de X...

En cuanto á él, se encontraba en la escena dirigiendo el ensayo de los artistas que debían acompañarle en la función.

A las tres se separó del empresario.

A las ocho y media era la entrada.

A las ocho, pues, apenas se hallaba una localidad vacía.

A las nueve el auditorio había las palmas en muestra de su impaciencia. La dilación de media hora después de la anunciada, fué acompañada de un murmullo atrozador.

El telón se levanta entonces para franquear la vista del que salió anunciando que tal vez una repentina indisposición ó un imprevisto incidente tendria al artista alejado del teatro, á pesar de su vivo deseo de tomar parte en la función, y que ya se habia ido en su busca.

El auditorio respiró y se armó de paciencia. La orquesta entonces hizo oír sus melodiosos sonidos para calmar la impaciencia de los espectadores.

A las nueve y media se corrió de nuevo el telón para participar que no se le habia hallado en toda la ciudad.

A las diez, el coliseo estaba totalmente desierto.

El público de... acababa de ser víctima de la burla mas inaudita. Burla cuya trascendencia aquel público no podia olvidar.

La precipitada fuga de nuestro héroe no destruye sus aspiraciones á ser toda una notabilidad. Su carácter nos prueba la habilidad suma que poseia para desempeñar difíciles y comprometidos papeles.

Su acción y falsos documentos no dejan duda de su aptitud para falsificar papeles y engañar al empresario mas diestro.

Los documentos y nombre efectivamente habian sido robados, como tambien el peculio que este truan arrebató al aplaudido actor que tan dignamente habia conquistado su gloriosa reputación en los teatros mas cultos de Alemania.

Se trataba nada menos que de suplantar y hacer las veces de Federico Xilder.

FRANCISCO LOZANO DE HOYOS.

Copia

DE LA RELACION DEL TERREMOTO Y RETIRADA DEL MAR, AGAECIDOS EN CÁDIZ, SÁBADO 1º DE NOVIEMBRE DE 1755, COMPUESTA POR UN JESUITA Y PUBLICADA POCOS DIAS DESPUES DE HABERSE VISTO ESTA CIUDAD EN TRANCE TAN ESPANTOSO.

Amaneció este día en Cádiz claros los horizontes, despejado el cielo, viento escaso por el Noroeste. Siguió lo mismo, sin que se notase otra cosa mas que un calor no muy propio del tiempo, sobre que no se hizo reflexión por ser tan poco sensible.

A las 9 tres cuartos se comenzó á sentir un temblor de tierra: al principio lento, fué creciendo su violencia hasta notarse en los edificios desmesurados vaivenes; fué decreciendo poco á poco hasta terminarse.

Se deben notar en este punto tres cosas: la primera, su duración; la segunda, su violencia; y la tercera, sus estragos.

Lo mas comprobado por personas inteligentes y de autoridad, es que duró desde su principio sensible, hasta su correspondiente término, el espacio de 9 á 10 minutos.

Las vibraciones de las paredes y edificios parecen haber sido (las mas violentas y sensibles) del Sudoeste al Nordeste, lo que se comprueba de los constantes vaivenes de un farol péndulo en medio de la cruz de un cuartó del colegio de la Compañía, el que observado su movimiento se hizo parar á mano poco después de la media duración del terremoto, y repitió dicho movimiento, hasta después de concluido el temblor.

Se comprueba tambien ser dichas vibraciones en la forma dicha: porque un cuadro de mas de á vara que estaba pendiente de dos argollas de hierro con dos clavos puestos en una pared, cuya espalda mira al Sudoeste, y la cara al Noroeste, saltó de los clavos, dió en el suelo haciéndose pedazos.

Además de esto, la campanilla de la comunidad, cuyos brazos ó cruz corren Sudoeste Nordeste, y la cigüeña ó mano corre al Sueste; se tocó por sí misma en el lado del Sudeste.

Aunque con lo dicho quedaba explicada la violencia, debo añadir que los aljibes del colegio se movieron de forma, que haciendo notable ruido el agua queria saltarse por sus brocales. Lo que sucedió á las tinajas que derramaron alguna, como asimismo las pilas de agua bendita de la iglesia.

Un capitán francés aseguró haber sentido á bordo de su navío el terremoto, vibrándose la embarcación como si fuera edificio ó casa.

Se debe tener presente para poder medir el arco de los vaivenes, que el expresado farol, quiero decir su garruca, estará clavada y distante del plan del colegio como 20 varas, y la cuerda de que pende desde la garruca á la cabeza del farol tendrá de largo (según estaba en este tiempo) 2 varas poco mas. El espacio de los

vaivenes del farol de una á otra banda, seria como vara y media.

Los efectos y estragos que se han notado y merecen mas reflexión no son muchos ni graves respectivo á casas y edificios. Se han visto algunos tejados corridos, algunas casas viejas maltratadas y ruinosas, que se apuntalaron después, algunas rajadas en paredes y murallas que no parecen ser de mayor consecuencia.

Supongo la confusión de las gentes en iglesias, calles y casas: faltos de consejos huían todos sin saber á donde: clamores, llantos y accidentes; y paso á decir el efecto mas digno de la atención, resulta del terremoto.

Sosegóse este y se aquietó medianamente el pueblo; cuando á las 11 de la misma mañana, estando el mar en las 5 horas de su creciente, el cielo y horizontes claros y serenos sin viento alguno, en pocos minutos se retiró el mar (cuánto fuese se ignora) porque como asustados unos y descuidados otros, ninguno lo observó como debia.

Aunque es verdad que el comun no tenia especie de estos movimientos extraordinarios del mar, subsiguientes á los terremotos, los hombres expertos desde luego temieron lo que efectivamente sucedió.

Volvió el mar tan impetuosamente, que se creyó traía en sí la total desolación de Cádiz. Para cuya inteligencia es preciso notar lo siguiente. A la parte de levante del castillo de San Sebastian y del poniente de Cádiz, á la distancia de dicho castillo, al parecer como media legua se levantó el mar en olas y borbotones de desmedida magnitud y de allí corrió á la parte opuesta; esto es, del Oesnoroste al Lesudeste, y dió su furor contra la muralla que está desde la puerta de la Caleta hasta el castillo de Santa Catalina (dicha mura la podemos decir corre 600 pasos Norroeste Sursudeste) y cogiéndola al soslayo, derribó su parapeto á trechos dejando solamente en pie y tambien á trechos como 100 pasos.

Dicho parapeto, esto es, lo que excede la muralla al terraplen tiene de alto como dos varas y de grueso como tres cuartas, lo dividió en trozos. De ellos hay algunos de diez varas de largo. Desde la muralla del Hospicio á este hay 75 pasos, y hasta aquí llevó la primera avenida del mar muchos de estos pedazos de parapeto. Desde el fortín del Salado á la Cruz de la calle de este nombre, ó de la Palma, hay 100 pasos y hasta aquí tambien rodaron semejantes trozos de parapeto.

El tinglado de la madera del Hospicio se arruinó. Mucha parte de las vigas (cada una de doce varas de largo, de diámetro doce y diez pulgadas) fueron llevadas del ímpetu de la ola y llenaron confusamente unas sobre otras toda la calle de la Cruz, hasta la capilla de la Palma, y algunas corrieron con el agua hasta la iglesia de la Pastora.

La pequeña campana, puesta en el muro del Hospicio, corrió adentro como un tiro de pistola. El mármol sobre que estaba la cruz que da nombre á la expresada calle, corrió hácia la Palma un buen tiro de fusil.

La isleta de casas mas inmediatas al Hospicio y á la destrozada muralla se inundó, subiendo el agua del mar de tres á cuatro varas; de modo que los mas que estaban en ellas, se libertaron por las azoteas, y los que así no lo hicieron se ahogaron miserablemente, de los que al presente han hallado como seis ó siete.

La retirada del mar dejó estas casas llenas de tarquin y broza y casi todos los tabiques destruidos.

En la entrada de la puerta de la Caleta por la banda de Poniente se llevó como veinticuatro pasos del pretil.

Por el lado de Levante de San Sebastian se notó otra reventación, ó formación de olas, algo menos terrible que la del lado de Poniente.

Por la bahía sobre Puerto-Piojo se vió otra de menos consideración. Por la puerta de Sevilla entró el agua de esta primera avenida, hasta casa del tesorero de Indias distante de dicha puerta como 150 pasos.

En este sitio el daño que se hizo considerable fué averiar muchos fardos y géneros que estaban en su muelle y puertas de la Aduana, y aun con dichos fardos intentaron tapar la puerta de Sevilla, para evitar la entrada del mar por ella si acaso repitiese.

En el muelle y puerta de la Mar creció dicha primera avenida ó retroceso del mar, de modo que hizo nadar sobre sí mucho número de botas llenas de vino que allí estaban, y traspasarlas al foso que hay entre el muelle y la muralla, y rompiéndose muchas unas con otras; y los barriles de agua del puerto siguieron la misma fortuna, y en la resaca ó retirada al mar fueron muchas de unas y otros, con mil cosas de que comunmente está empachado el muelle. Entró por esta puerta el agua hasta el sitio en donde antiguamente estaba el Hércules, serán como 150 pasos de la puerta, corrió por la calle Nueva hasta el husillo; por el cual entró tambien el agua á la calle de Guaneros, y de las Andas, creciendo allí como media vara.

(Se concluirá.)

El presidente de la Confederación helvética

Y EL PALACIO FEDERAL.

Aun en la Suiza donde todo ciudadano de mérito llega fácilmente á los mas altos empleos públicos, hay pocos ejemplos de una elevación tan rápida como la del presidente actual de la Confederación. M. Fornerod tiene solo treinta y siete años, y desde hace ya largo

tiempo se ha distinguido en los Consejos suizos por la extensión de sus conocimientos, la actividad incansable de su inteligencia y la firmeza de su carácter.

Nació en Avenches (la antigua *Aventicum*), pueblecillo del cantón de Vaud, de una familia conocida hacia largo tiempo en la magistratura. Su abuelo y sus tios segundos tomaron una parte importante en la revolución de 1798, que emancipó el cantón de Vaud y le devolvió su independencia y su autonomía libertándole del régimen oligárquico bernés. Uno de sus antepasados fué secretario de legación en París, y otro fué miembro del senado helvético.

M. C. Fornerod estudió en la Academia de Lausana, célebre entonces por los nombres de Vinet, de Monnard, de Porchat, de Olivier, etc. Sus parientes le destinaban á la teología; pero sus inclinaciones no le llevaban por ese camino. Se sintió arrastrado de un modo irresistible hácia los estudios jurídicos, y á ellos se aplicó con mucho ardor. Al cabo de algunos años fué á completar su saber á Tubingue y á Heidelberg.

De vuelta en Suiza pasó unos exámenes tan brillantes que apenas licenciado en derecho, le encargaron de hacer en la Academia un curso de historia del derecho y de derecho romano. El autor de esta noticia no ha olvidado el efecto de su palabra tan firme, tan clara, tan diferente, en su ardor juvenil, de las monótonas disertaciones de la mayor parte de los profesores.

En esas funciones sorprendió la revolución local el 14 de febrero al joven jurisconsulto. Tratábase de un

movimiento radical y práctico, pues todos estaban cansados ya de las teorías estériles del doctrinarismo de 1830. Los frutos del liberalismo estaban maduros y bajaban de las ramas cargadas á la mano de los hombres de la época. M. Fornerod comprendió toda la importan-

yados en las simpatías del pueblo, ambos son obra de la nueva era federal, ambos son representantes de la joven Confederación unida, liberal, poderosa en el interior y honrada exteriormente.

W. R.



Retrato de M. C. Fornerod, presidente de la Confederación suiza.

cia del movimiento, y aun á riesgo de chocar contra las simpatías de sus parientes y amigos, le prestó el apoyo de su palabra y de su pluma. En esa obra le sostenía el inteligente M. Druey.

Nombráronle canciller del gobierno provisional, y cuando en 1848 M. Druey fué llamado á la cabeza de la Confederación regenerada por la constitución federal, M. Fornerod le reemplazó en el gobierno de Vaud. En 1851 le hicieron presidente. Aun sus enemigos se vieron obligados á rendir homenaje á la energía de su inteligencia y á su actividad increíble. En 1853 fué enviado á Berna como representante del cantón de Vaud en el consejo de los Estados, del que llegó á ser presidente dos años después. Como entonces ocurrió la muerte de M. Druey, fué llamado á reemplazarle por segunda vez M. Fornerod; diríase que estaba destinado á continuar por todas partes la obra poderosa de aquel gran ciudadano.

M. Fornerod es en el día el miembro más joven del Consejo federal que preside. Su despacho en el nuevo palacio federal se halla siempre abierto á los ciudadanos suizos que necesitan su ayuda ó sus consejos.

El palacio y él tienen una especie de relación de la que ha dado una idea casi mística el joven presidente en su discurso del trió federal. Ambos se hallan sólidamente apo-



Vista del palacio federal en Berna.